

El amor

viste

bata

blanca

Erina Alcalá



# **EL AMOR VISTE BATA BLANCA**

**(Erina Alcalá)**

**Sé valiente, asume riesgos  
Nada puede sustituir a la experiencia**

## CAPÍTULO UNO

Triana corría esa mañana de Febrero entre la lluvia, evitándola en la medida en que podía. En Sevilla, era raro que lloviera, pero ese día llovía a cántaros y la gente se topaba con los paraguas por la calle. Debía coger el autobús para llegar al hospital, porque esa mañana no llegaba a tiempo.

El autobús iba lleno de gente y además para colmo, se había retrasado más de lo debido por la lluvia de esa mañana. Y llevaba los nervios de punta. No le gustaba llegar tarde a ningún lado, de hecho era siempre muy puntual y odiaba la impuntualidad.

Era su segundo mes de prácticas como enfermera en el Hospital Virgen de Rocío de Sevilla. También era su último año como estudiante de enfermería en la Universidad de Sevilla y le quedaban aún cuatro meses de prácticas y presentar su trabajo fin de carrera en cuanto acabara las prácticas.

Tenía ganas de terminar la carrera y empezar a trabajar ya en algún hospital o clínica. Preferentemente prefería un hospital. Y una vez que empezara a trabajar, haría un master y cursos especializados, pero eso sería a la vez que trabajara.

Antes, no podía pagárselo y no quería pedirles más dinero a sus padres. Ya le habían pagado la carrera.

Y no es que sus padres no pudieran permitirse pagarle un master, que podían. Ambos eran abogados y tenían un pequeño, pero próspero bufete de abogados frente al campo de fútbol del Sevilla, en el barrio de Nervión.

Sin embargo, ella, ya quería valerse por sí misma, y no pedir más dinero del necesario a sus padres.

Triana, era así y esos eran sus objetivos: terminar sus prácticas y la carrera, encontrar trabajo e independizarse. Como cualquier joven de su edad.

Había sido una estudiante modelo, con muy buenas notas, siempre estudiando, porque lo había visto siempre en casa. Y porque desde pequeña en que le regalaron por reyes un juego de enfermera, ella supo qué quería ser de mayor. Lo tuvo claro.

Fue para ella, el mejor regalo de reyes que le hicieran. Sin embargo, su hermano Carlos, mayor que ella, ya trabajaba en el bufete de sus padres como abogado penalista, pero a ella, la abogacía no le gustaba y siguió otro rumbo que nada tenía que ver con su familia, pero que a ella, le encantaba.

Se había especializado en cardiología o más bien, había cogido asignaturas con referencia a esa especialidad durante la carrera y cuando empezó las prácticas, dos meses atrás, le había tocado hacerlas en el hospital Virgen del Rocío, uno de los hospitales más grandes de Sevilla y que fue el primero de una larga lista que tuvo que solicitar.

Triana solicitó este hospital el primero para hacerlas y se lo asignaron. Estaba contenta con las funciones que realizaba allí.

La habían asignado además a uno de los quirófanos de cardiología con un doctor que era una eminencia en el hospital como cirujano, pero que estaba a punto de jubilarse.

Y Triana, rezaba para que no se jubilara antes de que ella terminara sus prácticas.

Le encantaba el equipo con el que trabajaba, se había hecho amiga ya de una enfermera de mediana edad, María, que estaba casada, pero que la ayudó en todo lo que pudo, y le encantaba el doctor afable y siempre dispuesto a explicar cada paso de las intervenciones que hacía.

Y eso era un lujo para ella. Una principiante con expertos.

Nunca la habían tratado como una chica en prácticas, sino como una enfermera más y eso lo agradeció y supo que había tenido mucha suerte al haber entrado allí.

Estaba aprendiendo mucho, si bien al principio se ponía nerviosa y era normal, una cosa era aprender y la otra la realidad de un quirófano con un corazón abierto de una persona viva.

El doctor José Manuel Posadas, que así se llamaba, y que estaba a punto de jubilarse, o eso había oído, la tranquilizaba al igual que el resto del personal del quirófano al que estaba asignada y estaba muy contenta. Era una persona agradable con un temple infinito y una paciencia a prueba de bomba.

Pero Triana, nunca quería llegar tarde, siempre era muy puntual y llegaba al trabajo diez o cinco minutos antes, y estaba lista y vestida para cuando el doctor llegaba.

Tenía cinco horas diarias de prácticas. De ocho de la mañana en que se abría el quirófano a la una de la tarde.

A veces, como las intervenciones eran más largas se quedaba hasta el final de la operación, ya que en el periodo de prácticas no había clases y tampoco podía irse en medio de una operación, ni quería. No sería ético, ni conveniente.

Ella, era de las que se quedaba hasta el final, terminase a la hora que terminase. No le importaba. Siempre llegaba hasta el final para poder hacer un buen trabajo fin de curso y sobre todo para aprender por encima de todo.

Si realizaban una operación de urgencia antes de entrar ella, esperaba la siguiente y mientras, organizaba sus apuntes para el trabajo fin de grado.

Cuando acababa el día, ella hacía las anotaciones pertinentes en el ordenador de casa, para su trabajo, y así las utilizaría para sus trabajos posteriores, pero también para tenerlas archivadas como un diario en el que mirar alguna vez cuando le surgiera alguna duda o ella lo necesitara.

No todas las intervenciones eran iguales y no todas las personas respondían por igual y cuando había algún trasplante era algo que a ella le afectaba, pero que no se achantaba. Y había participado en esos dos meses en uno, y fue algo realmente duro.

Cuando llegó corriendo al quirófano esa mañana, eran las ocho y cinco minutos. El autobús desde Nervión, el barrio donde vivía, se había retrasado por la lluvia, pero había llegado más o menos a tiempo.

Fue a su taquilla y se vistió a toda prisa, pasó por el quirófano y una de las compañeras, María, una de las enfermeras del hospital y que le había ayudado mucho cuando entró, le dijo:

—Está que echa chispas, chiquilla...

—¿El doctor?

—Sí, llegas tarde, venga, te ayudo.

—Pero si son apenas unos minutos... ¡Y estoy en prácticas!

—Por eso mismo. Una vez empezada la operación, nadie puede entrar al quirófano.

—Pero si nunca se enfada. ¡Joder! —dándose toda la prisa del mundo.

—Es que es otro doctor. El doctor Posadas se jubiló ayer.

—¿En serio?

—Sí, en serio, mete los guantes. ¡Vamos!

—¿Y quién hay?

—Un doctor norteamericano.

—¿Un americano? ¿Qué hace un americano aquí?

—De intercambio. Es muy joven. Ya lo verás.

—¿Muy joven?

—Sí, por lo visto ha venido un año para hacer un intercambio, pero tiene fama de ser muy bueno. Es un niño prodigio.

—¡Joder María! Y encima llego tarde con la lluvia y el autobús.

—Sí, y no veas como está de todo...

—¿De todo de qué?

—De bueno y de insufrible —le daba prisas María.

—¡Vaya por Dios!

Y entraron en el quirófano, y ese hombre que esperaba una operación cuando las enfermeras entraron, estaba que trinaba. María tenía razón. Y ella lo sentía. No había entrado con ese cirujano con buen pie por la maldita lluvia. Triana pidió disculpas, pero ese gigante nuevo, la miró con ganas de asesinarla en el mismo quirófano.

El anestesista procedió con la indicación del cirujano, mientras éste, con esa mirada asesina hacia ella, les fue explicando en un castellano perfecto, con acento americano la intervención.

Ella ya sabía de qué iba, pero ese hombre hacía que le temblaran las piernas y las manos y las manos estaban prohibidas que le temblaran. Y todo por ser otro cirujano y por haber llegado tarde, pero estaba de los nervios y no debía. Hubiese necesitado una tila doble antes de empezar.

La operación se le hizo interminable con las órdenes que ese hombre o chico más bien, daba. Ellos no estaban acostumbrados, aunque tenía que reconocer que era bueno, más que bueno en el quirófano y excesivamente preciso. No le temblaba el pulso y ella se puso nerviosa un par de veces.

Cuando la operación terminó, ese gigante fue tras ella al lavabo, mientras ella se lavaba y quitaba los guantes y cuando se dio la vuelta, él se había quitado los guantes, los había tirado a la papelera, y Triana creía que era María, pero era el cardiólogo.

Éste puso ambas manos en la pared atrapándola entre su cuerpo y el lavabo, con la cara casi pegada a la suya, y Triana se dio la vuelta y sintió un miedo horrible a la vez que deseo. Y empezó a temblar.

—No le voy a admitir bajo ningún concepto que dude en mis intervenciones, ni que le tiemble la mano, ni que llegue un minuto tarde. ¿Ha entendido? —le dijo intimidándola con su acento extranjero, aunque hablaba muy bien el castellano.

—Lo siento, sí, es que estoy en prácticas y...

—Me da igual. Es una enfermera. ¡Compórtese como tal! No quiero imprudencias ni fallos o la echaré de este quirófano y de este equipo.

—Pero...

—Ya lo sabe.

—Lo siento, de verdad que lo siento.

—Si vuelve a cometer más fallos, sí que lo va a sentir —tenía su boca casi pegada a la suya y sus ojos azules claros como un cielo nítido en verano, se le clavaron en los suyos como dos agujas.

Y se fue dando un portazo. Y ella se quedó al borde el infarto, pensando que no había sido para tanto. Ese tipo engreído altanero y orgulloso, ¿quién se creía que era? Y se le saltaron las lágrimas.

Lágrimas de impotencia que se limpió, mientras las piernas le temblaban por el momento que había pasado.

Todo lo que tenía de guapo, y alto y sexy ese tipo, lo tenía de... Ella quería decirle mil insultos, pero en el fondo sabía que tenía razón, pero en las formas, no.

Ese día no dejó de darle vueltas a lo que le había pasado, y tuvo que tomarse dos tilas dobles

para poder dormir y hacer las anotaciones correspondientes.

Hasta su madre notó lo nerviosa que estaba.

—¿Qué te pasa hija?

—Hay un nuevo cirujano, americano como tú, un capullo. Anda hija mamá, como todos los americanos sean iguales...

—Como en todos sitios, preciosa, ¿qué te ha pasado?

—Pues que me ha puesto nerviosa y me ha temblado la mano un par de veces porque con la lluvia el autobús llegó tarde y me demoré cinco minutos.

—Seguro que es exigente, ten en cuenta su trabajo ¿qué edad tiene?

—No llegará a los treinta, es jovencísimo. Dicen que es un niño prodigio, pero lo que es, es un imbécil de primera categoría. Me ha intimidado.

—No te preocupes, cariño, ya verás, a lo mejor al ser su primer día también estaría nervioso. Ten en cuenta que está en un lugar extraño. Ponte en su lugar.

—Ese, me parece que no se pone nervioso ni que le robaran en las tres mil viviendas.

—Anda cena algo —dijo su madre riendo —No seas tan radical. Ten paciencia. Eres enfermera.

—Voy a llamar antes a María, que me fui sin despedirme de ella.

—Venga, y luego cenamos, no tardes, que tu padre está esperando.

—Vale, mamá.

Triana, hablaba con su madre en inglés. Su madre era americana, de Nueva York y allí tenía un único hermano David, casado y sin hijos. Era mayor que ella y era cirujano, pero lo hicieron un año antes, director de un gran hospital privado de Manhattan y dejó la cirugía para dirigir.

Sin embargo, Katy, la madre de Triana era abogada, como su padre. Vino de intercambio cuando era estudiante, se enamoró de su padre y su padre fue a Nueva York y se la trajo hacía treinta años y desde entonces, no se habían separado nunca.

Su padre, sí que había tenido valor para ir en busca de su amor. Ella quería un hombre como su padre, pero ya no existían hombres como ese.

Habían montado un despacho entre los dos con mucha suerte. Además de ser muy trabajadores y buenos profesionales. Y ahora, su hermano mayor también trabajaba con ellos.

Y siempre estaban haciéndose arrumacos. Había vivido en un hogar donde el amor era lo más importante. Tanto de pareja como para sus hijos.

Tenía un hermano, Carlos, de veintiocho años. Se había independizado alquilando un piso en esa zona de Nervión, donde tenían el despacho, el año anterior, porque se había ido a vivir con una chica, Alba, que era ingeniera industrial y trabajaba en Tablada, para Airbus, una empresa de fabricación de aviones de guerra.

Ella quería a su hermano más que nada en el mundo y Alba era encantadora y le gustaba para su hermano. Triana siempre se lo decía, que no encontraría una chica mejor para él.

Triana era una chica menuda y delgada, atractiva y graciosa. Tenía el pelo castaño claro y liso por debajo de los hombros y cuando trabajaba se lo cogía en una cola alta, medía un metro sesenta y tenía una nariz pequeña y unos grandes ojos claros de color miel como su padre.

Su hermano, sin embargo había nacido más rubio, alto y de ojos azules como su madre y con la altura de su padre que era bastante alto, y siempre estaban liados y chinchándose con el tema de los ojos azules y la altura.

Y ella quería haber nacido alta con ojos azules como su hermano y éste, le tomaba el pelo porque había nacido pequeña como su madre y con ojos color miel como su padre.

Llamó a María, la enfermera del hospital Virgen del Rocío que era una mujer de treinta y cuatro

años y le había ayudado mucho al entrar en prácticas y había una conexión mutua entre ellas genial.

—Hola María, ¿te molesto a estas horas?

—Para nada. Tú nunca molestas. Estoy con la cena del peque ¿Qué tal chica?, ¿cómo te ha ido?, no te he visto después de la intervención y te has ido a la francesa.

—Me ha reñido después de la intervención y he tenido que irme temblando. Se ha metido en el baño de las enfermeras. Creía que eras tú y cuando lo vi en el espejo, pegué un bote que no veas.

—Bueno, que sepas que me he enterado de algunos cotilleos. Se llama Norman Martin y es de Nueva York. Tiene veintiocho años.

—¿No es muy joven para ser un cardiólogo?

—Es un chico prodigio, o de eso me he enterado. Lleva ya dos años operando, sin fallos, tenemos una eminencia joven, y está cañón, eso no me lo puedes negar. Si no estuviera casada... No me importaría la edad, la verdad. Podría hacerle un favor. Unmmm...

—Pues me ha caído mal. Me he sentido intimidada.

—Dicen que es muy exigente y perfeccionista —le dijo María.

—Tendré que estar a la hora en punto o no me dejará entrar al quirófano. Será todo lo bueno que sea, pero es un idiota.

—No tiene novia.

—Me da igual, bueno está, pero a ese no lo quiere nadie.

—Chica y ¡qué voz!

—María, leche, te llamo para contarte mis penas.

—Perdona. Pero yo estoy encantada. Huele ummm...

—Calla mujer que me saca tres cabezas, me ha intimidado.

—¿Qué te ha dicho?

—Que no iba a permitir un fallo en su quirófano y me ha puesto las manos a cada lado en el baño.

—¿En serio?

—Sí, tenía su cara tan cerca que creía que me iba a hacer algo.

—¡Ojalá mujer!

—No puedo contigo —dijo desesperada.

—¡Venga ámate, tonta!, tenemos un tío bueno, no se lo tomes en cuenta. Creo que es un ricachón, por sus modales. Tiene pinta de niño pijo y rico, hijo único y va a estar un año. Dale una oportunidad.

—Menos mal que me quedan cuatro meses. Y tú ¿cómo te enteras de tantas cosas?

—Es un secreto. Tengo que dejarte. Este niño no me deja. Nos vemos mañana, guapa.

—Adiós, hasta mañana y gracias por escucharme.

María era un amor, pero lo sabía todo. No sabía cómo se enteraba de tantas cosas, pero era una enfermera excelente y graciosa y una cotilla de cuidado.

Cenó con sus padres y estuvo hablando del cirujano de nuevo y cuando terminó sus notas, se acostó.

Aún rememoraba el momento en que él se le acercó tanto que creía que iba a arrimar su boca a la suya. Y era verdad que estaba bueno, y era verdad que ocupaba todo el espacio, y era verdad que olía de maravilla, y que tenía unos ojos maravillosos... ¡Joder qué rabia! y la había tomado con ella. Se podía tener más mala suerte en la vida...

Así iba a encontrar a algún chico. Los que eran de su edad, no le gustaban, los que salían y se emborrachaban, tampoco y los guapos eran todos gais, y los interesantes estarían escondidos en

sus casas y el resto o tenían novias o estaban casados.

Sí, estaba muy bueno, era muy alto, imponente y guapo, un cuerpo de infarto y tenía el pelo rubio algo rizado y ligeramente largo y unos ojos azules rasgados y preciosos.

Y como decía María, olía tan bien... Pero era un idiota. ¡Al carajo!

Al día siguiente, cuando llegó al quirófano el cirujano, todos lo estaban esperando, ella también.

Saludó y la miró un segundo, nada más y dio la orden de empezar.

—Vaya, parece que hoy ha sido puntual —como dardo envenenado hacía ella, una riña delante de todos. Que ella encajó como pudo, con bastante vergüenza.

Todos la miraron y ella tuvo ganas de llorar, pero no dijo nada. Intentó que no le temblara el pulso o al menos que no se le notara.

Menos mal que ese día no hubo operaciones de mucho calado, salvo algunos marcapasos, cambios de ellos...

A las once y media, les dio una hora, porque había programada otra operación que se suspendió, así que bajó a la cafetería y se tomó una infusión y un bocadillo que se había llevado.

Se sentó sola en una mesa al lado de la ventana que daba a un pequeño jardín y miraba la lluvia caer al patio mientras comía. ¡Qué mala suerte tenía desde que hacía dos días se jubilara su doctor!

No se dio cuenta de que alguien se sentaba en su misma mesa, justo en frente de ella y al mirar se sorprendió y casi se le derrama la infusión.

—¡Hola!

—¡Hola, siéntese!

—Gracias, ya me he sentado. Te he visto al entrar aquí sentada, sola ¿Estás en prácticas?

—Sí, no estoy en plantilla. Me quedan cuatro meses todavía.

—Hoy has temblado menos.

—Sí. Gracias. Al llegar tarde con la lluvia, me puse nerviosa ayer.

—Siento si ayer me puse furioso. Soy demasiado exigente, lo reconozco.

—Ya lo he visto. Perdona.

—Me llamo Norman Martin, encantado —y le dio la mano educadamente y ella no tuvo más remedio que dársela también. Tenía una mano fina y suave, de delicados dedos para ser un hombre, suave y sus dedos eran preciosos. ¿Todo lo tenía perfecto ese hombre?

—Triana Rodríguez.

—Encantado Triana.

—Lo mismo le digo.

—Trátame de tú, somos jóvenes. Soy de Nueva York.

—Como mi madre.

—¿Tu madre es americana?

—Sí, con ella en casa hablo inglés y cuando estamos todos, en castellano. También es de Nueva York. De Manhattan. Mi tío, el hermano de mi madre es también cirujano en Nueva York, pero ahora, dirige un hospital.

—¡Qué bien! Estaré un año aquí. Llevo apenas una semana.

—A mí me quedan cuatro meses de prácticas.

—¿Y qué vas hacer después? —le habló en inglés.

—Terminar el proyecto fin de grado y buscaré trabajo, enviaré currículums... Los cursos que pueda y en cuanto encuentre trabajo haré un Master.

—Claro. Tiene la agenda llena.

Ese hombre tenía ganas de charlar ese día. Un día la intimidaba y era un ogro y al momento siguiente era de lo más amable... Y luego decían que nadie entendía a las mujeres.

Quizá es que estaba solo y en un país extranjero y se sintió empática con él por unos momentos. O quizá era bipolar, lo cual no creía. Lo más seguro es que al ser su primer día estuviese muy exigente, como le habían dicho María y su madre.

Se acababa el tiempo y se levantaron y subieron juntos al quirófano. Ese día se encontró mejor con él y más tranquila.

Pasaban los días y Norman se volvió amable con ella. Y Triana aprendió mucho con ese chico tan joven, incluso todo el equipo del quirófano, estaba encantado con él a pesar de su juventud.

Si se quedaba más horas por algún motivo o coincidían en la cafetería le hablaba en inglés. Así que entre ellos se comunicaban en ese idioma y mejoró la relación profesional que había empezado con tan mal pie.

Y tanto la comunicación como el trabajo, avanzaban por buen camino. Era un cirujano estupendo para ser tan joven. Y ella se quedaba alucinada. Sí que era un chico prodigio y todo un portento. Debía tener un coeficiente intelectual a prueba de bomba y un temple que ya lo quisiera para ella.

Cuando llegó la Semana Santa a finales de marzo, ella tuvo una semana de vacaciones y justo el miércoles santo, recibió en su móvil una llamada de un número desconocido. Estaba a punto de salir a ver procesiones un rato por la tarde a la Campana con sus amigas.

—¿Diga?

—Hola Triana, soy Norman, el cirujano —le dijo en inglés.

—Hola doctor, ¿necesita algo?, ¿tengo que ir al quirófano por alguna urgencia?

—No, no te preocupes. No es por eso, es un tema personal.

—¿Un tema personal?

—Sí. Necesito un guía.

—¿Un guía para qué?

—Para mañana y el viernes. No tengo trabajo hasta el lunes. Y me gustaría salir con alguien que me explique la Semana Santa.

—¿Quieres una cita?

—Lámalo así. No tienes novio —lo dijo a sabiendas de que no tenía.

—No, no tengo, pero tengo amigas.

—Entonces, no quiero molestarte.

—¿Y cómo sabe que no tengo novio?

—No lo sabía. Lo he preguntado simplemente —Mintió Norman.

—¿Por dónde vives?

—En Nervión —refiriéndose al barrio donde estaba viviendo de alquiler.

—En Nervión vivo yo. ¿En qué calle?

Y cuando le dio la calle y el número, casi vivía al lado de ella. Le dio un poco de pena, debía encontrarse solo y en un país extraño. En fin...

—Ahora me voy a ver algunas procesiones con mis amigas, he quedado con ellas. Mañana quedamos a las tres de la tarde si quieres y te enseño lo mejor de la Semana Santa, si tienes libre.

—Tengo libre hasta el lunes, pero ¿Tan temprano?

—Si no, nos quedaremos sin ver nada, es a la hora que salen las procesiones de la tarde.

—Te invito a comer antes entonces y me explicas qué es eso.

—Vale. Acepto.

—En mi casa a las dos —dijo Norman.

—Estupendo. Paso a recogerte. El mundo al revés.

—Si quieres, pasó yo a recogerte.

—No déjalo, puedes perderte y yo llego enseguida. Hasta mañana Norman.

—Gracias, Triana.

¿Que le había pedido salir? Y ¿cómo había conseguido su teléfono? Bueno eso era relativamente fácil, en su ficha del hospital, pero salir con ella... No quería pensar, quizá era la única del equipo soltera y quería aprender un poco de la cultura sevillana.

Debía estar solo y eso era triste también. Le dio un poco de pena. Si ella estuviese en Nueva York, sola sin salir y sin nadie durante casi dos meses...

Bueno, la había invitado. Saldría con él.

Así que dejó de pensar tonterías y hacerse ilusiones de que aquello era una cita al uso. Tampoco sabía si en América, él salía con alguna chica y solo necesitara salir acompañado, y no estar siempre solo. Salir solo, un año, podría ser la muerte, después de estar en el quirófano tocando corazones a diario.

Como habían quedado, el jueves, les dijo a sus padres que iba a comer fuera y no quedó con sus amigas ese día. Volvería al día siguiente. Era lo normal en Semana Santa.

Se vistió con una falda corta con algo de vuelo, una camiseta de vestir con escote y una chaquetita negra por la cintura, unos zapatos cómodos y bajos, porque para andar tanto que iban a andar, lo mejor era ir cómoda.

Cuando llamó a su puerta. Norman estaba impresionante. Iba en traje de chaqueta azul de marca. Seguro que era de Armani o de algún diseñador por el estilo, con corbata y un olor maravilloso.

—¡Ah! ¡Qué guapo!, pareces un sevillano en Semana Santa.

—Bueno entonces no desentonaré —le dijo riendo. —Pero cuando salgo con alguna chica, visto con traje. Tú estás muy guapa.

—Gracias doctor. Pero voy como una chica normal de mi edad. No soy una mujer elegante como las modelos. Me gusta la moda de los centros comerciales.

—Ya veo. Venga te invito a comer a un restaurante al que voy a veces.

—¿Muy caro?

—Algo caro. Pero te he invitado.

—No es por eso.

—¿Es que te molestan los sitios caros?

—No, mis padres son abogados y van a veces. Yo he salido más sencilla, digamos eso.

—Bueno, entonces cenaremos en un bar de tapas.

—Yo pago la cena.

—No lo puedo consentir, te he casi obligado a salir conmigo.

—Vale, no discutiré contigo por eso. ¿Hasta qué hora estás dispuesto a aguantar? —cambiando de conversación.

—¿Cómo hasta que hora?

—Están las salidas de las procesiones de la tarde y luego de la madrugada. Hoy es Jueves Santo.

—De la madrugada, de noche...

—Toda la noche.

Y mientras caminaban hacia el restaurante, ella sacó el librito que tenía en el bolso con las procesiones y el itinerario.

—¿Y tú hasta cuando puedes estar?

—Toda la noche, pero sobre las diez de la mañana ya estaré muerta.

- Tendré que operarte a corazón abierto.  
—Muy bueno. No sabía que tenías sentido del humor.  
—No soy un ogro, soy perfeccionista y exigente en el trabajo.  
—Cómo eres tan joven y cardiólogo...  
—¡Un niño prodigio! Eso me dicen.  
—Sí, me lo creo, lo he oído y además lo he visto. Eres muy bueno. ¿Qué edad tienes?  
—Veintiocho.  
—¿En serio? —aunque ya María se lo había dicho, quería confirmarlo.  
—Sí y ¿tú?  
—El mes que viene cumpla veintitrés.  
—Una jovencita.  
—Ya no tanto.

Y cuando entraron al restaurante, ella lo reconoció. Había ido varias veces con sus padres que siempre salían a comer los domingos y se lo dijo.

- A mí, también me gusta. La comida es muy buena. Y el servicio también —dijo Norman.  
—Está muy bien.

Mientras le traían la comida, ella abrió el librito y le estuvo explicando el funcionamiento de los pasos, qué era cada cosa, y él asimilaba todo cuanto ella le contaba.

- Creo que me gustará.  
—Nos vamos a la Campana, es un sitio céntrico por donde pasan todos los pasos antes de ir a la catedral y allí las vemos pasar todas. Luego tomamos café, vemos más. Cenamos y tomamos café otra vez en algún sitio y vemos salir a algunas de la madrugada.  
—Me has preparado un buen itinerario.

- Para que aprendas. Eso es lo que querías —le dijo con una amplia sonrisa.

Cuando hubieron comido, ella le dio las gracias. Era un chico fino. Tenía unos modales en la mesa impecables. Ella, era más sencilla, pero verlo así, le resultaba un hombre distinto, un chico joven y simpático, con una sonrisa que mataba a cualquiera.

Tomaron el autobús hasta el Prado de San Sebastián, y de ahí fueron andando, dando un paseo.

En el autobús, la cogió de la mano porque iba tan lleno de gente que temió perderla. Y Triana sintió su mano pequeña en la de él y su calidez y por un momento se sintió feliz.

Norman Martin, era un chico fino y pijo de la gran manzana. Era hijo único y sus padres le habían exigido ser el mejor en todo desde el colegio.

Ya de por sí era bastante inteligente. Su padre era médico neurocirujano en el hospital New York Presbyterian. Uno de los mejores de Manhattan y su madre era ginecóloga en el mismo también.

Así que ya desde pequeño, jugaba a los médicos y amaba la medicina. Sus padres le exigían demasiado, en la mesa, en cuanto a la limpieza, en el vestir. Todo para ellos tenía que ser impecable.

Norman quiso venir a España a hacer un año de intercambio al Virgen del Rocío que tenía fama sobre todo en la Unidad de Quemados, pero aunque él no trabajara en esa Unidad, le gustó la ciudad, cuando miró por internet y la eligió.

Por una vez estaría bien pasar una temporada en el sur de España y poder perfeccionar el idioma, ya que en Nueva York, se hablaba mucho castellano y podía serle útil en su trabajo.

En cuanto a chicas, Norman era muy formal y discreto y había salido con unas cuantas chicas en relaciones cortas. Durante el instituto, fue un chico tímido y en la universidad era tan estudioso que apenas salía demasiado.

Era tan exigente con todo, debido a la educación que había recibido, que hasta con ellas se volvía exigente, en la puntualidad, en el vestir, en las formas, en el comportamiento... Estaba siempre oprimido y se sentía como atado.

Le costaba soltarse de una atadura virtual que llevaba. Y quizá esa era la razón de que a pesar de ser un chico imponente, las chicas no encajaban con su perfil estricto y no aguantaban sus exigencias.

Sin embargo, Triana, era una chica extrovertida y por eso cuando la vio por primera vez, tuvo un rechazo hacía ella.

Era pequeña y muy guapa, tenía unos ojos maravillosos y una forma de comportarse todo lo contrario de lo que exigía en una mujer, y de lo que él mismo era y le gustaría ser, la veía extrovertida y risueña, pero le gustó mucho. Fue un flechazo, química pura.

No era el prototipo de chica con la que había salido en Nueva York, y quizá eso era lo que más le atraía de ella, aparte de ser un bomboncito pequeño y gracioso. Y además hablaba en su idioma perfectamente con acento neoyorkino.

Estuvieron un par de horas en Campana, de pie, mirando tres pasos completos. Y hablaban sobre ellos y Triana le explicaba qué era cada cosa.

Luego ella vio que se cansaba y dijo de ir a tomar un café. Le dolían también los pies de estar parada sin poder moverse de la cantidad de gente que había.

—¿Dónde vamos? —le preguntó Norman.

—A la Avenida de la Constitución, esperemos encontrar un sitio para tomar un café.

—Con tarta.

—¿Un cardiólogo recetándome tarta?

—Sí. Un día no es malo. Y necesitamos un chute de azúcar. Aquí hay más gente que en Nueva York en Navidad. —y Triana se reía.

—Después, no nos quedaremos parados, iremos a andar por varios sitios.

—Lo que tú digas que eres la que sabes más de esto. Lo que he visto hasta ahora es precioso. Es cultura.

—Qué, ¿te ha gustado? ¿Eres católico?

—Sí, soy católico, y me parece maravilloso, fantástico. Espectacular.

—A mí me encanta la Semana Santa y la feria también.

—¿Cuándo es la feria?

—En abril, en menos de un mes.

—¿Iremos?

—Sí quieres podemos ir un día si tienes libre. Yo tengo.

—¡Qué bueno ser becaria!

—Sí —le dijo sonriendo y a él le encantaba su sonrisa — pero no soy becaria, son las prácticas de la Universidad. No cobro un euro. Es distinto. Cuando sea enfermera, no lo será tanto... Y entonces cobraré un sueldo. La feria te encantará también.

—Montaremos en un coche de caballos.

—No, eso cuesta un pastón, iremos andando.

—Yo te invito, no seas tonta.

—Que no, tú vienes conmigo, harás lo que yo diga.

—¿En todo? —de modo irónico.

Y ella captó el mensaje sexual que él lanzó.

—No, en todo no. No tergiverses las palabras.

—Qué pena porque me gustas. Eres muy guapa.

—¿Te gusto?

—Sí, me pareces muy guapa y graciosa, y me gustaría ser como tú.

—¿De pequeña?

—No, en eso no te envidio —sonrió Norman— Me refiero a ser tan extrovertida.

—Pero si usted doctor está estupendo. Mírate, eres guapo, sexy, alto, ojos azules, rubio...

—¿Te parezco atractivo?

—Sí, claro. Lo eres.

—¿Te acostarías conmigo?

Y esa pregunta la pilló por sorpresa. —le preguntó a bocajarro.

—Es que no sé qué contestar, me pillas así de sopetón. Ya me has cortado la conversación.

—No te he cortado nada. La pregunta es muy fácil. No digo que lo hagamos, sino, si lo harías.

Encontraron una mesa y se sentaron, pidieron café y tarta.

—No me has contestado pequeña.

—No nos conocemos lo suficiente.

—Uno se conoce así también. Es una forma más de conocerse. Sé que voy a estar solo un año aquí, pero me gustaría salir contigo.

—¿En serio?

—Sí, solo un año. Bueno, ya menos de un año. No tengo más que ofrecerte y estamos en continentes separados, las relaciones a distancia nunca salen bien.

—No sé, Norman.

—¿Te lo pensarás?

—Bueno. Pero un año es mucho, luego puede hacernos daño. Nunca he tenido una relación tan larga.

—Yo, tampoco, pero si sabemos que sólo es eso, no nos haremos daño. Salimos, nos acostamos juntos y somos amigos. Nada más, a mí me gustas mucho y sigues sin contestar a mi pregunta.

—¿A cuál de las dos?

—A las dos.

—Sí, a las dos —dijo temblando bajando a la mirada azul de Norman.

—¿En serio? —le dijo Norman sorprendido porque esperaba un *no* por respuesta.

—Sí. Me gustas también, mucho, no lo voy a negar, les gustas a todas las mujeres, a mí también. Pero en el trabajo, no quiero saber nada, quiero terminar mis prácticas.

—Está bien, en el trabajo como siempre y fuera como amigos y amantes.

—Me has pillado por sorpresa Norman.

—Me gustan las sorpresas, me van gustando. Estoy harto de tener una vida cuadrículada y con guion.

Y se acercó a ella, desde la silla de enfrente en la que estaba sentado y sin tocarla la besó en los labios y el beso le supo a café y fue maravilloso para ella y eso que solo había sido un beso en los labios.

Se puso roja y se sintió más tímida que en toda su vida. Sintió lo que nunca jamás había sentido y es que nunca lo había sentido, aparte de unos cuantos besos con chicos. Siempre había tenido miedo al sexo y lo que conocía eran niños, y ese le pareció el beso de un hombre y el vello se le puso de punta hasta la médula.

—Te has puesto roja.

—Sí, un poco, no me lo esperaba.

—Ya te acostumbrarás y yo también a ti.

A las cuatro de la mañana, estaban tan cansados de dar vueltas... Habían visto todos los pasos de la madrugá, de ir de un lado a otro de la mano y decidieron tomar un café e irse a casa.

Él la invitó a la suya y la miró a los ojos sabiendo lo que iba a pasar si iba.

Y dijo que sí. Le mandó un mensaje al móvil a su madre diciendo que se quedaba hasta el mediodía a ver la Macarena entrar.

Eso era una mentira y era hasta mediodía del viernes en que la Macarena se recogía en su iglesia. Así podía estar con Norman todo ese tiempo.

Tomaron un taxi y se fue con Norman al piso que tenía alquilado mientras estaba en España.

Pero iba temblando y asustada, porque iba a lo desconocido para ella y cuando ese hombre americano le pusiera la mano encima ella iba a ser chocolate derretido entres sus manos.

Lo deseaba, pero tenía miedo y necesidad de él. Era el hombre más guapo que había conocido. Y esperaba que él tuviera la experiencia necesaria para enseñarle cómo tocarle o lo que le gustaba.

Iba a tener un hombre en su cama que le iba a dejar cuando se fuera el listón demasiado alto. Estaba segura. Temblaba sólo de pensar estar bajo su cuerpo o encima de su cuerpo.

A lo mejor se llevaba una desilusión o un chasco y lo había puesto en un pedestal, pero estaba segura de que no, de que su cuerpo le correspondería y que iba a sentir cosas que nunca antes había sentido.

Y luego estaba el otro tema y es que era virgen y no quería decírselo, temía decírselo, no quería decepcionarlo.

Era una chica segura extrovertida, y sincera, pero era una inexperta en el tema del sexo y tenía un miedo horrible a sentir dolor o a no sentir nada con Norman.

Al final decidió que descubriera su secreto. Ella nunca había tenido sexo con ningún chico porque no tuvo ocasión y además era demasiado exigente.

En el instituto, casi estuvo a punto de tener relaciones sexuales con un buen amigo suyo, pero se arrepintió en el último momento.

En una fiesta de fin de curso, alquilaron un hotelito pequeño por la Alameda, pero cuando iban a entrar al hotel, ella se echó para atrás y no quiso. Eso no hizo que el chico dejara de ser su amigo, pero, su subconsciente, no le hizo seguir adelante.

Y esa fue la primera ocasión que tuvo. En la Universidad, también tuvo ocasiones, pero esas ocasiones era una rato de sexo con copas de más y ella no bebía y no era ese el tipo de relación íntima que quería.

Triana era romántica por naturaleza, y le gustaba tener una pareja, no una noche de sexo. Por eso estaba sin nada. Pero ahora, Norman, le proponía una relación, de un año y con fidelidad y eso era otra cosa.

A pesar de que pudiera enamorarse y sufrir, pero merecía la pena arriesgarse. No iba a perder la oportunidad con ese tipazo. A pesar de todos los miedos que tuviese.

## CAPÍTULO DOS

Cuando llegaron al piso de Norman, entraron. Abrió la puerta y la dejó pasar primero, Triana iba temblando porque iba a hacer algo que no había hecho nunca con ningún hombre.

Además estaban cansados de tanto andar durante todo el día. No iba a estar a la altura de Norman. Seguro que había tenido muchas chicas buenas en la cama y ella iba a hacer el ridículo.

El piso estaba amueblado con muy buen gusto y era grande.

—¿Quieres tomar algo?

—No, después del café ya no quiero nada más. Pero sí necesitaría una ducha.

—Yo también. Te dejo primero a ti. Voy a por toallas. Espera.

—Salió del salón y le dio una toalla grande de baño y otra para él.

—Este es el dormitorio donde duermo y ahí está el baño.

Ella entró en el baño y cerró. Cuando se bañó, juntó la ropa y se envolvió en la toalla y salió al pasillo. Allí estaba él esperando, con un brazo en una de las paredes del pasillo, enseñándole el dormitorio. Cuando ella entró en la habitación, el entró al baño.

Triana se sentó en la cama a esperarlo. Norman, había echado el edredón hacia atrás y dejó las sábanas solamente y ella se sentó en la cama.

Observó el dormitorio, era bonito, armario blanco de aluminio, una cama con cabecero forrado en azul y edredón y cortina a juego, dos mesitas de noche y una cómoda alta, en blanco y azul. Y el miedo que tenía, que no tenía color, eso era todo cuanto había allí.

Norman tardó apenas siete minutos en salir del baño con la toalla alrededor de la cintura. Algunas gotas de agua salpicaban su pecho ancho y musculado, no demasiado. Estaba perfecto.

Y se acercó a ella y se sentó con ella en la cama a su lado. La cogió por el pelo suavemente y la besó, con pequeños besos en los labios y el cuello y ella se encendió.

Metió la lengua en su boca y recorrió todas las paredes enlazando sus lenguas. Ese hombre besaba de maravilla y ella perdía la noción del tiempo y del espacio y se agarró a su cuello acariciando su pelo rubio.

La toalla, se le bajó y sus pechos quedaron pegados al pecho duro de Norman y cuando ella se dio cuenta, sintió vergüenza, haciendo ademán de taparse pero Norman, le sujetó la mano y besó y lamió sus pezones y terminó de abrir la toalla.

—Eres preciosa y me encantan tus pechos, y bajo su mano por la cintura y las caderas acariciándola, y ella gemía y metió la mano en su sexo y él la miró porque estaba depilada y húmeda para él y Norman se excitó.

Le quitó la toalla y la suya y ella miró por primera vez el sexo de Norman y era grande, como él. Lo deseaba. Era un deseo húmedo y lo tocó ahí.

—Nena, no toques demasiado.

—Tú me tocas —decía entrecortadamente.

—Pero es distinto. Si me tocas demasiado, no te aguantaré.

Y siguió tocándola y ella gemía y se derramó de improviso en los dedos de Norman sin poder evitarlo y Norman sonrió porque respondía a sus manos. Estaba encendida y preciosa y le gustaban sus gemidos, que lo ponían al límite duro y caliente.

Tomó un preservativo de la mesita de noche y se lo puso y entró en ella despacio y Triana se aferraba a su brazo y él mordisqueó primero un pezón y después otro y ella volvió a sentir deseo

de nuevo por ese hombre, tan pronto y Norman empujó dentro de su cuerpo y tuvo que pararse ante una barrera que él mejor que nadie sabía qué era, pero ella, le urgió a romperla y ya no hubo vuelta atrás. Entró hasta el final de su sexo en Triana y paró un poco.

—¿Te duele cielo?

—Ya no. Ha sido un momento nada más.

—Pequeña, ¿sigo?

—Quiero que sigas, y él no necesitó más que seguir y seguir hasta alcanzar juntos un climax que él no olvidaría jamás. Ni ella.

Cuando Triana terminó de gemir, no sabía si había gritado también. No había estado en este mundo.

—Oh Dios mío, Dios mío, ¡ay!...

—¿Qué pasa pequeña? —le preguntó sonriendo.

—Ha sido...

—¿Qué?

—Genial, maravilloso.

—Lo ha sido —dijo Norman, recuperando la respiración.

Y se besaron apasionadamente y luego Norman fue al baño y volvió con ella, echó la sábana y la acercó a sus brazos.

—Tienes casi veintitrés años.

—Sí, y eres virgen.

—No, ya no.

—Ya no, desde luego. ¿Y por qué nena?

—No he encontrado a nadie que me gustara ni que deseara tanto.

—¿Tengo que sentirme orgulloso y vanidoso?

—Deberías, por mi parte. Me ha encantado. No sabía que fuera así, ni que sintiese esto que he sentido teniéndote dentro.

—Eres preciosa.

—¿Te has acostado con muchas?

—Unas cuantas.

—Jo, ¡qué rabia!

—Tengo más edad que tú —dijo con una sonrisa —no pretenderías que me mantuviera virgen. Pero todo han sido relaciones cortas. No me duraban.

—¿Y eso?

—No me han querido. Dicen que soy exigente y estricto.

—Pero en el trabajo, ahí, les doy la razón, pero eso es positivo, es una virtud. ¿Y con todas has sentido lo mismo?, quiero decir que si con todas es igual.

—No, no lo es.

—No te lo pregunto por nada, lo pregunto porque cuando te vayas o eso, si me acuesto con otros será lo mismo.

—¿Ya me quieres poner celoso?

—Que no tonto, que era una pregunta.

—No, no es lo mismo, nunca me he acostado con una virgen, ni tampoco con una mujer como tú.

—¡Ah bien!, todas altas, rubias de ojos azules súper guapas...

—Más o menos. Pero estás la primera en mi lista. Y no es precisamente por esa razón.

—¿Por ser virgen?

—No, por sentir lo que he sentido contigo.

—¿Cuánto tiempo hace que no lo hacías con una mujer?

—Cuatro meses.

Y ella lo abrazó fuerte. Y sintió celos por primera vez en su vida. Le gustaba y le gustaba mucho. Y él volvió a excitarse y volvió a tocarla y ella lo miró sorprendida.

—Pequeña. Acabamos de empezar.

Y ella supo que bajo esa imagen estricta y exigente, ella disfrutaba de un hombre sexual y erótico y sexy.

Le había hecho el amor con la boca en su sexo y ella también y sentirlo gemir con sus manos, la hizo poderosa y se sintió feliz.

Cuando llegó a su casa el viernes a las tres de la tarde, sí que estaba muerta. Iba a dormir dos días seguidos. Había hecho el amor con Norman de mil maneras diferentes y había tenido más orgasmos que en toda su vida.

Norman era fuego en la cama y puro deseo y no había dormido nada ni la había dejado dormir. Era un hombre totalmente distinto del que era en el trabajo.

Quedó con Norman el sábado por la tarde en su casa de nuevo, porque hasta el lunes no empezaban de nuevo en el hospital.

Y el sábado, no salieron del dormitorio salvo para pedir comida hasta el domingo a mediodía. Comió con él y tomaron café y entonces ella sí que se fue a casa, feliz y satisfecha con ese hombre.

Sí era todo cuanto ella había imaginado y más. Y sí había sentido con Norman, todo lo que ella no había imaginado en su vida y más.

Había vivido un fin de semana largo totalmente desconocido para ella, sexual y erótico y había tenido orgasmos para un año seguido. Tener ese cuerpo para ella había sido un sueño.

Un sueño del que disfrutaría sin duda un año y lo aprovecharía al máximo, la parte negativa es que se iba a enamorar de él, porque Norman era un buen amante, aunque no pudiera comparar, pero siempre que la tocaba, no podía resistirse a él.

Era cálido y a veces irónico, pero era cariñoso y apasionado. Podría hacer una lista de todos los puntos positivos que tenía y no encontraría ninguno negativo. Y siempre lo deseaba.

Norman, por su parte, creía que iba a pasar un año trabajando, aprendiendo en otro lugar distinto, otro idioma, otra forma de actuar y un aprendizaje que le serviría en su carrera. Pero nunca pensó encontrar a Triana.

Esa pequeña que lo encendía como un fuego arrollador. Le encantaba, su forma de ser, lo buena persona que era, lo que se exigía en su trabajo y que veía a diario, y su sonrisa siempre para todo el mundo.

Era muy graciosa, risueña, muy emotiva y tocar su cuerpo había sido especial para él que había tenido más mujeres, pero ninguna como ella.

Él no era un machista, nunca lo había sido, pero encontrar que Triana era virgen, le hizo sentirse celoso y posesivo y sentir que era suya, al menos por ese tiempo.

Se enamoraría de ella sin remedio y tendría que olvidarla sin querer. Su cuerpo era especial y encajaba en el suyo perfectamente.

Siempre estaba en pleno celo y cuando la tocaba Triana respondía a él y cuando sus manos pequeñas, las de ella lo tocaban, era puro deseo tiritante para ella.

No se había cansado ese fin de semana de su cuerpo, y no creía cansarse durante el tiempo que estuviese en España. Era una mujer completa. La mujer de su vida.

Si estuviese en Nueva York, no la dejaría nunca. Iba a dolerle dejarla, pero no quería pensar a

largo plazo, quería disfrutar de ella ese tiempo.

Al día siguiente se vieron en el trabajo y él le sonrió con complicidad y ella se sonrojó. Nadie notó nada.

Y así continuaron, trabajando juntos y por las tardes, cuando Norman tenía libre, ella se iba hasta la noche y los fines de semana que él no tenía guardia también.

Tenían una conexión química y sexual fantástica y ella adoraba a su doctor caliente y erótico y estaba satisfecha y él también.

—¡Eres insaciable, pequeño! Cualquier día me matarás...

—Pequeña tú, y no me canso de ti, no. Es imposible. Me encanta tu cuerpo y estos pechos preciosos y estos pezones – y los iba mordisqueando.

—¡Estate quieto loco!

—Sí, soy un cirujano loco por tus huesos —y se la ponía encima y la penetraba hasta hacerla enloquecer y él se vaciaba en ella cuando sentía su orgasmo caliente en su vientre.

Triana, celebró su veintitrés cumpleaños, tres veces, con sus amigas, con su familia y con él. Norman, le regaló una pulserita preciosa. Con corazoncitos colgando, de oro.

—No tenías por qué comprarme nada tan caro, Norman, en serio. Ya me invitas bastante y no me dejas pagar nada.

—Eres una estudiante.

—Pero tengo dinero, bobo.

—Bueno, no pides mucho, me sales muy barata. No quieres ir a sitios caros. Y no quieres salir de la cama.

—¡Ala! Me parece que ese eres tú. Y te salgo barata porque me gustan las tapas más que un restaurante caro. Eso es para pijos neoyorkinos como tú.

—¡Qué voy a hacer contigo pequeña!

—Siempre puedes hacerme el amor.

—Aprendes muy rápido.

—Tengo un maestro, preciso y exigente y sexy.

—Sí, muy sexy.

—Lo digo en serio, me encantas, eres grande, y me encanta cuando me coges en brazos como una niña.

—Eres mi niña.

Y le hizo el amor como a ella le gustaba.

—Eres... no te cansas nunca americano.

—No, de nada de ti, sevillana. De ti menos. Me encantan tus pechos y tu sexo. Y no sabía que era tan caliente hasta que te conocí a ti. Yo era un buen chico de Manhattan y me has pervertido. Ahora siempre estoy caliente por ti.

—¡Qué cara tienes! Norman... ¿Otra vez?

—Me gusta tocarlo.

—Y a mí el tuyo. Tienes un miembro grande.

—¿Lo prefieres pequeño?

—No, ni loca. Es mío.

—Es tuyo de momento.

—Sí, pero no quiero pensar en eso ahora...

Tras un momento descansando en que ella le acariciaba su pecho...

—La semana que viene es la feria. ¿Tienes días libres?

—No he mirado aún la agenda.

—Me voy a vestir un par de días de gitana.

—Me encantará ver eso.

Cuando llegó la feria de Sevilla y uno de los días que se vistió, Norman tenía guardia y le mandó fotos por el móvil y a él le encantó. Todo lo sevillano, le gustaba.

Y uno de los días pudo ir a la feria, el sábado, y ella se puso un vestido precioso y Norman la arrimó a su cuerpo y la besó lánguidamente.

—¡Estás maravillosa!, ¡qué vestido más bonito! Es espectacular.

—Pues vamos americano. Nos espera el jamoncito y el rebujito.

—¿No pretenderás emborracharme?

—Tú bebe, mañana no trabajas.

—Está bien, sevillana, nos vamos a la feria.

Y disfrutaron de un día magnífico. Norman, no se había visto en otra y era difícil que no le gustase la feria. Era un hombre que aprendió a disfrutar libremente de las cosas sencillas con ella y eso lo hacía libre y le encantaba.

—Aquí solo se come y se bebe.

—Y se baila también.

—Ese tipo de baile no sé. Soy más patoso. Este baile no lo conozco, prefiero los bailes lentos.

—Esos bailes tuyos me los conozco, también te gustan más rápidos.

—De esos, me gustan de todos los ritmos —le decía al oído.

Y el tiempo pasaba feliz para ambos y él notó como se soltaba y no estaba tan estricto. Era libre y su relación con Triana, era perfecta.

Ella le quitaba las preocupaciones cuando lo estaba y no echaba de menos Nueva York. Disfrutaba de Sevilla, de su trabajo de la comida y sobre todo de ella.

Sentía cosas por ella que nunca había sentido y reconocía tener miedo a irse y no tenerla más en su vida.

Nunca se quejaba, siempre estaba sonriendo y se soltó con el sexualmente. Había aprendido demasiado, lo tenía encendido y duro en cuanto acababa el trabajo.

Siempre estaba dispuesta para él. Y descargaba todo el estrés en su cuerpo y en sus charlas con ella.

Los meses pasaron y ella terminó sus prácticas. Llevaban saliendo cuatro meses.

Siguieron con su relación y ella presentó su trabajo fin de carrera en Junio y celebraron el fin de semana, su sobresaliente.

En julio no se vieron, pues Triana, tuvo que irse con sus padres a Benalmádena de vacaciones. Un pueblo de Málaga.

Allí tenían una casa y pasaban todos los años un mes de vacaciones en familia. Sus padres, cerraban el despacho de abogados, le daban vacaciones a los abogados que tenían contratados y se iban todos.

Y lo echó de menos. Se hablaban todos los días, pero sintió un vacío tremendo al no tenerlo. Se estaba acostumbrando a Norman demasiado y separarse aunque fuese un mes, le estaba costando.

Caminaba por la playa pensando en él y deseaba que pasara el tiempo rápido. Norman no tenía vacaciones.

Iba a estar un año intensivo trabajando, excepto en Navidades que tenía quince días y Triana lo admiraba por lo que hacía y por fin, volvió en agosto toda morena. El tiempo había pasado para ella, muy lento.

Ese mes era el primero que se le había hecho interminable. Lo necesitaba. Necesitaba su cuerpo y su olor, su sonrisa y sus palabras.

Fue un tiempo en el que pensó mucho. Iba a buscar trabajo en cuanto volviera y le quedaban unos meses más con Norman que tenía que vivir intensamente.

Esa parte de su vida se quedaría con ella. Lo iba a perder, lo sabía, pero mientras, era su Norman.

—Estás morena y preciosa, le dijo Norman en cuanto se vieron —voy a hacerte el amor hasta que me muera.

Y la cogió a horcajadas y la penetró por el pasillo, pegándola a la pared, sin preámbulos ni preliminares, mientras gemían y volvían a reconocerse.

Los meses siguieron y estaban cada vez más unidos. Triana encontró trabajo en la Clínica Santa Isabel, una clínica pequeña y privada, muy cerca de su casa. Estaba muy contenta. Y Norman, se alegró por ella.

Tenía un contrato de seis meses y estaba en el quirófano, pero sin especialidad.

La clínica era pequeña y ella era una enfermera más de quirófano para cualquier intervención dentro de su turno.

Le encantaba el trabajo y siempre que coincidía con Norman pasaban juntos los fines de semana sin guardias, los días libres y las tardes.

Paseaban, iban de tapas, ella le enseñó todos los monumentos y rincones de Sevilla, tomaban café.

Hablaban a veces en inglés, pero ella quiso casi todo el tiempo en castellano, para que Norman aprendiera el idioma.

Y hacían el amor, se abrazaban y se besaban como si no hubiese un mañana. Ironizaban, y se reía mucho tomándose el pelo. Ella le enseñó a hablar un español con acento sevillano y a escribirlo y ella se reía mucho con Norman, sobre todo porque decía que los verbos eran muy difíciles. Al final aprendió el idioma.

Ese fue un tiempo inolvidable para los dos.

Por fin le dijo a su madre que salía con un chico, obviando que era el cardiólogo. Que de momento estaban conociéndose. Y ya sus padres, se imaginaban algo, porque nunca estaba en casa.

La Navidad se vino encima y ella empezó a encontrarse triste. Norman tenía quince días libres y se iba a Nueva York a pasarla con su familia. Ella lo pasó en familia también y salía algunos días con sus amigas.

Pero lo echaba tanto de menos... La llamaba por teléfono todos los días y le contaba cosas de Nueva York. Y se hizo una idea de lo que sería cuando Norman se fuera definitivamente de su vida. Y no quería ni pensarlo siquiera, porque cuando volviera, apenas les quedarían dos meses para estar juntos.

Cuando volvió le quedaban apenas dos meses y ellos aprovecharon intensivamente ese tiempo que se les escapaba entre las manos.

Quedaba una semana para irse Norman definitivamente a trabajar con su padre, en el mismo hospital en el que había trabajado antes de haber hecho el intercambio y en el que llevaba ya dos años operando allí con éxito. En ese mismo hospital trabajaban sus padres también. Y la vio tan triste, como él mismo se sentía.

—No llores preciosa. Sabes que nunca voy a olvidarte. Esto ya lo sabíamos y me duele tanto como a ti y me duele verte llorar.

—Sí, pero me cuesta tanto no estar contigo... Te voy a echar tanto de menos...

—Me olvidarás pronto.

—Nunca, nunca voy a olvidarte pequeño. Eres mi primer hombre y mi primer amor y eso nunca

se olvida. Me quedaré sola y triste.

—Pequeña, tendremos que superarlo y lo sabes. Encontrarás a un chico guapo que te hará feliz. Eso me pone celoso y yo nunca lo he sido, pero no podré hacer nada.

—Lo sé, pero nunca he salido tanto tiempo con nadie y me he acostumbrado a ti.

—Y yo también. ¿Quieres que nos llamemos?

—Prefiero que no, sufriría mucho y no tiene sentido Norman.

—Ay pequeña, —abrazándola triste —no pensemos y disfrutemos de los momentos que nos quedan, venga, deja de llorar ya.

—¡Ay sí!, cielo. Y se quedaron abrazados. A media noche, la despertó para hacerle el amor.

Ella se había enamorado de ese hombre perfecto para ella, tan guapo y sexy, su rubio americano y le iba a costar olvidarlo. Lo amaba tanto...

Sabía que por muchos hombres que conociera, era el hombre de su vida. No habría otro igual.

Y ahora, ¿qué iba a hacer? Menos mal que tenía trabajo y se propuso hacer un master y cursos para rellenar su currículum y estar ocupada y no pensar en él.

Él se fue una mañana de mediados de Febrero, para no volver y ella se quedó vacía y sola. Y lloró más que nunca había llorado en toda su vida.

Pero la vida le daría un par de golpes más con el tiempo, que no esperaba.

Tuvo suerte laboralmente, pues nada más irse Norman a Nueva York, le renovaron el contrato en la clínica por un año más. Al menos tuvo algo bueno en su vida.

Un día a la salida de la clínica le robaron el móvil mientras iba hablando con él y por supuesto, no pudo recuperarlo.

Salvo una caída al suelo de rodillas y su rabia, no puedo hacer nada más, salvo comprarse otro. Pudo recuperar casi todos los teléfonos, menos el de Norman.

Eso era lo que tenía la ciencia tecnológica que no recuerdas los teléfonos de memoria. Hasta los móviles de su familia tuvo que preguntarles para anotarlos en su nuevo móvil, pues sólo sabía el teléfono fijo de su casa. Y el resto, podía buscarlos por internet, y el de sus amigas cuando una la llamaba, pedía el del resto y así fue llenando sus contactos, menos el de Norman.

Y eso le dolió y lloró. Nunca lo llamaría, ni Norman a ella tampoco, pero tener su número era como tener un trocito de él y ya no lo tenía. Ya no tenía nada, salvo sus recuerdos.

O eso creía, porque dos meses después de irse Norman a Nueva York, ella supo que estaba embarazada.

No sabía cómo ni cuándo. Debió de ser a la vuelta de las Navidades, porque siempre se protegieron, pero la ciencia no era exacta y ahí estaba ella, en la clínica haciéndose una ecografía con el ginecólogo, y con dos meses de embarazo. Con veintitrés años, pronto cumpliría veinticuatro, en días, sin padre para su hijo y más sola que nunca.

Y había que decírselo a su familia. Y sobre todo, emocionada por un lado y muerta de miedo por otro.

Y antes de eso, debía buscar a Norman. Hizo una lista de hospitales de Nueva York y fue llamando uno a uno. Y había una lista inmensa. Y se gastó el sueldo de medio mes en llamadas.

Pero ningún Norman Martin trabaja en ningún hospital y en la mayoría de ellos, no podían darle esa información. Era una información privada. Así que tuvo que desechar la idea de tener un padre para su hijo.

Quizá alguna vez, cuando su hijo fuese mayor dieran un salto a Nueva York y lo buscara a través de un detective o algo similar. Ahora, tenía que pensar en su pequeño, en trabajar para él y ganar dinero. Y seguir adelante con su vida. O con sus vidas.

Cuando le fue imposible encontrar a su Norman, estaba ya de tres meses y reunió a la familia

una noche.

—Papá, mamá, hermano, quería deciros una cosa importante.

—Hija, me estás asustando —dijo su madre.

—No mamá, no es nada malo. Solo que estoy embarazada.

—Cómo, qué dices, pero cómo... —cada uno estaba sorprendido.

—Estoy de tres meses ya. Y quiero deciros que voy a seguir adelante con este embarazo.

—Por supuesto que vas a ir a delante. No queremos que abortes por nada del mundo —dijo su padre.

—¿Y el padre? —preguntó su madre.

—Es americano y no está ni lo encuentro. Ya he llamado a todos los sitios. Sólo tenía su teléfono en el móvil que me robaron.

—Pero hija tienes que encontrarlo.

—No mamá. Ya lo he buscado un mes entero y no lo he encontrado. Ya lo tengo decidido. Voy a tenerlo sola. Si queréis me mudaré de casa, alquilaré algo pequeño, ya puedo mantenerme con mi sueldo.

—De eso nada —dijo el padre —Te quedarás con nosotros y te ayudaremos. Cuando tú decidas irte, te irás, pero déjanos ayudarte unos años hasta que el bebé esté más grandecito o tengas otra pareja.

—Gracias —y empezó a llorar desconsoladamente.

—Vamos hermana, no eres la primera ni la única y todos te ayudaremos. Y vas a ser mamá muy joven y guapa. Luego te alegrarás cuando lo veas —la consolaba su hermano.

—Lo siento, siento esto. Nos protegimos, pero...

—Venga, no debes ponerte así, cariño. Vamos a tener un nieto o una nieta y eres nuestra hija y cumplirás tus objetivos. Harás tu master cuando tengas al bebé y mientras haces los cursos que querías.

—Gracias. Gracias a todos. Sois los mejores. Y os quiero tanto...

Una vez pasada la conmoción familiar, todo volvió a la normalidad. Ahora la ayudaban y mimaban más que nunca. Todos estaban pendientes de ella. Y todos estaban ilusionados. Sobre todo su madre, que a cada tienda que iba, le traía algo para el bebé.

A los cuatro meses de embarazo, se enteró de que iba a tener un niño y en los meses siguientes le prepararon un dormitorio bonito para el pequeño. Y lo llenaron de todo para el bebé.

El embarazo lo llevaba muy bien y estaba fuerte y contenta. Al menos tenía apoyo de su familia y no la acosaban con preguntas innecesarias.

Ella iba ahorrando al menos mil euros mensuales y el resto lo usaba en comprar cosas a su hijo, y hacer tres cursos superiores de especialización en el quirófano.

Cuando tuviera a su hijo y pasara la maternidad volvería al trabajo y empezaría un master especializado de un año, también en cardiología y quirófano. Eso, si todo salía bien como tenía pensado.

Teniendo a su hijo, recordaba más que nunca a Norman, e hizo a los siete meses de embarazo otro intento de dar con él, pero le resultó imposible. Buscó por internet, pero nada. Todo era infructuoso.

Triana, tenía que agradecer a su familia todo, atención, comprensión y lo bien que su familia se había portado y se portaba con ella.

Sus amigas estaban encantadas y era por ellas por las que lo buscaba de cuando en cuando sin éxito. No estaba en las redes sociales, en ninguna. Era como un fantasma que había desaparecido con su número de teléfono en el móvil. Ni en el hospital Virgen del Rocío le daban información.

A primeros de noviembre tuvo a su hijo, en la Clínica Santa Isabel. Además le cogió en el trabajo y llamó a sus padres que se personaron allí en media hora.

Tuvo un parto largo. Norman Martin Rodríguez, nació a las dos de la madrugada del cinco de noviembre. Así lo registró ella, con el nombre de su padre, porque era idéntico, rubio y de ojos azules y grandes.

Y así se enteraron sus padres del nombre del padre de su nieto, pero respetaron su decisión de criarlo sola.

Ella, les dijo que no cejaría en buscarlo de vez en cuando hasta que diera con él. Incluso cuando el pequeño estuviese mayorcito, podría ir a Nueva York.

El pequeño, fue la alegría de la casa, para todos, para su tío, para sus abuelos y sobre todo para su madre.

Durante los cuatro años y medio siguientes, su hermano se había casado dos años atrás con Alba y vivían de alquiler en un precioso apartamento cerca del bufete de sus padres. Ella continuaba viviendo en casa de sus padres y trabajando en la Clínica Santa Isabel, cerca de casa.

El pequeño ya había entrado al colegio, tras pasar por la guardería desde que terminó el periodo de maternidad. Era un niño precioso y muy educado, bueno e idéntico a su padre, y Triana a veces lloraba por las noches recordándolo.

A pesar del tiempo que había pasado, no había tenido tiempo de conocer a nadie. Ni tiempo ni ganas. Todo el tiempo era para el trabajo, su master que acabó cuando su hijo tenía un año y medio y su hijo. Para hacerlo feliz.

Encontrar una persona a la que amar, que quisiera a su hijo, era difícil. Y aunque ella estaba abierta a otras personas, no la encontraba, y se refugiaba en su pequeño. Además, nunca había dejado de amar a Norman y más, cuando veía a su hijo, que era su mayor prioridad.

A pesar de que sus padres y su hermano, la animaban a conocer a otro hombre y salir, ella nunca lo hizo. Ni tenía tiempo, ni ganas.

Era feliz así, con su pequeño. Los veranos se iba con sus padres a Benalmádena y el pequeño disfrutaba de la playa.

No todos los veranos podía, dependía de cuándo tuviera vacaciones. Pero si no coincidía, ella se iba en el tren con el pequeño y pasaban en la casa de vacaciones de sus padres, los dos solos ese tiempo.

Se bañaban en la playa, paseaban y disfrutaba de su pequeño todo el tiempo y echaba de menos a Norman que se estaba perdiendo esos momentos.

Triana hizo el master y otro par de cursos más y en esos cuatro años y medio, ahorró una cantidad decente de dinero para poder independizarse y eso pensaba hacer tras el verano.

Cuando sus padres volvieran ese verano de vacaciones de Benalmádena, ella iba a mudarse con su hijo. Ese verano, ella no había coincidido con ellos en vacaciones, se había ido un mes antes con su hijo.

Ya sus padres habían hecho bastante por ella. La habían ayudado lo suficiente en todo lo que habían podido, tenía veintiocho años y ya era hora de dejarlos y ser independiente con su hijo.

Buscaría algo cerca de casa de sus padres, pequeño, lo suficiente para ella y para el niño, y se iría con su hijo.

Por el trabajo no había problema, era fija en la clínica y estaba encantada con su trabajo, pero ya creía que era hora de quitarles esa carga a sus padres, aunque ahorrara menos, pero ya no tenía que pagar guardería.

Y tenía ahorrados cincuenta mil euros, como ella se propuso, mil al mes. De sus padres, sólo había aceptado la ayuda. Que ya era más que suficiente. Pero tenía que quitarles esa carga que era

solo suya. Ya era tiempo.

Pero las cosas no saldrían como Triana había previsto, pues sus padres al volver de vacaciones ese verano, tuvieron un desafortunado accidente y murieron ambos de forma fulminante.

Un camión se les echó encima y no hubo nada que hacer. Y su hermano y ella, se quedaron solos y tristes. Fue una tragedia para Carlos, su hermano y para ella.

Los días que siguieron a la muerte de sus padres, a su entierro y a todas las visitas, fue estresante y agotador.

Pero a la semana ya no recibían visitas, y su hermano y ella lloraban desconsoladamente.

Los echaban tanto de menos... Esa casa estaba vacía sin ellos, sin su ayuda, sin los buenos padres que habían sido... Y eran jóvenes para morir de esa manera. Toda la vida trabajando y ayudando a sus hijos.

Su tío David, los llamó desde Nueva York desolado. No había podido visitarlos antes, ni asistir al entierro de su hermana y su cuñado por motivos profesionales, pero les dijo que iría en un mes o así a verlos y saber cómo estaban.

Al mes de la muerte de sus padres, ellos se habían recompuesto un poco y el abogado y albacea, que era de su bufete, los citó en su despacho para la lectura del testamento.

Sus padres tenían diez millones de euros en metálico, parte de sus herencias de los abuelos y parte de lo que habían trabajado como abogados.

Tenían la casa familiar valorada en trescientos mil euros, la de la playa, que debía costar otros trescientos mil euros y el despacho de abogados, valorado en otros cuatro millones de euros. Y todo a repartir a partes iguales entre sus dos hijos.

Ella sabía que su hermano querría el despacho, era su vida y una tontería venderlo. Así que Carlos le propuso a su hermana comprarle su parte y ella accedió, cómo no y así fue cómo descontando hacienda, ella se quedó con poco más de siete millones de euros, además de sus ahorros, porque su hermano también le compró su parte de la casa y la de la playa.

Triana no quería una casa tan grande, pero su hermano, sí la quería. Y Triana, se alegró y abrazó a su hermano por quedarse con toda la parte familiar.

Estaba en un sitio incomparable y se la vendió también, con la condición de quedarse allí hasta que viniera el tío David de América en una semana para que se quedara allí unos días y luego ella mirar apartamentos más pequeños o pisos para su hijo y ella.

Y así quedaron. Incluso ella le ofreció dinero a su hermano si le hacía falta para el bufete, pero este dijo que no, que tenía ahorrado de esos años y que el bufete le daría para reponerse.

Había pagado todos los impuestos y ahora era rica, pero no quería ser rica si no tenía padres. No sabía que sus padres tenían tanto dinero.

Ella nunca se preocupó, al contrario, siempre les estuvo agradecida y no quería que le pagaran tanto, pero daría el doble por tenerlos con ella.

A los cuatro días recibieron a su tío David de Nueva York. Hacía años que no venía con su tía Lía, pero esta vez, venía solo. Y esa noche lloraron todos por la triste desgracia. Ella no quería llorar demasiado por su pequeño.

Y el fin de semana, habló mucho con su tío. Del vacío que sentía, del padre de su hijo que era americano y que pensaba ir algún día a buscarlo... le contó toda su vida...

—Sobrina. Vente a Nueva York. En mi Hospital tendrás trabajo. Tienes experiencia suficiente y así podrás buscar al padre de tu hijo. Aunque ya salvo tu hermano, no tienes nada. Tu hermano tiene su vida. Allí también nos tienes a tu tía y a mí. Puedes comprarte un apartamento en Manhattan o alquilarlo, pero si tus padres te han dejado dinero, puedes comprarlo y llevar a tu

hijo allí. Sabe hablar inglés. Es bilingüe tan pequeño. ¿No quieres planteártelo? Trabajo tienes. Date un cambio de aires. Si luego no te gusta, vuelves. Te daré quince días cuando llegues para que busques un lugar que te guste y un buen colegio para Norman. Y hay una baja en el quirófano de tu especialidad. Te la reservaré un mes para que lo pienses.

—No sé tío, no lo había pensado. Nunca había pensado en mudarme allí. Sería un gran cambio para nosotros.

—Venga, te preparas el pasaporte, te mando el contrato de trabajo por fax, para poder entrar por trabajo al país y te espero en Nueva York. En cuanto me vaya, te lo piensas. Te llamaré.

Y cuando su tío de fue, ella lo habló con su hermano y su hermano estuvo de acuerdo con su tío, que un cambio de aires, le vendría bien.

—Hermana, puedes encontrarlo. Ya es hora. Allí te será más fácil. Yo tengo a Alba, pero tú estás sola con Norman y se merece conocer a su padre. Y si está soltero aún podéis tener un futuro.

—No sé, quizá Norman no se adapte y es lo que más miedo me da.

—Los niños se adaptan fácilmente y él sabe más inglés que español. Además es el momento perfecto para que el chico entre en un nuevo colegio. Te visitaremos y puedes venir a vernos, creo que te irá bien. Aunque te echaré mucho de menos.

—¿Necesitas dinero Carlos?

—No cariño, el bufete iba bien y contrataré a otros dos abogados. Me sobra después de haberte comprado las casas y tenía ahorrado dinero. Y no has querido nada por los muebles.

—Prométeme que si necesitas, me lo pedirás. Ya me lo darás cuando puedas.

—Claro que sí guapa, pero vete en busca de otra vida. Te quiero mucho.

Así que lo pensó bien. Llamó a su tío diciéndole que se iba con ellos y su tío, le mandó el contrato de trabajo.

El sueldo nada tenía que ver con lo que ganaba en España, era casi el triple, claro que todo era más caro, pero se animó, dentro del dolor que aún sentía por la muerte de sus padres.

Avisó al trabajo con quince días de antelación, preparó todo y se despidió de sus compañeros y amigos, preparó los pasaportes y las maletas, los pasajes y el día uno de septiembre, su hermano la llevó a Málaga y se despidieron con lágrimas en los ojos y ella y su pequeño, emprendieron un viaje a la gran manzana, en busca de un futuro distinto.

Iba nerviosa y también se animó por su hijo. Intentaría encontrar al padre de su hijo y el amor de su vida.

Pero después de más de cinco años de no tener contacto con él, podrían haber pasado muchas cosas.

Triana, tenía veintiocho años y Norman debía tener ya casi treinta y tres. Quizá tuviese otros hijos, o se había casado y tenía una familia.

Había pasado tanto tiempo, que podría haber cambiado todo. Pero estando en el hospital y siendo tan buen cirujano como era, seguro que alguien sabría de él en algún sitio. A su tío no quiso decirle a qué se dedicaba.

Lo que sabía su tío, es que debía llamarse como el pequeño, pero Norman Martin había en Nueva York, una gran lista.

## CAPÍTULO TRES

Norman Martin, se había convertido en esos años en un cirujano de prestigio. Trabajaba en el Hospital en el que trabajaban sus padres: el New York Presbyterian, hospital del que era director el tío de Triana, David Mason.

A sus treinta y tres años era toda una eminencia como cirujano cardiólogo. Ocupaba el quirófano nº 5 de ese hospital y tenía un gran equipo.

Tenía un gran amigo y compañero Tom Norton, que era también joven, de treinta y dos años y ocupaba el quirófano nº 4.

Se hicieron muy amigos cuando Norman vino de España, y Tom sabía, porque él se lo había contado que había tenido una chica allí casi un año y que había sido el amor de su vida. Pero que era un amor imposible. Que había sido más feliz que nunca y que no creía encontrar a otra chica como ella.

Salían los fines de semana juntos, cada vez que podían a lugares exclusivos de Manhattan. Tenían como cardiólogos un sueldo bastante alto y una buena vida.

Se compraron cada uno un apartamento en Manhattan, en un lugar de lujo en el mismo edificio, independizándose de su familia, sobre todo para Norman y las normas estrictas de sus padres.

Fue una liberación. Incluso sus padres cambiaron para su sorpresa, volviéndose más benevolentes.

Y poco a poco a Norman, se le fue quitando la tristeza que lo apesadumbraba. Nunca la olvidó, pero el dolor fue mitigando y gracias a Tom, salían, conocieron chicas, y Norman, como antes, tuvo varias relaciones cortas, hasta hacía un año, en que conoció a una publicista llamada Fiona, rubia, de piernas largas y ojos azules, de casi un metro ochenta y empezó a salir con ella.

A Tom, no le gustaba, le parecía fría y distante y una ególatra de campeonato, y las veces en las que había estado con ellos, le encantaba ser el centro de atención y solo hablaba de publicidad.

Pero claro no podía decírselo a su amigo. Esa era una decisión unipersonal y él no se metía en asuntos amorosos de sus amigos.

Para Norman, Fiona, no era como con las demás, pero tampoco había sido como con Triana, como con ella ninguna había sido, ni sería.

Las relaciones con Fiona, eran cordiales, ella era una mujer muy independiente y las relaciones sexuales, eran rápidas y acto seguido estaba con el teléfono en mano. Decía que su trabajo no podía esperar. Pero a cambio Norman, sentía un vacío que no llenaba nunca.

Lo suyo se hizo costumbre y llevaban ya un año saliendo, aunque también salía con su amigo Tom a veces y Fiona, con sus amigas. No se caracterizaba su relación por las relaciones sexuales precisamente.

Y él echaba de menos a Triana en ese sentido. Jamás se había sentido tan caliente y duro y excitado como con esa mujer pequeña. Sus relaciones habían tenido una intensidad y calidez a prueba de bomba. Pero es que no había una Triana en Nueva York. O eso creía él.

Eso es lo que había sido su vida desde que volviera de España. Unas cuantas relaciones cortas y Fiona el último año, que era lo más parecido a la mujer que pudiera acompañarlo en su vida. No se molestaban, no se celaban, no... pero era tranquila, sin reproches esa relación.

Y su trabajo, que era lo más importante, incluso por encima de Fiona.

Y ya iba a hacer un año que salían juntos y dos meses en que le regaló un anillo de

compromiso. Hacían el amor apenas una vez al mes, cuando no eran sus guardias, ella estaba ocupada en alguna fiesta o cansada. Y no vivían juntos aún.

Norman no se lo había propuesto y quizá ya era hora, se preguntaba él. Si pasaran más tiempo juntos, quizá su relación cambiara para mejor.

Triana iba con su pequeño en el avión rumbo a Nueva York. Se quedaría unos días en casa de su tío David y su tía Lía, pero tenía muchas cosas que hacer antes de entrar a trabajar, lo antes posible.

Ya su tío, le hablaría de su puesto y ella iba a buscar algo por la zona, no muy lejos del hospital. Iba a comprar un apartamento, cambiar los euros en dólares, era lo primero y abrir una cuenta o dos, una para ahorro solamente.

Encontrar un colegio cerca de su casa y una vez instalada, unas cuantas compras y empezaría a trabajar y a ahorrar como siempre había hecho. No tenía ni idea de lo que le iba a costar un apartamento.

Pero sabía que si podía comprarse uno de tres dormitorios en un sitio más o menos bien, no tendría que pagar hipoteca y sólo pagaría un buen colegio para su hijo.

Cuando lo miraba dormir, era tan precioso como recordaba a su padre cuando ella despertaba y lo veía dormir. El mismo pelo, los mismos ojos, el mismo nombre...

Si alguna vez lo encontraba, si él tenía una familia, le iba a dar igual si él se enfadaba por haber puesto el mismo nombre a su hijo. Aunque nunca lo había visto enfadado, salvo el primer día que lo conoció.

Lo más importante en su vida era su pequeño y el resto iba en segundo lugar. Lo quería tanto... era lo único que tenía del amor de su vida, y nunca había puesto a ningún hombre antes que a él, porque no había querido conocer a nadie, ni salir con ninguno, porque Norman había dejado muy alto el listón.

Y ella se volvió exigente, pero es que Norman, era un tipazo y encontrar eso era... Como encontrar una aguja en un pajar.

Tampoco es que le había gustado nadie hasta ahora. Y si salía, tenían que saber que su prioridad era su hijo.

Cuando llegó al aeropuerto de Nueva York, allí estaba su tía Lía. Su tío tenía trabajo y no había podido ir a buscarlos. Ella ya lo sabía de antemano y lo entendía.

Su tía estaba encantada y con las maletas y el pequeño, salieron en busca de la ciudad y la casa de sus tíos.

Sus tíos vivían en Manhattan, cerca del hospital donde su tío David, que era el director.

—Cariño —le decía su tía. Antes vivíamos en otra zona, pero en cuanto tu tío fue nombrado Director del Hospital, compramos un apartamento precioso de cuatro dormitorios. Uno lo tiene tu tío, como despacho, los otros dos son vuestros hasta que queráis. No importa el tiempo que os quedéis en casa.

—Gracias tía, tengo pensado ir a comprarme un apartamento lo primero. Bueno, lo primero, cambiar el dinero, y comprar un apartamento, ropa, comida, buscar un colegio, un seguro de salud y empezar a trabajar.

—No tengas prisa. Primero descansar. El viaje ha sido largo.

—Sí tía Lía, el tío David me dijo que tenían una vacante a cubrir en uno de los quirófanos y me gustaría empezar lo antes posible.

—¡Qué responsable eres, hija! El pequeño es precioso. Tiene nombre americano.

—Sí. Su padre lo era. Quizá lo busque. Ya te habrá contado el tío la historia. Fue a Sevilla y salimos un año, pero me robaron el móvil y por más que lo he buscado, no recordaba su número...

En cuanto me asiente, quizá contrate un detective privado

—Es lo mejor hija, ya tiene... ¿qué edad tiene?

—Va cumplir cuatro años en Noviembre.

—Madre mía ¡qué mayor! Sabes que las cosas pueden haber cambiado. Puede tener una familia, otros hijos...

—Si lo sé tía, hace ya casi cinco años que no lo veo, pero no me importa. Se lo digo y que haga lo que crea conveniente. Yo puedo criar sola a mi hijo. Solo quiero que sepa que tiene un hijo. Tiene derecho a saberlo

—Perfecto. Hablemos de cosas más alegres. Tenemos que ir de tiendas.

—Por supuesto. En cuanto tenga mi piso nos vamos una mañana a llenar mi vestidor. Y el de Norman.

—Ya tenía ganas de ir con una hija de compras. Eres como una hija para nosotros.

—Gracias tía. Os quiero mucho. Espero que aquí tengamos Norman y yo una buena vida.

—Siento tanto lo de tu madre y de tu padre... Aunque no nos veíamos mucho, sí que hablábamos todas las semanas por teléfono y me contaba todo de vosotros.

Y llegaron a la casa y la chica que tenía y que les cuidaba la casa, María, les metió las maletas en los dormitorios y le colocó la ropa en los vestidores.

Ella se dio una ducha y otra al pequeño y comieron algo y se acostaron. Durmieron tanto que hasta el día siguiente a mediodía no despertaron.

Cuando se despertaron, fueron al salón donde estaba su tía.

—Perdona tía. Estaba muerta.

—Es el jet lag. Es normal. Descansas esta tarde y charlamos y mañana te pones en marcha. Hay que buscar un colegio para Norman. Iré contigo a todo.

—¡Ay! tía gracias.

—Me encantará buscar piso. Dejaremos al pequeño con María y nos vamos.

—Perfecto. Mi hijo es muy bueno y se adapta a todo el mundo.

—Que le dé un paseo por la mañana. Ya verás.

Y por la tarde vio a su tío por fin y tomaron café y hablaron de todas las cosas. Le dijo sobre el trabajo que iba a trabajar con un cardiólogo joven, llamado Tom Norton. En el quirófano 4, con su equipo. Era muy bueno y tenía un equipo inmejorable.

—Tenemos muy buenos profesionales. Por eso es uno de los mejores hospitales de Manhattan. Tu turno será de ocho de la mañana que es cuando empieza a funcionar el quirófano hasta las cuatro, con media hora para tomar algo. Y tu sueldo serán ocho mil dólares netos, libres de impuestos, que es lo que ganan las enfermeras de quirófano. Son las que más ganan junto con las de urgencias. Es un hospital privado y pagamos más. Claro que cuando puedas entras. Ya sabes. Así que en cuanto te organices, puedes trabajar. Pero no tengas prisa, la tía irá contigo a buscar piso y colegio, o eso me ha dicho.

—Sí, va a ayudarme a todo.

—Perfecto. Estamos encantados de tenerte. Ya lo sabes. Dentro de unas semanas voy a dar una cena. A veces lo hago e invito a los especialistas. Cirujanos y sus familias, o parejas. Vendrá Tom también. Seremos unas diez personas o así. Te divertirás. Y conocerás a parte del hospital si no los ves antes.

—Muy bien tío... me alegra estar aquí.

Al día siguiente, dejaron al pequeño con María y salieron, primero al banco, a cambiar en dólares los euros y abrir nuevas cuentas. Lo siguiente que hicieron fue desayunar en una buena cafetería.

Después se fueron a una inmobiliaria donde su tía había adquirido el apartamento. Estaba por la zona. Entraron y un agente joven las atendió.

Ella dijo que quería un apartamento listo para entrar, de tres dormitorios o así, sin que tuviese que hacer reformas y limpio y pintado. Y por la zona, cerca de algún colegio. Y lo antes posible.

Tuvieron mucha suerte, porque frente a un colegio privado había uno como ella quería. Pero tenía portero y de todo, a estrenar, amueblado, recién pintado y equipado.

Tuvo suerte, el agente le habló de uno. Lo acababan de reformar para venderlo. Pero tenía cuatro dormitorios y un despacho

El problema es que le gustaba demasiado, era grande y soleado, pero tenía más dormitorios de lo que necesitaba. Habría que verlo.

Pero era tan bonito en las fotos que le mostraron... La única pega, es que necesitaba vaciar dos dormitorios, poner uno infantil con una parte para juegos y hacer los deberes y un despacho, el resto lo dejaría igual, pero el chico de la agencia les dijo que eso podía conseguirlo, que tenían una decoradora de interiores y el precio no variaba. Y estuvo de acuerdo, en ello.

Lo que no sabía es si le iba a gustar el precio. Estaba a dos manzanas del hospital y frente al colegio y eso le gustó y quiso verlo.

—¿Tía crees que hemos tenido suerte?

—Espera que lo veamos. Pero si es lo que tú buscas es un bingo en toda regla.

Y fueron a verlo, porque estaba cerca. El edificio era muy bonito y alto. Tenía portero y la comunidad ya le dijeron que eran ochocientos dólares. Con una plaza de garaje. A eso tenía que sumar luz, agua teléfono, colegio y comida y vestir.

Tenía que hacer cuentas, porque no quería tirar del dinero que tenía ahorrado una vez que comprara el apartamento y la ropa y la primera comida. Y el seguro de salud ante todo.

El apartamento estaba en la planta diez y era exterior a la avenida. Eso le encantó. Ver la calle, desde el salón y algunos de los dormitorios. Y era muy soleado.

Cuando entró le pareció maravilloso, el suelo de madera oscura, el salón abierto a la cocina. Era más grande de lo que pensaba. Pero tuvo muy buenas vibraciones. Le encantó antes incluso de verlo.

Tres sofás enormes en tonos grises y negros como las paredes, en tono gris y era verdad que era a estrenar, un puf, una mesita gris de centro cuadrada, un fuego eléctrico y una televisión en el salón, con estanterías a los lados con algunos objetos decorativos tipo vintage.

Una mesita con una lamparita preciosa y una hoja para poner las llaves. Una percha antigua para poner los abrigos. Todo eso en la entrada. Un rincón en el salón de lectura, con una mesita y una lámpara de pie y un sillón balancín precioso, decorada en los mismos tonos que el sofá.

Una mesa con seis sillones bajos, preciosos para el comedor en gris oscuro y una cocina nueva en gris con todo lo necesario.

Le fue el agente de la inmobiliaria abriendo los armarios y estaba equipada con todo, incluso con electrodomésticos pequeños. Los electrodomésticos grandes, de acero inoxidable. Una pequeña isla con tres taburetes en gris también. Era perfecta y preciosa la cocina

En el pasillo que daban a las habitaciones, había un aseo, para las visitas, un cuarto de lavado y plancha, y para meter los accesorios de limpieza. Luego estaban los cuatro dormitorios, el principal, era una maravilla, grande y espacioso y con dos vestidores enormes y una gran baño con una ducha preciosa y una bañera de patas.

Un lavabo doble maravilloso tipo spa y un gran armario para meter toallas y productos de baño.

Todos los dormitorios, los tres que quedaban, tenían un baño pequeño y un vestidor también.

Uno sería para Norman y otro de invitados y el otro como cuarto de estudio y juegos para su hijo. Aparte tenía un gran despacho, casi doble.

Era lo que ella necesitaba. Tenía sábanas, toallas a estrenar. Le encantaba la decoración los colores de las cortinas y edredones y las lámparas preciosas de la cocina y dormitorios. Tenía hasta un par de mantitas en los sofás grandes, mullidos y cómodos.

—Me encanta tía, ¿qué te parece?

—A mí también me encanta. Nos falta el precio. Ten en cuenta lo grande que es. Y tiene plaza de garaje que aunque no tengas coche va incluida.

—Bueno, quizá más adelante me saque el carnet y me compre uno.

—Eso sí. Siempre es bueno tenerla por si acaso.

—Nos ha encantado —le dijo ella al chico de la inmobiliaria. Nos falta el precio —y este sonrió.

—Ya les dije que de comunidad son ochocientos dólares y el apartamento tal cual está, cuatro millones y medio de dólares, con la plaza de garaje y le cambiamos un dormitorio por uno infantil y otro, cuarto de juegos. Así le queda el principal y uno de invitados. Pero si lo quiere sin equipar y sin muebles...

—Me lo quedo tal cual está. Es más grande de lo que esperaba para mí, pero me encanta el mobiliario, todo —dijo ella. —pero deberían rebajarme algo para ponerle las dos habitaciones que me quitan.

—Espere y llamo un momento.

—Vale.

—¿No te lo quieres pensar, hija?

—¿No lo ves claro?

—No, me parece un precio razonable y muy bueno.

—Está en un buen sitio. Frente al colegio al que vamos a ir ahora.

—Está bien, a mí me encanta.

—La decoradora me dice que le pone lo que necesita con ese precio. Le pone un cuarto infantil para un niño, uno de juegos y de estudio para hacer los deberes y un despacho para usted completo de todo, con impresora y todo incluido, solo a falta de materiales. Se lo pone en dos días, si se queda con él.

—Me quedo con él, le dijo al chico.

—Está bien, ¿cuándo quiere hacer la gestión?

—Ahora mismo.

—¿En serio?

—Sí, lo voy a pagar al contado.

—¡Ah, bueno!, pues vamos a la inmobiliaria. No se va a arrepentir. Es precioso. Y tiene un buen precio.

—Tardaron una hora en hacer las gestiones, pagar el apartamento, darles unas copias de que habían comprado el apartamento y sus escrituras en dos días se la daban, justo cuando todo estuviese listo y pagar también los impuestos.

—Perfecto, sus llaves. Y enhorabuena. Ahí lleva el número de su plaza de parking.

—Le dieron las llaves por triplicado, y ella les hizo la transferencia y pagó los impuestos. Y tenía lo principal. Una casa propia y todo gracias a sus padres.

Y se fue con su tía, y sus llaves al colegio. El siguiente paso, y hubo suerte. Tenían plazas para el chico, mil quinientos euros al mes con las comidas incluidas, y almuerzo.

Y enseñó su contrato de trabajo y le dieron plaza. Estaban a miércoles y empezaban las clases

el lunes de 7, 30 a 4, 30 de la tarde. Si algún día llegaba tarde, llamaría, porque su trabajo era de 8 a 4. Así que tenía que arrancar media hora. Hizo la inscripción y pagó el primer mes y la inscripción que eran mil dólares.

Tía vaya día más aprovechado. Si saco un seguro de salud, nos podemos ir a casa hasta mañana y mañana salimos de compras y el fin de semana puedo cambiarme. El viernes estará todo listo ya.

Estamos a dos manzanas de distancia. Me encanta haberlo encontrado cerca de vosotros, del hospital y frente a un colegio. Es más grande de lo que pensaba, pero así es mejor, tengo más amplitud.

—Me alegro por ti cariño. Tienes casa para toda la vida. Espero que te guste cómo te dejen las dos habitaciones que te quedan.

—Eso espero. Los muebles son nuevos y la cama enorme y todo a estrenar. Me encanta mi nueva casa, por muy cara que sea.

—Perfecto. Lo importante es que debe gustarte y sentirte bien en ella y a mí me encanta.

—Buscaré lo que necesite. Compraremos ropa y haré una gran compra de alimentación y me cambio el fin de semana. Quiero empezar a trabajar el lunes, cuando Norman entre al colegio.

—Me parece bien. Tu tío se alegrará.

Pasó por una aseguradora y sacó un seguro de salud para ella y su hijo. Le interesaba pagarlo anualmente y pagó el primer año. Le costó tres mil dólares anuales. Bueno, pero era necesario y era lo más importante para ella, la salud de su hijo y de ella. Si no llegaba a ahorrar, eso lo sacaría de los ahorros.

—Bueno por este día hemos terminado tía. Nos vamos.

Fueron a casa a almorzar y por la tarde sacó a su hijo de paseo por la zona, le enseñó el colegio y dónde iban a vivir. Subió de nuevo al apartamento y a su hijo le encantó.

—Tenemos que comprarte ropa, pequeño, ya hace frío y tengo que comprarte la ropa del cole antes del lunes, me han dado la tienda donde comprarte el uniforme y una gran lista de ropa y materiales —cogiéndolo y abrazándolo —por fin vamos a vivir solos tú y yo pequeño.

—Y juguetes, mamá.

—Ven aquí —y se dirigió al despacho —mamá te hará un dormitorio precioso y una habitación para jugar y hacer los deberes. Y te comprará una mesa, juguetes y libros. Y una estantería para ellos y tendrás un despacho como mamá.

—Bienmm.

Al día siguiente fue con su tía de nuevo de compras. Para el peque y para ella y cuando se había gastado una buena pasta, incluido el uniforme de Norman, que tuvo que comprárselo por triplicado, porque era pequeño y se ensuciaría mucho, pasaron por su casa y su tía le ayudó a colocarlo todo y a quitar etiquetas. Y los materiales.

Por la tarde, después de almorzar, dejó de nuevo al pequeño con su tía y María se llevó parte de las maletas y las colocó en el vestidor.

Ya se habían llevado los dormitorios y estaban colocándole los nuevos muebles. Le encantaban. Hablo con la decoradora y todo estaba como ella quería.

Salió mientras terminaban de decorarle lo que faltaba e hizo una buena compra y la colocó cuando se la llevaron a casa.

Y la mañana siguiente se llevó lo que le quedaba de ropa. Le estaban montando el despacho que era lo último ya. Solicitó internet y llamó a su tía para decirle que no iba a almorzar porque iban a venir a ponerle internet.

Antes de irse a casa de su tío echó un vistazo a su casa terminada y equipada de todo. El despacho era preciosos y el cuarto de juegos de su hijo maravilloso. Le iba a encantar. Se iba a

volver loco al día siguiente sábado cuando se mudaran.

Llegó a casa de su tío a las ocho de la noche, para la cena, después de limpiar un poco todo. Ya habían bañado al pequeño, pero tenía la casa completa y lista para llevarse la poca ropa que le quedaba en casa de sus tíos al día siguiente.

Esa noche de viernes, antes de mudarse definitivamente al día siguiente, su tío, le dijo que cuando llegara el lunes si no se veían ese fin de semana, porque ellos tenían un compromiso, debía estar a las ocho y preguntar por el quirófano 4.

Antes, debería pasar por Recursos Humanos dar su nombre, entregar el contrato de trabajo y recoger el vestuario y le darían la taquilla. Y después a trabajar, pero ella se iría antes para estar a las ocho allí.

Y el sábado por la mañana, con una pequeña maleta en la mano y su pequeño en otra, que era lo que le quedaba, y su hijo, se despidieron de sus tíos que ya irían a visitarla y ver finalizado su apartamento, se fue andando por la avenida a su casa. A empezar su nueva vida.

Cuando su hijo entró en la casa, le encantó, porque la última vez, no tenía juguetes ni mesa ni su habitación, cuya cama era un coche azul precioso y le encantó y se puso a jugar con sus juguetes y a dibujar en su sala de juegos como loco.

—Norman cariño, este es el despacho de mamá y no se puede tocar. Esta es tu habitación para dormir y esta para jugar.

—Vale mamá.

—Gracias cariño. Te quiero. A partir de hoy hablaremos en inglés y en español también.

—Vale mamá. Yo también te quiero. Hay muchos juguetes. Y lápices y una pizarra. —decía su hijo nervioso y encantado.

—Sí todo para ti, mi cielo.

Y mientras su hijo se puso a jugar, ella tomó su cuenta corriente y empezó a hacer cuentas a ver qué le quedaba y cómo iba a administrarse.

Si todo salía como quería contando con su sueldo y descontando gastos, podría ahorrar unos cuatro mil dólares mensuales y algunos meses menos. Pero estaba muy bien.

Después de los días que llevaba no pensaba hacer de comer ese fin de semana, sería para ella y su pequeño, si acaso algo para la cena.

Aparte tenía en su cuenta de ahorro de poco más de tres millones y medio de dólares. Luego irían a comer fuera.

Una cuenta de ahorro de tres millones trescientos mil dólares, que quería que fuesen intocables y otra que utilizaría y en la que dejó doscientos treinta mil veinte dólares, pensó ir metiendo cada mes cuatro mil euros dólares en la de ahorro, si podía claro.

Ese fin de semana fue fantástico para los dos, salieron por la mañana, a la hora de comer, dieron con un parque con toboganes y patos, un pequeño lago y les encantó, almorzaban fuera y jugó con él por las tardes. Y se echaron una siesta y cenaron juntos. Y vivir los dos solos era maravilloso.

Sus tíos la llamaron el domingo y también llamó a su hermano y le contó todo. Y este estaba contento por ella.

Y llegó el lunes y empezó una verdadera nueva vida para ella. Vistió al pequeño y ella también, de manera informal, porque en el hospital llevaría su uniforme.

Lo dejó en el colegio y como estaba acostumbrado del año anterior en Sevilla, ya ella le había explicado que allí sus amiguitos hablaban inglés y él beso a su mamá y no echó ni una lágrima. Era un niño fuerte y precioso.

Y ella, llegó un cuarto de hora antes e hizo cuanto su tío le indicó, guardó la copia de su

contrato en el bolso, fue a vestuario y le dieron los uniformes, tres y tres zapatillas, se vistió, dejó el bolso en la taquilla y tomó el móvil, lo puso en modo avión y lo guardó en uno de los bolsillos y se dirigió al quirófano 4.

Se presentó y el doctor Tom Norton, la saludó efusivamente. Ella creía que iba a ser mayor, pero pareciera que en Nueva York, sólo iba a conocer a cirujanos jóvenes altos y guapos.

Tom era un gigante, también y le recordó a Norman. Salvo que era moreno de ojos verdes, extrovertido y simpático y le explicó qué iban a hacer esa mañana.

Ella ya tenía experiencia, y se puso la mascarilla y los guantes y sabía qué puesto le correspondía.

Cuando acabaron las intervenciones, fue a comer algo a la cafetería y se le unió el cirujano. Se sentó en su mesa con otra bandeja con un café y un bocadillo. Eran las doce y aún le quedaba otra operación a la una de la tarde.

—¿No te importará que me sienta contigo, enfermera?

—No, por supuesto que no.

—Me gusta conocer a mi equipo y no hemos tenido tiempo de hablar.

—Muy bien, pregunte lo que desee saber.

—¿Cuántos años llevas de quirófano en cardiología? Lo digo porque te he visto experiencia para lo joven que eres.

—Bueno, gracias. Se agradece para ser el primer día. Llevo desde los veintitrés años en quirófano y ya tengo veintiocho años, o sea cinco años de experiencia y no solo en cardiología que es lo que más hice. También estuve unos meses en urgencias y en neumología.

—Vaya, toda una experta. ¿Vives por Manhattan?

—Sí, acabo de comprarme un apartamento por fin.

—¿Vives sola?

—Tengo un hijo. Cumple cuatro años en Noviembre. Pero. Sí, soy madre soltera. Vivo con mi hijo.

—Vaya, una luchadora. ¿Y cómo te llamas?

—Triana.

—¿Ese nombre qué nombre es?

—Un nombre español, del sur de España.

—¡Ah!, creo que me cuesta trabajo pronunciar eso.

—Sí, puede llamarme Ty, porque el apellido tampoco lo podrá pronunciar demasiado bien.

—Vale, pues Ty.

—¿Has criado sola a tu hijo?

—Tuve ayuda de mis padres hasta hace poco.

—¿Ya no?

—No, murieron en un accidente de tráfico, hace dos meses. Y me he venido aquí, hace apenas unos días.

—Lo siento.

—No pasa nada.

—Espero que estés bien con nosotros, somos un equipo competente. Ya irás conociéndonos y este hospital tiene fama, con lo cual somos a veces demasiado exigentes.

—Sí, en todos lados son exigentes.

—Bueno, ya sabes que me llamo Tom Norton.

—Sí, lo sé.

—Y tengo treinta y dos años.

- Eso no lo sabía.
- Vale, pues ya lo sabes y estoy soltero.
- Pues eso me sorprende más.
- ¡Qué graciosa! ¿Y eso por qué?
- Bueno, es usted un buen partido.
- ¿Es un piropo?
- No, es un hecho.
- Venga, súbeme el ego antes de la siguiente operación.
- Alto, guapo, ojos verdes, pelo negro y cirujano. Deben estar ciegas las neoyorquinas.
- ¡Así me gusta! Ya nos vamos más contentos al quirófano. Nada como un chute de ego
- Y Triana no tuvo menos que reír porque el cirujano era simpatiquísimo y cercano.
- Venga, el quirófano nos espera. Vamos a tocar otro corazón.

La conversación con el cirujano había sido animada y al menos se relajó. Era un tipo guapísimo. No le importaría a ella...

Era el primer hombre que le gustaba desde lo de Norman. Y era gracioso, pero era su jefe. En principio como amigo era un hombre adorable y como profesional no tenía parangón.

Su equipo estaba encantado con él y ella en las dos semanas siguientes también se acostumbró a él y a veces coincidían en la cafetería y charlaban. Era muy agradable.

Siguió un ritmo de vida que le encantó. Su trabajo fantástico y a su hijo Norman, le encantó también el colegio y no paraba de hablar cada vez que iba a por él, de sus amiguitos.

Luego le ayudaba a hacer los deberes, lo bañaba y le ponía el pijama y lo dejaba jugar un rato mientras preparaba la cena.

Jugaban un ratito, le leía un cuento y lo acostaba. Así ella podía disfrutar de un par de horas antes de ir a dormir.

Le gustaba hacer un resumen diario de las operaciones, como un diario. Era una costumbre y los fines de semana, los repasaba y los pasaba a un pendrive, costumbre desde que hizo las prácticas, que había mantenido.

Por eso se había comprado varios cuadernos enormes y por la noche, lo anotaba. Luego antes de irse a la cama, se tumbaba en el sofá y veía un poco la televisión. Y se acordaba de Norman.

Un fin de semana fueron sus tíos a ver el apartamento terminado y salieron a comer fuera, ella quiso pagar pero, su tío no lo permitió.

—Sobrina, ¿cómo voy a dejarte pagar? —le dijo su tío.

—Tío porque os habéis portado muy bien conmigo.

—Deja eso anda. ¿Estás bien en el apartamento? ¿Llevas bien todo?, el trabajo, el chico...

—Perfectamente, luego por la tarde lo llevaré un poco al parque a los toboganes y mañana tomaremos una hamburguesa y pasearemos por ahí. Se ha adaptado muy bien al colegio y a sus amigos.

—Perfecto. Me he enterado de que en el trabajo te llaman Ty.

—Sí, nadie puede pronunciar mi nombre.

—Es que es complicado para nosotros pronunciar tantas eres —dijo su tío sonriendo.

—Tendré que acostumbrarme.

—Nos alegra tenerte. El doctor Norton, está encantado contigo.

—¿En serio?

—Sí, muy en serio, y no sabe que eres mi sobrina.

Y ella se emocionó...

—Vamos no vayamos a llorar. Eres una buena enfermera con experiencia.

—Gracias tío. Os quiero mucho a los dos —y los abrazó.

—El sábado que viene, te espero en casa para cenar, ¿podrás?

—Claro.

—Te traes a Norman. No vayas a buscar a nadie para que se quede con él. Si se duerme lo acostamos en la cama, si no aguanta el pobre.

—Vale.

—Voy a dar una cena en casa, seremos dos neurocirujanos con los que tengo mucha amistad, sus mujeres. El hijo de uno y su novia y tu jefe, el doctor Norton, tú, el pequeño y nosotros.

—Estupendo —al menos tendría con quién hablar.

—Te servirá para conocer a los grandes de mi hospital.

—¿A qué hora tengo que estar?

—¿A las ocho te viene bien?

—Perfecto. Allí estaré.

El fin de semana pasó rápido, pero por el contrario, disfrutó mucho con su hijo. El sábado, al volver del parque se llevaron la compra a casa. Como tenía prácticamente de todo, compraron un par de bolsas y en una librería, ella compró algunas revistas médicas y un par de libros. Su hijo cómo no, cogió dos cuentos.

—Te quiero pequeño. ¿Vas a leer eso?

—Yo solo.

—¿Tú solo? ¿No quieres que mamá te lea?

—Solo para dormir.

—Te quiero pequeñajo, ¿lo sabes?

—Sí mamá. Yo también te quiero.

—¡Ay mi niño, qué guapo eres!

Y la semana pasó rápido. Ella, lo que más temía es que su hijo no se adaptara al colegio y a Nueva York, pero lo veía feliz. Siempre fue un niño feliz, por eso ella tenía tanto miedo.

Pero ahora ese miedo había desaparecido. Como le había dicho su tío, ese cambio de aires le había sentado bien. Era feliz con su vida. Y en mes y medio celebrarían el cumpleaños de su hijo.

Tenía que hablar con el colegio por si les hacían algo especial a los pequeños o debía llevar algo.

Pero había algo que le preocupaba todavía y es que algún día su hijo preguntara por su padre. Ya iba a cumplir cuatro años y veía a diario a los padres y madres ir al colegio a buscar a sus hijos. Por eso tendría que reanudar la búsqueda de Norman.

El lunes se pondría manos a la obra y si no lo encontraba, buscaría un detective privado. Tampoco le costaría tanto.

Y además ella quería saber qué había sido de su vida. Cómo sería volver a verlo y sobre todo decirle que tenía un hijo de cinco años igual que él. Aunque si lo viera, lo sabría al instante.

Podían haber pasado años, pero su hijo era idéntico a él y si hacía cuentas era suyo y en caso de que no estuviera seguro siempre podría hacer una prueba de ADN, ella no se lo iba a impedir. Pero si Norman, no había cambiado, seguro no necesitaba hacerla. Cuando alguien se parece tanto a otra persona, no era necesario y ella era una mujer que no mentía nunca. No tenía por qué.

Siempre había pensado que la sinceridad era una cualidad que las personas debían tener. Y ella la tenía.

Si buscaba a Norman, no era por ella, sino por su hijo. Claro que le gustaría verlo. Mucho, pero lo importante ahora era su hijo y Norman tenía derecho a saberlo. Y ella iba a hacer todo lo posible para buscar al padre de su hijo.

No sabía qué iba a sentir cuando lo viese, pero aún lo amaba, eso era inapelable. Nunca cambiaría. Aunque tuviera que cambiar, según las circunstancias que él tuviera.  
Aún soñaba con una familia feliz.

## CAPÍTULO CUATRO

Mientras los invitados iban llegando a casa de su tío, ella terminaba de vestir a Norman. —Vamos hijo, deja el juguete y ponte la cazadora que nos vamos. Llegamos tarde a casa de los tíos.

—Voy mamá. Me llevo el camión.

—Bueno, pero vamos ya —y salieron del apartamento.

Tardarían diez minutos, pero no le gustaba llegar tarde, menos mal que era una cena informal, pero aun así...

No sabía qué ponerse esa noche, pero había optado por un vestido a media manga, negro y casi por la rodilla, que se le pegaba al cuerpo como un guante.

Se lo había comprado cuando fue con su tía. Tenía un poco de encaje con licra y un escote discreto en forma de uve. Unos pendientes negros y zapatos altos de tacón. Un bolso mediano, porque necesitaba meter cosas del peque.

Una chaqueta negra por la cintura. Se maquilló y perfumó y se recogió el pelo largo con unas horquillas hacía atrás, porque era más cómodo para andar tras el peque.

Se había acostumbrado a ir cómoda por el niño. Pero ese día debía ir algo más elegante.

Cuando llegó a casa de su tío, todos estaban sentados en la mesa ya, pero la estaban esperando. No habían comenzado aún.

—¡Ah! Ahí está mi sobrina —dijo su tío cuando sonó el timbre de la puerta y salió a recibirla.

—Perdona tío, el niño me ha entretenido. —Dándole un beso en la cara.

—No te preocupes, no hemos empezado aún. Es una cena informal. Ven, te voy a presentar.

Y cuando entró al salón, los hombres se levantaron para saludarla y las mujeres también, pero ella sólo tuvo ojos para un gigante y estuvo a punto de marearse cuando lo vio.

Él la miró y casi se le cae la copa de vino blanco que estaba tomando. Sólo se dio cuenta el cirujano de su quirófano, el doctor Norton. Y salió a su encuentro.

—Hola Ty. ¡Qué guapa estás! Vaya, eres la sobrina favorita de la que tanto habla tu tío, y resulta que estás en mi equipo.

—Hola doctor, ¿qué tal?, sabía que estaría aquí.

—Esta noche me llamas Tom. ¿Este es tu pequeño?

—Sí, este es mi hijo —Y Norman la miraba embobado asimilando tanta información.

—Hola pequeño, ¿te sientas aquí a mi lado?

—Sí —y se sentó y a Tom, le hizo gracia, pero a Norman, ninguna mientras miraba al pequeño y a ella simultáneamente.

Su tío les fue presentando...

—Mira Triana, el doctor Martin y su esposa, es un gran neurocirujano, este es otro gran neurocirujano del hospital, el doctor Harris y su esposa —e iba saludándolos. Estos eran de la misma edad que los primeros, sobre unos cincuenta años. Y este es el hijo del doctor Martin. Un prodigio desde muy joven, el doctor Norman Martin y su novia Fiona. Y ella le dio la mano, y sus manos temblaron y él la miraba anonadado, sorprendido —bueno y ya conoces a tu cirujano.

Y tras una pausa...

—Pues esta es mi sobrina que ha venido desde España y que es parte del equipo de Tom. Este es su pequeño, Norman. ¡Norman!, saluda.

—¡Hola! —y todos rieron menos Norman, o dijeron, qué encanto, que bonito...

Y en ese momento ella quiso morir. Norman abrió la boca y miró al pequeño y ella supo en ese instante que sabía que era suyo.

Pero Triana no dejaba de ver el anillo reluciente en manos de Fiona. Debía reconocer que era una chica guapísima, alta y rubia. Toda una belleza y sintió celos.

Se sentaron a comer y ella estaba sentada frente a Norman y Fiona y su hijo entre Tom y ella.

Para quitarse los nervios que tenía, intentó hablar con Tom y éste bromeaba con ella y no le quedó más que hacer de tripas corazón y pasar ese trago.

Ya sabía dónde estaba Norman, trabajando en el mismo hospital que ella. Y ella buscándolo. Ya no había búsqueda.

A veces el destino era impredecible. Aparece donde menos lo esperas. Cruzaron algunas miradas. Ella retiraba la vista y él parecía celoso de Tom.

—¿Y cuándo ha llegado de España, señorita Triana?

—Vaya —dijo Tom, puedes pronunciarlo —yo la llamo Ty, porque me cuesta.

—Al final todos me llaman Ty. Llegue hace un mes más o menos.

—¿Y su hijo qué edad tiene? —y no iba a mentirle, para nada. Sabía que iban a tener una conversación más tarde o más temprano y no había necesidad de mentir.

—Cumple en noviembre, cuatro años.

Y ella vio cómo apretaba el tenedor. Era el mismo Norman que conoció al principio. Estaba más guapo si cabe, imponente y sexy. Tenía treinta y tres años y no lo había olvidado, pero tenía novia. Estaba comprometido.

Había llegado tarde y ella no rompía ninguna relación. De momento tendrían que hablar, pero sólo de su hijo y luego ya verían. Era una pena que hubiese llegado tarde. Sus sueños acabaron en el mismo instante en que vio a Fiona y el anillo de Fiona.

La comida fue tensa para ellos, pero al menos Tom fue muy agradable con ella y con el pequeño, que le enseñó su camión y ella no quería que lo molestara y Tom, le decía, que no fuese tonta, que no le molestaba.

Los mayores por su parte hablaban de sus cosas mientras ellos tenían una conversación distinta.

Fiona quiso ser el centro de atención como siempre y hablaba de publicidad y publicidad y Tom, miraba a Triana y en uno de los momentos, se acercó a ella y le dijo al oído —no la soporto.

—Y ella sonrió y Norman se dio cuenta.

Norman, no se lo podía creer. Estaba guapísima y tonteando con Tom. Llevaba un tiempo en el hospital y no la había visto ni en la cafetería.

Esa era la Ty de la que le hablaba Tom con entusiasmo. Le decía que le gustaba esa chica, aunque tenía un hijo, que era suyo, estaba seguro. Y eso se lo tendría que explicar Triana.

Tom, le había dicho que se pensaría pedirle salir más adelante, cuando la conociera mejor. Pero era graciosa. Y estaba muy celoso, mucho y además tenía un hijo que no sabía que existía.

Cuanto más lo miraba, más seguro estaba. ¿Cómo le había podido hacer eso? No decírselo y se sintió furioso por todo, por estar comprometido, por verla tan guapa. Por un hijo que no le habían informado de su nacimiento.

Ya no era una joven, sino una mujer guapísima. Le había crecido el pelo y su cuerpo era de infarto, sus pechos eran más grandes y se excitó como siempre había sido con ella.

Estaba metido en un buen lío. Pero no pasaría de esa noche en que hablara con ella. Y sabía cómo. Necesitaba una explicación. Era impulsivo y no esperaría a otro día. No podría dormir esa noche.

Cuando fueron retirándose de la cena, el pequeño, se había quedado dormido. Tom, tuvo que irse antes, y ella le puso el abrigo y lo cogió en brazos y se despidió de todos.

—¿Te acompaño hija?

—No tío, si estoy aquí al lado. Adiós, y gracias. Ha estado preciosa la cena, tía.

—¡Ten cuidado!

—Lo tendré.

Y cuando llegó a casa, iba molida con los tacones. El pequeño pesaba y ya no usaba carrito. Lo desnudó, le puso el pijama y lo metió en la cama.

Y ella, se desnudó también, recogió la ropa de ambos, la colocó y se puso un pijama y se fue al salón. Cerró bien la puerta y se hizo una tila. Los nervios la atenazaban a esas alturas.

Seguro que Tom, se había dado cuenta de algo y le haría algunas preguntas el lunes cuando llegara al hospital. Y ella le diría la verdad. No estaba hecha a estas alturas de su vida para mentir.

Había criado a su hijo sola y no estaba para tonterías. Se tumbó en el sofá y recordó la cena.

Lo que tenía claro es que le diría a Norman la verdad de todo y ya verían qué hacían con respecto al pequeño. Si él quería formar parte de su vida, bien, si no, seguiría su vida.

Lo malo es que no iba a poder salir tampoco con Tom. Ya se podía ir despidiendo. Esos se conocían y eran amigos. Lo supo en la cena, e incluso salían a veces juntos y vivían en el mismo edificio. No podía tener más mala suerte.

Claro que salir con Tom, era soñar demasiado. No sabía si le gustaba. Tenía un hijo de Norman y había muchas barreras que saltar ahí.

Así que lo mejor sería olvidarse también de Tom, el único que le había gustado, aunque por poco tiempo.

Se preguntó si no apuntaba ella demasiado alto con los hombres. Pero de que tenía mala suerte, estaba totalmente segura.

Mientras. Norman, llevó a Fiona a casa con una excusa, porque ella quería salir a bailar, pero él, le dijo que estaba cansado y se iba a su casa. Sin embargo, fue al hospital a mirar la ficha de Triana y averiguar su dirección.

No le llevó mucho averiguarla. Nadie le negaba nada a los cirujanos, si necesitaban el teléfono o dirección de alguna enfermera para el quirófano.

Y allí estaba anotando su móvil nuevo en su teléfono y borrando el antiguo de Triana que aún conservaba y que nunca se había atrevido a llamar, y su dirección y allí fue. Sabía que ella no podía dormirse, como él.

Y cuando estaba dormitando Triana en el sofá, llamaron a la puerta y ella miró el reloj. Eran las doce de la noche y a menos que fuera Norman, nadie llamaría a su puerta a esas horas.

Miró por la mirilla de la puerta y ahí estaba, no se había equivocado y le abrió y lo dejó pasar sin apenas una palabra.

Y él se quitó la chaqueta y la colgó en la percha como si estuviera en su casa. Y se sentó en el sofá. Ella se sentó en el otro.

—¡Ponte cómodo!

—Ya me he puesto, pero dudo que esté bien hasta que me cuentes todo.

—¿Qué quieres saber? Digo, antes de saludarme y preguntar cómo estoy, cuanto tiempo Triana...

—No hace falta eso, ya te saludé en casa de tu tío.

—Cierto, cuando estabas con tu novia. ¡Enhorabuena! El anillo es precioso.

Y Norman, la miró sin tener en cuenta sus palabras y sin importarle siquiera.

—¿Es mi hijo Triana?

—¿Tú, qué crees?

—Que sí.

—Pues sí, lo es. Se llama Norman Martin Rodríguez.

—Pero cómo...

—Debí quedarme los últimos días antes de que te vinieras de las vacaciones de Navidad, según los cálculos.

—¿Por qué no me llamaste?

—Me robaron el móvil al salir una tarde de la clínica y me quedé sin tu teléfono. No me lo sabía de memoria y después llamé a todos los hospitales de Nueva York, varias veces, durante varios años y o no trabajabas allí o no me daban lo que quería por la ley de protección de datos.

Tras un momento de respiro, continuó...

—¿Sabes cuantos hospitales hay en Nueva York? Hace dos meses murieron mis padres en un accidente de coche cuando venían de Málaga y vino mi tío David a Sevilla y me ofreció este puesto y un cambio de aires. Yo estaba fija ya en la Clínica en la que encontré trabajo tras las prácticas, pero me decidí a venirme. En el colegio de enfrente tengo a Norman. Es privado, pero lo prefiero. Una buena educación que prefiero pagar y habla dos idiomas tan pequeño.

—¿No pensabas buscarme aquí?

—Sí, iba a contratar un detective privado, quería que supieras que tienes un hijo.

—¡Dios Triana! —y puso las manos en la cara y lloró.

Y ella se acercó a su lado a consolarlo.

—Te juro que es verdad lo que te digo. ¡Qué más hubiera querido que decírtelo antes!, pero no he podido. No llores. Es pequeño aún para saber de padres, pero lo sabrá. Se lo diremos. Si tú quieres, claro. Si quieres formar parte de la vida de tu hijo, puedes hacerlo. No te lo voy a impedir.

Y se abrazó a ella y ella lo abrazó.

—Lo siento, lo siento de verdad. Pero es un niño maravilloso.

—Te he echado de menos, siempre, no ha habido una mujer como tú, Triana —y ella se retiró.

—Norman, de eso no debemos hablar. Tienes un compromiso y eso es sagrado para mí, no voy a entrar en tu relación para romperla. No puedo. No soy así.

—Pero...

—No, Norman, no tenemos una relación desde hace años. Y no va a haberla. Ahora si quieres decírselo a tu familia o a tu novia lo de tu hijo, es problema tuyo. Es tu vida. Yo seguiré con la mía.

—Me haré cargo de mi hijo y claro que se lo diré a todos. No voy a esconderlo. Es nuestro y hablaremos de todo. ¿Qué haces mañana por la mañana?

—Lo llevo al parque y comemos una hamburguesa por ahí y luego ya nos venimos a casa. Echa la siesta. Y por la tarde, jugamos un poco en casa y leemos o él juega solo. Los fines de semana son para él. El sábado me levanto temprano y limpio, luego vamos a hacer la compra y salimos a comer y a pasear. Y esa es nuestra vida. Durante la semana. Lo llevo al cole, allí desayuna, almuerza y merienda, en el colegio y cenamos en casa.

Hace sus deberes, se baña y juega un rato. Llevamos una vida sencilla y se ha adaptado muy bien al colegio. Y tiene amigos.

—¿A qué hora salís?

—Sobre las once.

—Me esperas y voy con vosotros —y lo dijo como una afirmación, con una seguridad rotunda.

—Está bien, como quieras.

Y tenemos que compartir los gastos, es mi hijo.

—No hace falta, puedo mantenerlo.

—Y yo también, y por eso mismo hablaremos de ello.

—Como quieras.

Y Norman, se levantó para irse y volver al día siguiente. Tenía mucho en qué pensar. La vida había cambiado. Ahora tenía un hijo y una responsabilidad y estaba Triana y no iba a perderla por segunda vez. Ni que estuviera loco.

Bueno sí, estaba loco por ella. Cuando la vio de nuevo tan preciosa en casa de su tío David, supo que era la mujer de su vida, que no la había olvidado y también supo que debía hacer. Y que podía haberlo hecho antes y fue un cobarde.

Era la madre de su hijo y eso para él, era muy importante. Tenía unas normas estrictas. Iba a romper con Fiona. Eso estaba claro.

Nunca había dejado de amar a Triana y lo supo cuando la vio en la cena y si no había podido encontrarlo, tampoco él la había llamado nunca y podía haberlo hecho. Y estaba tan guapa... No podía estar con Fiona y perder a Triana, no se lo podía permitir.

Y cuando ella fue a abrirle la puerta para despedirlo, la estrechó en sus brazos y lo supo, que era la mujer de su vida y bajó sus labios a los de Triana, pero ella puso la mano entre ellos.

—No puedo, de verdad Norman. No puedo.

Y él se fue desolado... ya podría. Muchas cosas iban a cambiar en su vida. Y hablaría con Tom también.

Y le costó trabajo dormir esa noche. Norman había querido besarla, pero ella no iba a consentir por mucho que lo deseara que la besara teniendo novia. No podía.

Y al día siguiente domingo, ella se levantó y le dijo a su pequeño mientras desayunaban:

—Norman, ¿sabes que tienes un papá?

—¿En serio?

—Sí hijo, ¿quieres conocerlo?

—Claro. Tengo un papá.

—Vamos a ir al parque con él esta mañana y se llama como tú, Norman Martin. Tiene los ojos y el pelo como tú.

—¿Y va a vivir con nosotros?

—No hijo, de momento, tu papá vive en otra casa.

—¡Ah! —y se quedó pensando...

Cuando a las once en punto del domingo por la mañana, Norman llamó a su puerta, estaban preparados, ella llevaba unas botas bajas y unos vaqueros, un jersey y una rebeca a juego, larga de color azul oscuro. Y su hijo iba con unos vaqueros, un jersey azul y una cazadora azul también.

Norman estaba muy guapo. Ella jamás lo había visto con vaqueros y zapatillas caras y un jersey fino negro que resaltaba su pelo rubio.

—¿Te has vestido para el parque?

—Por supuesto. No siempre llevo traje, ni uniforme de trabajo.

—Mira Norman, este es tu papá.

—¡Hola Norman! —se agachó para saludarlo y le dio dos beso y el pequeño, lo abrazó. Norman, se emocionó con el pequeño abrazo de su hijo.

—Te llamas como yo —dijo el pequeño.

—Sí, pequeño, somos iguales.

—No, tú eres más grande...

—Sí un poco más. ¿Me das la mano para ir al parque?

Y el pequeño se la dio y a su madre también. Y nunca vio a su hijo tan feliz. Norman miró a

Triana y sonrieron. Parecían una familia.

Ella dejó ese día para ellos, para que se conocieran o que Norman le preguntara lo que quería saber acerca de su hijo.

Y Norman, le preguntaba cómo le iba en el colegio, si tenía amigos y su hijo que era un dicharachero y hablaba por los codos, le contaba todo, sus amigos, lo que su mamá hacía en casa, todo.

Cuando llegaron al parque, ella se sentó en un banco y él se ocupó de llevarlo a los toboganes y Triana, observaba cómo se reían y él niño estaba encantado con su padre. Y su padre lo cogía en volandas y ella nunca imaginó que a Norman le hiciera tanta ilusión tener un hijo.

Nunca pudo imaginar esa faceta en Norman, pero le gustaba. Se lo había tomado mejor de lo que ella pensó en un momento. Y se emocionaba. Había soñado tantas veces, con esos momentos...

Y Norman aprovechó para preguntarle a su hijo si había algún otro papá con ellos y el niño le dijo que no.

Ya sabía que vivían solos y además llevaba casi un mes en Nueva York. No le había dado tiempo.

Sin embargo estaba Tom, su amigo y tenía miedo, porque Tom, era un hombre que gustaba mucho a las mujeres, era extrovertido. Él había salido con él y lo sabía de buena tinta.

Era una persona estupenda y extrovertida. Y era un buen hombre, pero nunca consentiría que otro hombre educara a su hijo.

Era un niño estupendo y lo estaba pasando bien. Tenía una sensación en el pecho de orgullo e iba asimilando que era de su propia sangre. Y cuando el pequeño se cansó, el padre lo cogió en brazos y fueron en busca de su madre al banco.

—¡Mira mamá, que alto soy!

—Sí ya veo, —riendo —pero serás tan alto como tu padre, ya verás.

—¿Voy a ser como tú, papá? —le preguntaba a su padre.

—Claro, o más alto. Te daremos bien de comer. Aunque hoy vamos a comer una hamburguesa, ¿quieres?

—Sí, quiero.

—¿Vamos ya o damos un paseo antes? —dijo Norman.

—¿Quieres ver los patos, Norman? —le dijo su madre.

—Sí, vamos a ver los patos.

—Los patos antes de comer —le dijo Triana a Norman.

Y el padre compró comida para los patos y se sentaron en un banco frente al lago y les echaban comida y el niño iba señalándolos.

Después fueron a comer una hamburguesa, y mientras comía, ella, le dijo...

—A lo mejor no te gusta nuestro día, Norman. Si quieres estar en otro lado... tenemos una vida de lo más normal.

—Estoy donde debo estar y me gusta, Triana. No te preocupes tanto. No es el primer día que voy a pasar con mi hijo y ahora que sé que lo tengo, estaré ahí siempre para él, como tú lo estás.

—Gracias Norman.

—No tienes que dárme las, es también hijo mío y tengo que recuperar los años que no he estado con él. Y tenemos que hablar del tema económico.

—No hace falta, de verdad.

—Para mí sí.

—¿Y qué propones?

—He pensado de momento hasta que solucione otros problemas darte tres mil dólares al mes.  
—¿Estás loco?  
—No, creo que es poco, pero tengo otros proyectos para nosotros.  
—No voy a consentir eso.  
—No se trata de consentir, es lo que quiero darte.  
—No puedo aceptarlo.  
—No es para ti. Es para Norman. Y lo harás y tendremos paz en ese asunto.  
—No voy a darte mi número de cuenta.  
—Te lo daré en metálico entonces.  
—¡Eres un terco!  
—Lo soy —y se quedaron mirándose como un reto que ella sabía tenía perdido.  
—Está bien, te daré el número de mi cuenta. Y lo guardaré para Norman.  
—Y está el tema de un seguro de salud.  
—Hice uno para los dos hace unos días. Está pagado por un año. Hasta el año que viene no tengo que volver a pagarlo.  
—Parece que lo tienes todo resuelto.  
—Por supuesto. Es pequeño y debe tener seguro y una buena educación por encima de otras cosas menos importantes.  
—Tienes razón. En eso estamos de acuerdo. Eres una buena madre, Triana.  
—Lo intento. Lo hago lo mejor que puedo.  
—Has llevado una carga tú sola muchos años.  
—He tenido ayuda, no creas. Pero, sí, era mi responsabilidad.  
Cuando terminaron de almorzar, se fueron a casa dando un paseo y el pequeño iba de la mano entre los dos. Antes de llegar, estaba cansado y Norman lo cogió en brazos y se quedó dormido con la cabeza en su hombro.  
—Se ha dormido.  
—Ha sido demasiado para él. Es pequeño aún. A estas horas, se echa una siesta los fines de semana, porque lo saco a la calle y se cansa de jugar fuera.  
—Es como yo en pequeñito —mirándolo.  
—Sí, es igual a ti en todo, pero es más libre.  
—Teniendo una madre como tú, no me extraña.  
—Eso supongo que será algo positivo.  
—Muy positivo, Triana. Nunca pensé que podíamos tener un hijo los dos. Eras tan joven...  
—Algo debió fallar y tuvo que ser antes de irte. Me enteré de que estaba de dos meses justo cuando pasaron dos meses de tu partida.  
—¿Lo pasaste mal?  
—Cuando lo supe, me entró pánico. Luego se lo dije a toda mi familia y me ayudaron. Te busqué y al final, me dije que ahorraría dinero para buscarte cuando el niño fuese mayor, pero los acontecimientos... Me ha dado muchas satisfacciones. Pero mis padres me ayudaron mucho. Me quedé en casa con ellos, ahorré parte de mi sueldo y lo llevé a la guardería y al primer año de colegio. Daría mi vida por mi hijo. Es lo más importante en mi vida. Y cuando mis padres murieron, mi hermano y yo repartimos la herencia y mi tío me convenció de venirme.  
—Y te viniste...  
—Y me vine por dos motivos, encontrarte y que supieras que tenías un hijo, tenías derecho a saberlo y porque tenía un trabajo en un lugar distinto que no me recordara tanto mi hogar. Así que me vine y compre un apartamento para los dos, frente a un colegio privado y cerca del hospital y

es la primera vez que vivimos solos. Pero Norman, se ha adaptado muy bien. Es bilingüe y hablamos aleatoriamente para que no olvide el castellano. Así que esa ha sido mi vida desde que nació.

Llegaron al apartamento y ella, le quitó el abrigo y los zapatos y lo metió en la cama. Y Norman la siguió, mirando la casa.

—Es bonito el apartamento.

—Sí, lo compré amueblado y lo acababan de reformar. Me encanta. Es muy soleado y seguro. ¿Quieres café?

—Sí, gracias.

Y la siguió a la cocina, mientras ella preparaba el café y un trozo de tarta.

—Tarta —dijo Norman.

—Hoy necesito un chute de azúcar.

—¿Lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo todo.

—¿Has tenido otros hombres? ¿Has salido con alguien?

—No. No he tenido tiempo ni ganas. Pusiste el listón demasiado alto —y Norman se sintió feliz —Pero no pienses que va a ser así toda la vida. Ya estoy preparada para salir con otro hombre, aunque tiene que querer a Norman.

—Nadie lo querrá más que yo. Lo sabes. ¡Es mío! Y desde que lo sé, me ha nacido la paternidad de golpe y estoy muy orgulloso y lo quiero.

—Y a ti, no te pregunto si has salido con otras, porque he visto un anillo de compromiso en un dedo.

—Sí, he salido con otras. En tantos años... Unas cuantas relaciones.

—¿Cuánto llevas con ella?

—Un año, pero nuestra relación no es como la que tuvimos tú y yo.

—Norman, no quiero saberlo. No son de mi incumbencia los pormenores.

—¿Te molestan los pormenores?

—Sí, me molestan. Pero sabré encajarlos.

—Aun conservas la pulsera que te regalé por tu cumpleaños. —mirando su muñeca de dónde colgaba la pulserita con corazones.

—Sí, no me la he quitado nunca. Me gusta mucho.

—¿Tienes algo con Tom? —le preguntó mirándola fijamente a los ojos.

—Es tu amigo, pregúntaselo a él.

—Te lo pregunto a ti.

—No, no tengo nada con él, apenas me ha dado tiempo a llegar y no he salido a ningún sitio. Pero reconozco que me gusta. Es un hombre guapo y extrovertido y muy divertido, y un buen jefe.

—Estoy celoso.

—Nada más eso me faltaba. Con novia y celoso.

—¿Recuerdas el año que pasamos juntos?

—Sí, lo recuerdo Norman, pero no deberías, ni yo tampoco.

—Estás muy guapa y sexy, más mujer.

—Gracias ¿Con azúcar?

—¿El qué?

—El café Norman y deja de mirarme. No vamos a tener nada tú y yo.

—Eso lo veremos.

—¿Qué has dicho?

—Que eso lo veremos. Yo también puedo ser sincero.  
—¿Desde cuándo te has vuelto tan terco?  
—Desde que no te tengo. Y desde que has vuelto de nuevo.  
—Vamos, no me hagas reír, coge la tarta y llévala a la mesa, anda. No puedo creerme eso después de tantos años. Además tú eres el que dijiste que un año solamente y eso tuvimos.  
—Tuvimos un hijo y eso es para toda la vida.  
—Lo sé. No tienes que decírmelo.  
—No soy de los hombres que eluden sus responsabilidades y me encanta haber tenido un hijo contigo.  
—¿En serio?  
—Hablo muy en serio. Es lo mejor que me ha pasado en la vida junto con conocerte en Sevilla —pero ella no se lo terminaba de creer del todo.  
Cuando se sentaron a tomar café, Norman la miró a los ojos.  
—No quiero que me mires así.  
—¿Así cómo?  
—Como en Sevilla, ya sabes.  
—Nunca te he olvidado y siempre te he comparado con todas. Y ahora estás aquí —y se sentó a su lado ocupando su espacio personal.  
—Sí y tú estás comprometido y yo no rompo parejas, ni soy amante de nadie.  
—No esperaba que fueras amante de nadie.  
—Mejor, para que te quede claro.  
—Lo tengo muy claro.  
—Y no te acerques tanto.  
—¿Por qué?  
—Me pones nerviosa —y Norman supo que no le era indiferente. Había sido su único hombre. Y sería el último como que se llamaba Norman.  
—Eres la mujer más sincera y franca que he conocido.  
—Pues ahora soy peor.  
—Tengo que hacer un par de recados esta tarde, pero vendré a jugar con Norman, mañana, si puedo. ¿A qué hora sale del colegio?  
—A las cuatro y media.  
—Bien. Me voy. Para no ponerte nerviosa. De momento.  
—Te has vuelto insufrible y terco.  
—Todos cambiamos Triana. Hasta mañana.  
—Adiós.

Y salió por la puerta y el apartamento le pareció a Triana vacío. Ese gigante la ponía nerviosa y sabía que se traía algo entre manos, pero si pensaba que iba a ser su amante o acostarse con él y no dejarla conocer a otras personas, iba listo.

Pero estaba tan guapo y sexy que le iba a resultar difícil olvidarlo y menos ahora que lo iba a tener en su casa cada dos por tres. ¡Madre mía! y se tumbó en el sofá a plomo escondiendo la cara entre el cojín con el olor de Norman en todo el salón.

Esa tarde de domingo no había quedado con Fiona, le había dicho que pasaría todo el día fuera, pero tenía que solucionar el tema ese mismo día.

Iba a cortar con ella y a romper el compromiso. Le diría que tenía un hijo. La verdad. Ella odiaba a los niños y no tenía tiempo para compartirlo con su hijo, seguro.

No sabía cómo iba a tomárselo, pero no había vuelta atrás. No la quería y para qué continuar

una relación en la que no había amor.

Sin embargo con Triana, había de todo. Hasta un hijo, fruto del amor que se tuvieron y él debía velar por su pequeño. Conocerlo y protegerlo. Y hacerlo feliz y a su madre.

Teniendo a su hijo que era maravilloso y teniendo a Triana, que era el amor de su vida, no podía tener una locura de vida, de dos mujeres, un hijo y un trabajo tan exigente. Debía estar tranquilo.

Pero lo que no se esperaba era lo que se encontró en casa de Fiona cuando llegó, y era a su jefe con ella.

Le abrió en camisión y luego salió de dentro el jefe abrochándose la camisa. Perfecto. Era el tonto cornudo de Nueva York y él preocupado por las lágrimas que iba a soltar Fiona. Y se dio cuenta de por qué su relación con ella, era como era.

—Bien, venía a hablar contigo, pero sólo quiero el anillo que te regalé. No tengo nada más que decirte.

—Pero Norman, esto no tiene importancia. Me dijiste que hoy no venías. No es lo...

—¿Que parece? Es lo que parece y no creas que estoy ofendido. Tampoco lo nuestro era una gran historia de amor. ¿Me devuelves el anillo? —y Fiona, se lo quitó y le devolvió el anillo.

—Encantado —le dijo al jefe —buena suerte.

—Norman no... lo siento.

—Pero yo no lo siento en absoluto. Adiós Fiona, querida.

—Norman, te arrepentirás. Te lo juro.

—Será una broma, ¿no? —volviéndose hacia ella.

Y ella insistió...

—Te juro que algún día te arrepentirás de esto.

—Eso, ya lo veremos Fiona. Adiós.

Y salió silbando de allí. Nunca esperaba que romper un compromiso que no quería, le resultara tan fácil y tan liberador.

¡Adiós Fiona!

Ahora entendía su relación con Fiona. Por qué no hacían tanto el amor, por qué ella tenía tantos compromisos.

Ya sabía los compromisos que tenía y con quien, lástima que su jefe estuviera casado, pero él no iba a ser el tonto del cuento.

Al fin y al cabo, tampoco le afectaba, pero sí que le fastidiaba estar acostándose con una mujer que se acostaba con otro a la vez. Se iba a hacer unos análisis el lunes. Se protegía siempre, pero este sería un regalo para Triana.

—Voy a vender el anillo. Nada de tirarlo. Me costó una pasta y será para mi hijo —y se sintió feliz, feliz porque ahora podía formar su familia con su hijo y con Triana sin remordimientos de ninguna clase. Menos mal que se dio cuenta a tiempo, porque la vida no podía ser tan fácil.

El siguiente paso era ir a ver a sus padres y contarles la historia. Iba a ser un día grande e intenso. Lo de Fiona, le llevó menos tiempo del esperado y le había resultado relativamente fácil. Ella se lo puso muy fácil.

Iría a cenar con sus padres y les contaría la historia. A ellos les gustaba Fiona, pero incluso eso se lo contaría a los dos.

Ahora, como iban a encajar tener un nieto de cinco años... ni lo imaginaban. Suponía que como él mismo. Era hijo único y era el primer nieto que tenían y se llamaba igual que él, y además era la sobrina de su mejor amigo.

¿Lo sabría su tío? Suponía que no. Esa iba a ser otra historia.

Mientras tanto iba a superar el obstáculo de sus padres. Tenía cierto miedo, ya que con él habían sido demasiado estrictos y Triana era tan extrovertida y risueña... Era tan buena y sencilla, que quizá no conectara con ellos que eran algo estirados.

Pero ahora él era el padre y educaría a su hijo con los mismos valores con los que lo estaba educando Triana. Le parecían los correctos.

Amor y juegos y besos y abrazos y risas. No permitiría la educación de su hijo como le educaron a él. Con tanta exigencia. Su chico sería lo que quisiera con total libertad.

Y también le quedaba hablar con Tom, era su amigo y debía saber que Triana era suya, el niño su hijo y que iba a recomponer a su familia.

Hablaría con él el lunes si lo veía, si no, por la noche pasaría por su casa después de estar con su hijo.

Pero eso tendría que dejarlo para otro día. Con sus padres ya iba a tener bastante por un día. Cuando llegara a su casa iba a estar muerto emocionalmente.

Desde luego habían sido dos días terribles. Cómo podía darle la vida un vuelco en dos días. Había roto con el futuro y había recuperado el pasado. Y quería ese pasado para su futuro.

Volver a tener a Triana entre sus brazos era su objetivo más difícil. Era una mujer difícil en ese sentido, pero ya desplegaría sus armas para tenerla en su cama de nuevo y esta vez para siempre.

Deseaba tenerla y poseerla como la tuvo y hacerle ver las estrellas como cuando ambos llegaban al climax.

## CAPÍTULO CINCO

Cuando llegó a casa de sus padres, estos no lo esperaban.

—Qué pasa hijo, no te esperábamos. Venga pasa, ¿cenar con nosotros?

—Sí mamá. Si me invitáis...

—No seas tonto hijo, claro que te invitamos. Siempre puedes venir y lo sabes.

—Hola hijo —dijo su padre que estaba en su sillón en el salón viendo un partido. ¡Qué raro verte un domingo por la noche! Creía que estabas con Fiona. Siéntate. Dentro de un rato cenamos. ¿Te quedas?

—Sí, ya le he dicho a mamá que ceno con vosotros.

Y se quitó el abrigo y sentaron todos en el salón.

—Tengo que hablar con vosotros.

—Hijo, me estás asustando —dijo su madre,

—No mamá, no te preocupes. Os tengo que decir un par de cosas importantes.

—Venga hijo, lo que sea —dijo el padre —si necesitas dinero o algo...

—No papá gracias, no es eso. He terminado ya de pagar el apartamento hace un par de meses. Tenía ahorrado y prefería quitar la hipoteca. Y además tengo algo ahorrado y gano bien, lo sabes.

—Bueno, entonces, nos quedamos tranquilos. Dinos lo que tengas que decirnos.

—En primer lugar, he roto con Fiona.

—¿Qué?

—Que vengo de romper mi compromiso con ella. Ahora vengo de su casa.

—Hijo, y eso ¿Por qué?, nos gustaba. Parecía una buena chica.

—En primer lugar porque no la quería. Iba a cometer un error. Y por otro lado la he encontrado con su jefe... Ya sabéis.

—¡Por dios! —dijo su madre.

—Sí, lo he visto con mis propios ojos. Le dije que no podía ir hoy a verla, pero me acerqué por la tarde y estaban juntos. Aquí tengo el anillo.

—Bueno hijo, no te preocupes. Encontrarás una mujer mejor. Eres mi hijo y te quiero y eres muy interesante.

—Gracias mamá. Pero no estoy preocupado, ni hundido, ni nada. Iba a su casa a romper con ella el compromiso

—¿En serio? —dijo el padre.

—Sí, papá, el que estuviera allí su jefe me ha ayudado en cierto modo.

—Y querías romper con ella. ¿Te lo pensaste bien?

—Sí, estaba pensado. Desde hace tiempo, pero hace unos días, algo me hizo tomar esa decisión con total seguridad.

—Bueno, no te preocupes, está decidido y hecho. Se acabó. Otra etapa se te abrirá.

—Ya se me ha abierto. Eso no es todo lo que quiero decir. Lo más importante es esto que os voy a contar.

—Norman, hoy es el día de las sorpresas.

—Esta será grande. Y me hace feliz. Y espero que a vosotros también.

—Veamos eso. Vienes poco, pero cuando vienes... —dijo su padre.

—Tengo un hijo.

—¿Qué tienes un hijo?, cómo, pero Norman... —Se levantó el padre de un salto del sillón, volviéndose a sentar a plomo.

—Cumple cuatro años en noviembre.

—¿Que cumple cuatro años en noviembre y no lo sabíamos? Pero Norman...

—Yo tampoco lo sabía mamá. Me enteré el sábado.

—¡Dios mío! Tenemos un nieto —dijo su madre mirando a su marido igualmente sorprendido.

—Sí, es precioso y es igual que yo.

—¿Y cómo te has enterado?

—¿Recordáis cuando me fui a España?

—Claro, hace más de cinco años.

—Bien, allí estuve saliendo ese año con una chica estupenda, una enfermera en prácticas. Cuando acabó sus prácticas trabajó en una clínica privada, pero seguimos saliendo juntos, me enamoré de ella, pero claro, cada uno en un continente y yo aún sin asentarme del todo... Vivía con vosotros y no tenía nada que ofrecerle. Y además quedamos en que lo nuestro sería solo por un año. Cuando me vine, estaba embarazada, de pocos días. Le robaron el teléfono y no pudo dar conmigo. Y llamó a todos los hospitales de Nueva York, pero ya sabéis que esa información es privada. Y desistió varias veces. Yo jamás la llamé tampoco. Podría haberlo hecho, pero no lo hice.

Hizo una breve pausa...

—Ahora está en Nueva York y trabaja con Tom en el quirófano.

—Pero... pero... eso es una casualidad y ¿la has visto?

—Y vosotros también. El sábado en la cena de David, es su sobrina.

—¿Cómo?, su sobrina es...

—Es Triana, y su hijo, es el mío.

—¡Madre mía hijo!

—Yo me di cuenta esa noche de que era mío. Era igual que yo. Para mí fue toda una sorpresa verla después de tantos años.

—¿Y cómo es que vino?

—Sus padres eran abogados y murieron en Julio en un accidente de coche y su tío David, le ofreció una plaza en el hospital. Es la sobrina de David. De todas formas, ella, tenía una plaza fija allí, pero quiso venir a buscarme y a cambiar de aires por lo de sus padres. Se ha comprado un apartamento y vive con mi hijo.

Se hizo una pausa entre los tres y se miraron.

—La quiero. Es la mujer de mi vida.

—¡Hijo mío! —dijo el padre —tienes que reunir a tu familia. Yo, la verdad es que no le presté atención, porque hablamos más con David y con el doctor Harris y no estuve pendiente, pero queremos conocerlos. ¡Tenemos un nieto!

—Lo veréis. Hoy he estado con él y con su madre por la mañana. Lo hemos llevado al parque y hemos comido fuera.

—¿Cómo es, Norman? —dijo su madre.

—Es como yo, pero más extrovertido, gracioso, y muy cariñoso, muy hablador. Me ha abrazado y es un niño magnífico. Habla dos idiomas. Es lo mejor que me ha pasado en la vida — y se emocionó.

—Cariño, ahora no tienes ningún problema en conocerlo y educarlo si estás seguro de que es tuyo.

—Es mío, lo sé. Ella es joven y no ha conocido otro hombre más que yo, ni antes de

conocerme, ni después.

—¡Madre mía!

—Y ahora que la tengo de nuevo, no quiero perderla. Pero me va a costar trabajo.

—¿Por qué? si ella no ha tenido a nadie y es la madre de tu hijo...

—Pero ha visto a Fiona, y no quiere entrometerse.

—Pero ya no tiene que hacerlo.

—La conozco, me va a costar.

—No quiero que te deprimas. Tienes que luchar por ellos, cariño y queremos conocerlos.

—Tendrá que decírselo a David.

—Eso le corresponde a ella.

—Sí, ya se lo dirá.

—¿Puedes invitarlos aquí el fin de semana que viene? Podemos comer el sábado y conocer al niño.

—Se lo diré. No os prometo nada, pero intentaré que vengan y lo conozcáis. Os avisaré.

—Hijo, esta vez la has hecho buena.

—Sí. —Y se reía.

—Nosotros estamos contentos de tener un nieto y nos gustaría conocer a esa chica.

—Triana. Se llama Triana.

—Pues Triana. Venga, vamos a comer, que esto merece una buena cena.

Y en la cena, Norman, les terminó de contar su vida en Sevilla y cómo era ella y cómo vivían ahora. Debía haber heredado porque se había comprado un apartamento grande y pagaba el colegio de su hijo. Un colegio privado.

—Tendrás que hacerte cargo de lo que te corresponda, hasta que decidáis qué vais a hacer.

—Lo sé, ya se lo he dicho, no quiere nada, pero la he convencido.

—Eso está bien. Es lo que debes hacer.

Y cuando terminó de cenar, salió de casa de sus padres a la suya, con proyectos por hacer con Triana y su hijo. De momento, el domingo había salido perfecto.

Sus padres, estaban contentos y querían conocer a su nieto. Su compromiso con Fiona, había sido más fácil de lo previsto y le quedaba conquistar de nuevo a Triana, que lo encendía como una lumbre en invierno.

El lunes comenzó para Triana como todas las semanas, dejando a Norman en el colegio y corriendo al trabajo.

Cuando llegó, Tom, le sonrió y ella le devolvió la sonrisa. Sabía que su cirujano se había dado cuenta de algo en la cena del sábado y que quería hablar con ella. Hablarían, por supuesto. Ella no tenía nada que ocultar.

Sobre la una de la tarde, al terminar una de las operaciones, se encontró con Tom en la cafetería. Al entrar, este la llamó a su mesa. Ella cogió una bandeja y se sentó con él.

—¡Hola Ty!, ¿qué tal?

—Bien, Tom.

—Vamos cuéntame ese secreto.

—Si ya lo sabes, es usted un cirujano cotillo. ¿No le has preguntado a tu amigo?

—No, no lo he visto. Te lo pregunto a ti.

—Mi hijo es hijo de Norman.

—¿En serio? —quedándose pasmado.

—Sí, él estuvo hace cinco años, un año de intercambio en Sevilla, y yo era enfermera en prácticas y estuve con él todos los meses de prácticas en su quirófano aprendiendo. Era *un doctor*

**prodigio**— y Tom se reía —y salimos ese año que Norman estuvo allí. Luego supe que estaba embarazada cuando se vino y no pude dar con él. Me robaron el móvil y perdí su teléfono. Nuestro compromiso era de un año. Y ahora que iba a buscarlo para decirle lo del niño, me lo encuentro en casa de mi tío.

—Disimulaste muy bien.

—Sí, tenía los nervios a flor de piel. Gracias a que estabas tú, si no...

—Pues tendrás que decírselo.

—Ya lo sabe. Ayer estuvimos con el niño en el parque. Se dio cuenta enseguida. Es igual que él en pequeñito.

—¡Joder!... menuda historia, enfermera.

—Sí, es toda una historia.

—¿Y qué vas a hacer?

—Nada. Seguir con mi vida. Él puede ver al niño. Es su hijo. Pero no me meteré en su vida con su novia. Eso forma parte de su vida privada.

—Es una putada. Pero creo que conociéndolo, la dejará.

—No quiero que deje a alguien que ama por mi culpa.

—No la ama. Tiene una relación que parece profesional, más que amorosa. Es rara.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy su amigo Ty. Una pena. Ahora que me gustabas...

—Mejor ser amigos. Si no, sería todo una telenovela. Al igual que no me entrometería en una relación, no lo haría tampoco en este caso. Sois amigos y es su hijo.

—Lo entiendo. Bueno, me conformaré con ser amigo tuyo.

—Eso sí. Me caes muy bien y me divierte, jefe.

—¡Ah, mira ahí viene Norman! Nos ha visto. Espero que no esté celoso. De todas formas nos quedan diez minutos. Tenemos que poner un marcapasos antes de acabar el día.

—Cuando quieras nos vamos. Por mí, no hay problema.

—Vamos a esperarlo un poco, que no parezca que lo dejamos.

—¡Hola Tom, hola Triana! —y se sentó con ellos en la mesa.

—¡Hola! —dijeron los dos.

—Qué tal Norman, enhorabuena por tu hijo.

—¿Ya lo sabes?

—Sí, me lo ha dicho Ty, pero ya me di cuenta de algo en la cena.

—Entonces, ya sabes la historia —mirando a Triana.

—Más o menos.

—¿Cómo está el pequeño hoy Triana?

—Bien, en el cole lo dejé esta mañana.

—Hoy iré a recogerlo al colegio.

—Bien, allí nos veremos. Bueno, voy subiendo. Hasta luego Norman.

—Hasta luego.

—Ahora voy yo, le dijo Tom.

Cuando se quedaron solos...

—¡Vaya historia amigo!

—Sí, toda una historia, es la mujer de mi vida. Nunca la he olvidado.

—¿Y Fiona?

—Es historia. Ayer acabé con ella.

—¿Rompiste el compromiso?

—Estaba con su jefe... Ya sabes. Casi me hizo un favor.

—Me alegro. Me gusta Triana.

—¿En qué sentido?

—En todos, y no me importa que tenga un hijo tuyo.

—Tom...

—No te preocupes. A ella sí que le importa. Es una mujer íntegra y auténtica y nunca saldría conmigo por nuestra amistad.

—Voy a conquistarla de nuevo.

—Es lo menos que debes hacer.

—Me va a costar amigo.

—¿Por qué?, si has roto con Fiona...

—Porque ella no se va a acostar conmigo a los dos días de dejar a otra.

—Pues paciencia. Dale tiempo. Intenta ser amigo y padre y luego cuando ella esté preparada entonces. Vas a pasar con ella mucho tiempo y con tu hijo, y te va a ver hasta en la sopa. No la dejes, porque te la quitaré.

—No harás eso.

—No, por ti no lo hare, pero si no fuese tu hijo, no dudes que lucharía. No he conocido a otra mejor.

—Eso lo sé con toda seguridad...

—Tienes suerte cabrón.

—La tengo. Y la tendré. Más tarde o más temprano.

—Ya no podremos salir de copas y de chicas.

—No, ya me convertiré en un padre de familia y no voy a cometer ningún error con ella.

—Me voy, me espera la mejor enfermera de quirófano.

—Sí, me la cambiarás.

—Ni loco. Ahí no voy a ceder... Ni loco. Hasta luego.

—¡Qué tío! —dijo Norman.

A las cuatro y media apareció Norman a la salida del colegio. Ella ya llevaba allí diez minutos y lo vio entre la multitud.

Con su estatura, difícilmente podía pasar desapercibido. Sus ojos azules, le cortaban el aliento cada vez que posaba su mirada en ella. Era una pena no haber llegado un año antes y ese cuerpo y esa mirada volverían a ser tuyas como años atrás. Era imposible olvidarlo, pero lo haría.

Quizá no encontrara un amor como el que tuvo con Norman, pero encontraría algún hombre para ella. Porque Norman aún causaba un efecto erótico en ella y lo deseaba.

Y no sólo un efecto erótico sino que si se acercaba mucho a ella, temblaba como un ratoncillo asustado bajo esa máscara de mujer dura. El tiempo, no había mitigado los sentimientos que tenía hacia él.

Norman, la vio y fue hacia ella con sus andares seguros y sus largas piernas. Ella llevaba unos vaqueros y zapatillas de deporte, mientras que Norman llevaba unos pantalones grises de vestir estrechos y un jersey fino igualmente gris que le marcaban el pecho duro y firme que ella había acariciado tantas veces en su cama. Debía olvidarse de esos pensamientos, pero rápido.

—¡Hola!, ¿aún no ha salido? —y la besó en la cara.

—Ya le quedará poco. Merienda en el cole.

—Bueno, esperemos. ¿Le gustará que esté aquí?

—Tranquilo, le encantará. Acaba de descubrir a su ídolo.

—¿En serio?

—Sí, ayer me estuvo toda la tarde dando la tabarra con su papá cuando se levantó de la siesta.

—Es un niño listo. Como su padre.

—Sí, ya veo.

—¡Estás guapa!

—Sí mucho.

—De verdad. Para mí, la mujer más guapa del mundo.

—Norman, no empieces. Tienes novia.

—No tengo novia desde ayer por la tarde —le dijo con una amplia sonrisa.

—¿Has roto tu compromiso?

—Sí, lo he roto y estaba deseando que lo supieras —le dijo al oído.

En ese momento salió una bandada de niños del colegio junto con sus profesoras y el pequeño se alegró de ver a sus padres juntos.

—¡Papá has venido! ¡Mira mamá, es papá!

—Sí, ya lo veo.

—Espero venir muchos días, algunos no podré, tu papá es médico y tiene que curar a la gente,

—Mi mamá es enfermera y también cuida a la gente.

—Lo sé pequeñajo. Trabajamos juntos en el mismo hospital.

—¿De verdad mamá?

—Sí, cariño. ¿Has merendado bien?

—Sí toda la leche y la tostada.

—Perfecto. Así te pondrás tan alto como tu padre. Vamos a casa. ¿Tienes deberes?

—Sí. ¿Me puede ayudar papá?

—Por supuesto que puedo ayudarte. Haremos juntos los deberes.

Y fueron al apartamento y ella le ofreció un café mientras el chico sacaba de su mochila su libreta y un libro, preparando los deberes para hacerlos con su padre.

Ella hizo café para los dos y le puso una taza en la mesa. Norman, la miró y le cogió la mano, dándole las gracias, pero ella se soltó.

—Voy a darme una ducha mientras hacéis los deberes.

—No te preocupes. Puedes ducharte tranquila —y la miró con ojos de deseo, con una innegable sensualidad en su voz, que ella trató de ignorar.

Mientras Triana se duchaba, pensó en lo que le dijo Norman, que ya no tenía novia y había roto su compromiso, pero eso no significaba nada, no iba a acostarse con él por ahora, si eso es lo que pensaba.

No podía besar ni acostarse con un hombre que hacía apenas dos días de acostaba y besaba a otra, no era de esas. No podía. Necesitaba tiempo.

Tenía escrúpulos. Por mucho que lo deseara. Ya tendrían una conversación con respecto a eso. Se secó el pelo y se puso un pijama. No iba a ir a ningún lado salvo a hacer la cena. Lo invitaría a cenar si quería, por su hijo nada más.

Cuando salió del dormitorio, Norman, se la quedó mirando...

—Bonito pijama.

—Es cómodo y no voy a ningún lado, salvo a hacer la cena.

—¿Vas a invitarme a cenar en familia?

—Iba a pedírtelo. No te anticipes.

—Sí, quiero.

—¡Qué bobo eres!

Y el pequeño se rio.

—Mamá cocina muy bien.

—Tu madre es estupenda. Que yo recuerde sabía hacer todo muy bien —y ella, le echó una mirada. Y Norman se hizo el tonto.

—Es la mejor ¿verdad mamá?

—Para ti claro, cariño. Y al pasar por su lado lo besó.

—¿Para mí no hay beso?

—Para eso tendrás que esperar un buen rato.

—Los papas se besan, ¿verdad Norman? —al pequeño.

—Sí mamá. Los papás se besan y se quieren —y Triana se sorprendió. Su hijo estaba cambiando con la llegada de su padre. Qué fácil se acostumbraban los pequeños...

—Sí, tú dale coba —y él sonrió.

—Voy a hacer la cena, espero que hayáis terminado antes.

—Ya queda poco mamá.

—Bien. Después puedes leer la lección tú solo en el sofá o en tu mesa y luego jugar antes de bañarte.

—¿Me puede bañar hoy papá?

—Sí. Tu padre puede bañarte y ponerte el pijama —dijo Norman.

—¡Vaya! Me vas a quitar trabajo.

—De eso se trata, pequeña.

—Sí, mamá es pequeña.

—Norman...

—Y ellos se miraron y sonrieron. Le estaban tomando el pelo. Esos se confabulaban contra ella en un solo día.

Hizo unas pechugas de pollo a la plancha, puré de patatas y una ensalada. De postre yogurt. Y dejó el puré y las pechugas en el horno.

Mientras acababa de hacer la cena, el pequeño se fue al despacho a leer y Norman, fue a la cocina con ella. Se apoyó en la encimera de la isla...

—¿Te ayudo?

—Ya estoy terminando la ensalada.

Se apoyó en la encimera. Y la miraba.

—Ya me estás mirando de nuevo.

—Me encanta verte como madre. Ese papel es desconocido para mí. Me gusta la vida familiar.

—¿Por un día?

—Por dos días. Te has dejado el pelo largo. Me encanta.

—Gracias ¿De verdad has roto tu compromiso con Fiona?

—Sí, ayer, cuando me fui de aquí, pero resultó ser más sencillo de lo que pensaba. Estaba con su jefe.

—¿En serio? —se sorprendió ella de que alguien le pusiera los cuernos.

—Sí, en serio. Soy todo un cornudo de Nueva York. Pero feliz.

—Bueno. Tiene su gracia. No te afecta.

—No, en absoluto. Ya te dije y no quisiste escucharme, que nuestra relación era rara. No la amaba.

—Y entonces, por qué estabas con ella...

—Por costumbre. Nos veíamos muy poco. Durante la semana, nada y un par de fines de semana al mes, y no todos los días.

—¿Qué tipo de relación es esa?

—Una relación estúpida.  
—Norman, eres...  
—Sé que es pronto para pedirte que salgas conmigo como pareja.  
—Norman, ahora no podría salir contigo. Acabas de tener una relación.  
—Lo sé, te conozco.  
—No me conoces.  
—Te conozco muy bien. Habrás cambiado en algunas cosas, pero te deseo como siempre y tú a mí también. Pero no voy a forzar nada. Me he hecho unos análisis.  
—¿Y eso por qué?  
—Para ti, para que estés segura sobre mí, aunque me he protegido siempre. Toda la vida con todas las mujeres. Tú, lo sabes bien.  
—No te he pedido eso.  
—Pero yo quiero dártelo.  
—¿Por qué no puedes ser simplemente el padre de Norman?  
—Porque sigo enamorado de ti. ¿No lo entiendes?  
Y ella lo miró a los ojos y supo que era verdad.  
—No digas nada. Puedo esperar un año. Por ti, puedo esperar otros cinco.  
—¡Eres un exagerado!  
—Quiero que confíes en mí y tengamos una relación por nuestro hijo, como padres, pero no descartes que volvamos a tener una relación y casarnos.  
—Por nuestro hijo.  
—¡Eres tonta!  
—Hombre gracias.  
—¿No acabo de decirte que te amo?... Esperaré lo que sea necesario. No quiero que salgas con ningún hombre. Me pondría muy celoso. Y quiero una oportunidad. Te esperaré. Podemos conocernos de nuevo. No te presionaré hasta que estés lista. Mientras tanto, quiero participar en la vida de mi hijo, y no sólo con la parte económica que te pase, sino con esto, bañarlo, hacer los deberes, podemos cenar juntos y salir los fines de semana o ir a algún sitio los tres.  
—Y otra cosa —le dijo tras un segundo.  
—Dime cabeza pensante. Me estás agotando.  
—Bueno, mis padres ya lo saben.  
—¿Se lo has dicho?  
—Sí. Quieren conocerte y a Norman también. Nos han invitado el sábado a comer.  
—Por dios Norman. Eres un huracán. Llegaste a mi vida en Sevilla de la misma manera y ahora eres igual.  
—No se ser de otra forma, Triana, intento hacer bien las cosas. Ponte en mi lugar.  
—Está bien. Sí, sí y sí.  
—¿A todo?  
—A todo. Tú ganas.  
—¿A no salir con nadie salvo nosotros?  
—Sí. No me queda más remedio. Me estarías dando la lata todo el tiempo.  
—Cuando conozca a mis padres podemos dejarlo alguna noche y salir fuera los dos a cenar y a bailar o a tomar algo.  
—Ya veremos, no corras tanto.  
Y la cogió por detrás mientras ella estaba en la encimera y se agachó y la besó en el cuello y ella se estremeció y sintió su excitación. Pero se retiró.

—Me lo has prometido.

—Está bien, está bien. Nada de manitas. Pero me costará tanto...

Mientras Norman bañaba a su hijo y se oían risas en el baño del pequeño, ella había puesto la mesa y se había dejado caer en el sofá. Estaba agotada, aun así estaba haciendo las anotaciones del día en la agenda.

—Ya estamos. Hemos puesto la ropa sucia en el cubo y todo está recogido. ¿Qué escribes? Acercándose a ella.

—Hago anotaciones de las intervenciones del día en una agenda. Me gusta.

—Eres de lo que no hay, una perfeccionista y trabajadora.

—Ya acabo. Sí, lo hago siempre. Luego las paso a un pendrive y las guardo. Tengo una caja llena con los números correspondiente. Pero tengo una caja nueva con el quirófano de Tom.

—Le he propuesto cambiarte al mío y no quiere cambiarte de quirófano.

—Yo tampoco. Me quedo con Tom.

—¿Crees que es mejor que yo?

—No, los dos sois buenos, pero no quiero. Me pondría nerviosa y el ogro me echaría al instante.

—Ja. Ja.

—En serio, estoy bien con él.

—Si es lo que quieres...

—Quiero. —y fue al despacho y volvió —venga vamos a cenar y se sentaron los tres a cenar mientras hablaban de cosas del pequeño.

Luego, se sentó con su hijo en el sofá y le leyó un cuento, mientras Norman la miraba y el niño, se quedó dormido. Su padre lo acostó en la cama.

—Le has puesto una habitación infantil muy bonita.

—Sí, al principio, cuando vi el apartamento, todo eran dormitorios. Tuve que cambiar dos. Una infantil para él, su habitación de juegos y estudio, y mi despacho llenarlo. La otra quise dejarla como dormitorio de invitados.

—Pues me encanta tu apartamento. Es muy grande. Y está decorado perfecto.

—Gracias. Quería uno de tres dormitorios, pero cuando vi este, supe que era el mío. Y ahora, me encanta.

—Has educado muy bien a Norman.

—Lo educo en valores, nada económico. Bueno, nada económicamente caro.

—Es un niño y merece lo que tiene. Se lo has proporcionado. Vamos, no seas estricta.

Fueron al salón y le ofreció un café y mientras lo tomaban, ella le preguntó:

—¿Tienes un apartamento o vives con tus padres?

—Vivo solo, en el edificio de Tom, pero si llegamos a casarnos podríamos vivir juntos.

—Ya veremos. ¿Cuántos dormitorios tienes?

—Sólo dos. Uno lo tengo como despacho. Soy un soltero aún.

—¿Lo has comprado o alquilado?

—Lo compré. Tenía algo ahorrado y di una parte. Hace unos meses lo terminé de pagar. Mi sueldo ya sabes que es alto.

—No lo sé.

—Pues es alto —tengo algo ahorrado. Si con el tiempo nos casamos, podemos comprar uno más grande.

—Eres un loco exagerado. No me moveré de este.

—Pues me vendré a vivir contigo. Y me haces un hueco en el despacho para tener dos. Es

grande. Y te daré el dinero por el que lo venda.

—No pienso hacer eso. Podrás venirte.

—Ah, la niña rica. Pero no permitiré que pagues todo tú.

—¿Machista?

—Vamos a dejar ese tema.

—Eres un loco.

—Del sexo.

—No tengo nada que decir al respecto.

—Pues me lo decías en Sevilla. Nunca lo fui, salvo contigo. Siempre me tenías encendido, como ahora desde que te he visto.

—Norman. No vas a cumplir ningún trato como sigas así.

—Perdona, hace tres meses que no hago el amor.

—Y yo años y no me he muerto.

—Cierto. Bueno pequeña. Te voy a dejar. Gracias por la cena. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana.

—Y se agachó y la besó en la cara.

Los siguientes días transcurrieron de la misma forma, salvo que algunas noches. Norman quería llevar comida para llevar, pero ella no quería. Decía que había que comer sano y no lo dejaba. No le importaba que cenara o tomara un café. Le ingresó tres mil dólares el primer día.

Estaba loco y ella se ilusionaba, pero debía seguir sus normas. Se despedía con un beso en la cara, pero a veces le arrojaba palabras que la hacían sentir húmeda y caliente y él lo sabía. Pero no lo estaba castigando para nada. Aún no podía.

El jueves cuando el niño se durmió, le dio un sobre para que lo abriera. Eran sus análisis

—No tengo por qué abrir esto, Norman, es privado y es tuyo.

—Quiero que tú lo leas. Por eso te lo doy. Ábrelo.

Y Triana lo abrió y estaba mejor que nadie. No lo había dudado. Pero ese no era el tema, aunque le agradeció el detalle.

El viernes no quedaron, porque ella fue a cenar a casa de sus tíos a contarle su historia. No sabía, qué iba a parecerles a ellos, pero seguro que se alegrarían y animarían a que le diera a Norman una oportunidad. No en vano eran amigos de sus padres y Norman era un cirujano joven y considerado en el hospital, además de un buen hombre.

## CAPÍTULO SEIS

Cuando llegó esa tarde a casa de sus tíos, se sentó en el sofá con ellos y les contó lo que faltaba de la historia.

—¡Dios mío! —dijo su tía.

—Hija, sabes una cosa, me alegro. Nunca imaginé que Norman era el padre de tu hijo, pero es una casualidad de esas que la vida te pone. El futuro está escrito. Me gusta ese chico y es uno de los mejores trabajadores que conozco. Y sus padres son estupendos, ya verás.

—Cariño, vas a ser vidente ahora —dijo su tía.

—No, —dijo sonriendo —sino que la historia de mi sobrina es inimaginable. Solo pasa en las películas.

—Y que lo digas tío. Yo venía a buscarlo, y estaba ahí, a mi lado, trabajando en el mismo sitio.

—Y ha roto con Fiona porque la encontró con su jefe cuando iba a romper con ella. Es perfecto.

—Sí, pero yo tengo que darme un tiempo. Él está pensando en vivir juntos y casarse y para mí aún es pronto.

—Date el tiempo que necesites y dale a Norman tiempo de conocerte de nuevo y a su hijo y sobre todo a llevar una vida distinta. Debe estar preparado. Un hijo es para siempre.

—Lo sé. Por eso quiero esperar. No quiero que se arrepienta o se agobie a los dos días y sufrir de nuevo otro golpe.

—¿Quieres que te ponga en su quirófano?

—No para nada. Gracias tío, pero prefiero estar con Tom. Estoy más tranquila y estoy muy bien. Es un cirujano estupendo.

—Vale, me gusta eso de ti. ¿Lo amas?

—Sí, lo amo, pero no voy a poner las cosas fáciles, no por castigarlo ni nada parecido. Ha hecho su vida que era lo que debía hacer y yo la mía. Sino porque quiero que esté seguro.

—Muy bien. ¿Lo saben sus padres?

—Se lo ha dicho. Mañana vamos a comer con ellos para que conozcan al pequeño. Pero estoy nerviosa por eso. No sé si les gustará. En la cena tampoco hablamos mucho.

—Estoy orgullosa de ti, cariño. Les gustará —le dijo su tía Lía.

—Gracias tía, os quiero.

—Ya verás cómo todo se soluciona. Si te ama y tú a él, todo será más fácil.

—Ya sabes que puedes contar con nosotros para todo y nos encanta que nos cuentes tus cosas y tus problemas. Tus padres no estarán ahora, pero estamos nosotros.

—Gracias tío. Sois los mejores. Y se emocionó.

—Vamos, vamos, venga, vamos a cenar y dejarnos de lágrimas, ahora es tiempo de vivir, que ya te toca cariño.

Cuando salió de casa de sus tíos iba con su hijo andando por la calle y el pequeño estaba ya cansado, así que lo cogió en brazos como siempre. Cuando llegó a su puerta allí estaba Norman esperándola.

—¡Dámelo! —y tomó al chico —este chicarrón pesa mucho.

—Dímelo a mí, ¡toma!, voy a coger las llaves. ¿Qué haces aquí?

—Quería pasar la tarde contigo y con el niño.

—Te dije que iba a cenar con mis tíos. Ya le he contado todo.

—¿Y qué tal?

—Estupendamente. Les gustas. Están encantados de que seas el padre.

—¡Lo sabía!

—¡Qué bobo eres! —y Norman le dedicó una radiante sonrisa.

Pasaron y ella cerró la puerta y Norman fue al dormitorio de su hijo, le quitó la ropa y le puso el pijama.

—Se te da bien.

—Lo intento. Lo haré mejor cada vez.

—Lo haces bien.

—Sé que lo hago bien —dijo mirándola.

—¡Vanidoso!

Y él rio con ganas.

—Sí riete —mientras dejaba la ropa del pequeño recogida en el armario y le apagaba la luz.

Cuando salieron al salón...

—¿Quieres que me vaya? He venido a estar un rato los dos juntos y a charlar.

—¿No sales hoy viernes a tomar una copa?

—Soy un padre soltero ahora. No saldré sin ti a ningún lado. Prefiero estar contigo y con el niño.

—Se ha dormido.

—Quiero un café.

—¡Qué petardo eres! —pero a ella le gustaba ese juego con él.

—Sí, lo quiero como siempre.

—¡Ay dios!

—Si quieres lo hago yo.

—No, no te preocupes. ¿Quieres tarta?

—Si hay...

—¡Vaya cardiólogo estás hecho!

—Mujer es fin de semana, me cuido durante la semana, voy a correr una hora todas las mañanas antes del trabajo, además, ¿qué haces tú con una tarta eh? Tienes que cuidar tu figura.

—¿Para quién?

—Para mí, para cuando me dejes tocarte.

—Eres increíble —toma y le puso en la mesa el café y la tarta.

—¡Como he deseado estar así! —relajándose en el sofá.

—¿Tengo que creérmelo?

—No te subestimes tanto Triana. Eres una mujer preciosa y serás mía para siempre.

—Estás muy seguro de eso.

—Lo estoy y tendremos otro hijo.

—¡Ah! mira qué bien. Un hombre con futuro.

—¡Qué tonta eres! ¿Es que quieres un hijo solo?, yo soy hijo único y echo de menos tener un hermano o una hermana.

—Sí, estar solo es más triste.

—Ves, en algo estamos de acuerdo.

—Un niño cuesta mucho dinero.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarás en quererme de nuevo? —cambiando de tema.

—¡Qué cara tienes!

—Para hacerme una idea cielo.  
—No recuerdo que fueses tan irónico.  
—No soy irónico. Estoy loco por ti.  
—Norman...  
—Está bien, está bien. No insisto. Cuéntame cosas de Norman.  
—¿Quieres ver fotos?  
—Claro. ¿Tienes desde que era pequeño?  
—Sí.

—Pues vamos a ver a mi peque cuando nació. ¿Tuviste un buen parto?  
—Un tanto largo, pero cuando lo vi, se me pasó todo. Fue un buen parto dentro de lo que es un parto. Duele, pero poco.

—Recuerdo la primera vez que estuvimos juntos y eras virgen.  
—No lo recuerdes.  
—Sí porque me encantó que lo fueras.  
—Vamos a ver las fotos, voy a por ellas.

Y Norman, no insistió más en el tema. Decidió en ese momento, no insistir y comportarse como un amigo con ella y un buen padre con su hijo. Iba a dejar que fuese ella la que lo deseara. No la iba a presionar más.

Y estuvieron viendo fotos hasta que ya tarde Norman, se despidió como siempre, cortés y educado con un beso y eso le extrañó a ella.

Era impredecible. En un momento quería ligar con ella, y en otro, se portaba cortés y educado. ¡Quién lo entendía!

Al día siguiente, sobre las doce, vino a por ellos. Iban a comer a casa de los padres de Norman. Estaba nerviosa y no sabía qué ponerse.

Un vestido de manga larga por la rodilla, estrecho, en malva. Era muy bonito y discreto con el cuello redondo. Una chaqueta a juego y zapatos y bolso negros. El pelo se lo recogió en una cola alta y bonita, se maquilló y se echó perfume.

Y su hijo iba muy guapo, con ropa de vestir. Ya ella por la mañana, mientras recogía la casa y fueron a la compra, le dijo que iba a conocer a sus abuelos, los padres de su papá. Que se llamaban Jack y Lucy.

—¿Tengo otros abuelos?  
—Sí, cariño, los padres de tu papá. ¿Quieres conocerlos?  
—Sí. Otros abuelos.  
—Sí, cariño, tenemos aquí mucha familia, los tíos, papá, tus abuelos...

Norman llamó a la puerta y Triana le abrió...

—¡Qué guapa!, estás fantástica —le dio en un beso en la cara como se había hecho costumbre  
—¿Y mi pequeño?

—¡Papá! —y fue corriendo a los brazos de su padre que lo levantó al vuelo, abrazándolo.  
—¡Hola pequeñajo!, ¿preparado para ver a los abuelos?  
—Sí, abuelo Jack, abuela Lucy.  
—¿Se lo has dicho tú? —le preguntó a Triana.  
—Sí, pero este niño tiene una memoria prodigiosa.  
—Te quiero precioso y le dio un beso.  
—Te quiero papá.  
—Eres un niño muy listo.  
—Sí que lo es —dijo su madre.

—Y tú, ¿cómo estás? —dirigiéndose a ella.

—Nerviosa, quiero dar buena impresión.

—La darás no te preocupes. Todo el mundo que te conoce, te quiere.

—Si tú lo dices. ¿Voy bien?

—¡Vas perfecta! No te preocupes tanto.

Y salieron a la calle y él llevaba al niño en brazos. ¿Viven muy lejos?

No, casi todos vivimos cerca del hospital. Siete minutos andando. Viven cerca de tus tíos

—Bien. ¿Tienes coche?

—Claro que tengo coche.

—¿Para qué necesitas un coche en Nueva York si vives cerca de tu trabajo?

—Para salir fuera, bonita. Algún fin de semana saldremos de la ciudad, si quieres.

—¡No estaría mal! Le vendrá bien a Norman.

—¿Nos vamos la semana que viene? Nos llevamos a Norman. Hay un lugar precioso a un par de horas de Nueva York. ¿Te gustaría a Norman hacer una excursión con tus padres?

—Sí.

—¡Es una excursión!, con papá y mamá

—Sí quiero.

—Bueno, si quieres, podemos salir.

—Está bien, ya tenemos planes. Nos vamos el viernes cuando Norman salga del cole.

—¿Hay que llevar algo?

—Algo de comida. Pero yo me encargo, que siempre cenamos en tu casa.

—No seas bobo, da igual, prepararé algo.

—Hay una cafetería, llevaremos solo para cenar. El resto comemos allí, son un par de días solamente.

—Dejaré que me sorprendas. No te preguntaré nada.

—Te sorprenderás y te gustará y al niño también.

Y llegaron a un edificio y Norman se paró.

—Ya hemos llegado y entraron...

Triana iba muy nerviosa, quería causar buena impresión. No iba como la novia sustituta de su hijo en una semana, sino como la madre de su hijo. Tenía que metérselo en la cabeza. No era la pareja de Norman. Y esperaba que les gustara su hijo.

Pero todos los miedos que tenía se le fueron en cuanto los padres de Norman abrieron la puerta y vieron a su nieto que era una copia de su hijo. En la cena en casa de su tío, no habían prestado atención, pero ahora...

—Hola Norman. ¡Qué guapo eres! —dijo la abuela.

—Norman, le dijo el padre —estos son tus abuelos.

—Hola abuelo Jack, hola abuela Lucy.

—¡Pero qué niño más gracioso y educado!

—Mamá, papá, ella es Triana. —Y la besaron.

—Encantada hija.

—Encantada yo también.

—Ya Norman nos ha contado la historia, pasad al salón y nos sentamos.

—¡Mira mamá juguetes!

—Sí, cariño —dijo la madre de Norman. Los hemos comprado para que juegues cuando vengas a casa de los abuelos.

—¡Qué bonito! —y se puso a jugar.

—Es un niño precioso y Triana, siento que no pudieras encontrar a mi hijo hasta ahora. Tampoco Norman te llamó.

—Lo sé, pero lo importante es que ahora conoce a su hijo y eso es lo que yo quería. Tenía derecho.

—Que sepas que estamos encantados de conocerte. Tener un nieto con cuatro años ya, no lo esperábamos.

—Los cumple en noviembre. Les invitaremos al cumpleaños. Lo haremos cuando todos tengamos libres.

—Te lo agradecemos.

Y estuvieron hablando mientras comían de cómo se conocieron y les repitió la historia que ya había repetido varias veces desde que llegó, y les dijo cómo era el pequeño, que se parecía a su padre en muchos aspectos y sus padres estaban encantados.

Hablaban con el pequeño y este les contaba de su cole, de sus amiguitos, de su casa, lo que comía.

Era un dicharachero, pero sus abuelos estaban felices. Incluso se sentó en el regazo de la abuela, mientras tomaban café en el salón y los abrazó y Norman, se sintió orgulloso de su hijo.

Mientras Triana hablaba de trabajo con el padre de Norman, este fue a la cocina con su madre.

—Es encantadora hijo.

—Lo sé, por eso la amo.

—Me gusta mucho. Hacéis buena pareja. Nunca te he visto así mirando a una mujer.

—Mama, es que tú eres muy... no se te escapa una.

—Me gusta, Norman, me gusta ella y mi nieto. Es un niño encantador.

—Sí y habla por los codos, pero es muy educado. —Y se reía orgulloso.

—Y cariñoso. ¿Has visto? me ha abrazado y me conoce de un día.

—Es extrovertido y cariñoso como ella.

—¿Y ahora qué, hijo?

—Tengo que esperar un tiempo para que vuelva conmigo. Acabo de romper con Fiona y eso le va a costar un tiempo.

—Es normal.

—Pero pienso casarme con ella.

—¡Ojalá te acepte pronto! Necesitáis cuidar a tu hijo los dos. Ella te quiere.

—Estoy seguro que sí.

—Eso me hace muy feliz cariño —y abrazó a su hijo —sé que hemos sido demasiado estrictos contigo. A veces por miedo al tener solo un hijo. Pero te queremos.

—Lo sé y yo a vosotros, aunque a veces haya sido agobiante.

—Bueno, pero ya vives solo y tendréis que buscar un apartamento más grande.

—Esperemos que quiera vender el suyo y yo el mío y comprar otro para vivir y tener más espacio para todos. Pero eso después.

—Te portarás bien...

—Lo sé y eso haré.

—Además es la sobrina de nuestros mejores amigos y ha perdido a sus padres hace poco.

—Lo sé.

—Por eso como está sola tenemos que ayudarla.

—Bueno alguna noche te dejaremos al pequeño para salir.

—¡Qué cara tiene mi hijo! Estaremos encantados de tenerlo cuando queráis.

Cuando se despidieron de ellos, se abrazaron y ella les invitó a sus casa cuando quisieran ver

al pequeño y cuando quisieran se lo dijeran a Norman y lo llevaba a verlos.

—Gracias hija. Te o agradecemos y te tomamos la palabra. Ha sido un placer conocerte. Mi nieto es un chico educado y encantador. Y queremos conocerlo más.

—Claro que sí, cuando quieran. Norman, despídete de los abuelos —y los abrazó a los dos. Y el padre les dio un beso a los suyos y se fueron.

—Bueno. ¿Has visto que no ha sido para tanto?

—Tenía un poco de miedo —dijo Triana —pero son encantadores. Ha estado muy bien la verdad y la comida.

—Has estado preciosa y estupenda. Y el niño se ha portado genial. Les ha encantado. Ya están locos con el niño comprando juguetes. Los tendremos más de una vez pegados.

—No me importa, son sus abuelos.

—Eres estupenda, ¿lo sabías?

—Sí.

—¡Vanidosilla!

—También tengo mi pedacito de eso, no tanto como tú, pero...

—¿Qué hacemos esta tarde?

—Pensaba echar la siesta.

—Eso me tienta.

—Lo sé pero si quieres siesta tienes un sofá y yo el otro, mientras Norman echa la suya. Luego jugar un poco o vagar. No pienso salir hasta mañana. Mañana sí lo llevaré al parque que le gusta y le viene bien.

—¿A las once como la semana pasada?

—Sí,

—Iremos y comemos fuera.

—Vale.

—Pues vamos a echar la siesta si me invitas después a otro café y a cenar.

—Te estás acostumbrando mal.

—Me encanta estar con vosotros. ¿Quieres que vayamos a mi casa?

—Otro día, ya estamos cerca.

—Venga. Te coge papi —le dijo a Norman, que lo veía cansado.

—Sí, arriba.

Y lo cogió y como siempre se quedaba dormido en su hombro.

—Este niño se queda dormido en segundos.

—Sí, es así. Con lo que a mí me cuesta.

—¿Duermes mal?

—No, me cuesta dormir.

—Ya sabes el remedio.

—Sí, me lo sé bobo. Tu remedio lo conozco.

—Tu médico cardiólogo puede recetarte la solución.

—Mi médico cardiólogo puede esperar un poco más.

—Me vas a matar. Te lo digo en serio. Si fueses otra mujer, pero siendo tú. ¿En serio no te apetece?

—Sí, me apetece.

—Tan sincera como siempre, pero...

—Me aguantaré un poco más, me tienes frita y sé que me rendiré antes de lo que tenía pensado.

—Es que soy sexy y guapo.

- ¡Por Dios Norman!  
—¿No es así?  
—Sí lo es.  
—Y tú eres tan pequeña y manejable.  
—Sigue así, vas bien...  
—Me encanta discutir contigo.

Y esa tarde de sábado y el domingo Triana reconoció que se relajó con él, que como padre era más divertido de lo que ella pensó en un momento y que le gustaba ironizar con él y que la ponía caliente, como él se ponía también y que pronto caería en sus redes. Ese gigante no se detenía ante nada.

Hacía dos meses y medio que no había tenido relaciones sexuales, según le dijo Norman y ella, ya necesitaba unos brazos que la acariciaran y los dedos de él en su piel y en su sexo y en todo su cuerpo.

Le encantaba su olor y sus ojos azules cuando la miraba. Siempre había sido una debilidad para ella. Si lo pensaba bien, era una tonta. Si a ella le gustaba y lo seguía amando... ¡qué más daba!

Bueno, cualquier día le daría una sorpresa, pero antes, pensó que iba a tomar pastillas anticonceptivas. No quería más errores sin programar. Aunque quería a su hijo más que nada en el mundo, no quería más, de momento.

Luego en un mes o así saldría con él si todo iba bien y si con el tiempo se llevaban bien podrían vivir juntos antes de llegar más lejos.

Y eso hizo, la siguiente semana, pidió cita a un ginecólogo y le recetó unas pastillas anticonceptivas que empezó a tomarse cuando se le fue la regla ese mes.

El siguiente fin de semana, no pudieron ir de excursión donde tenían programado. El pequeño estaba un poco resfriado y ella prefirió que se curara en casa del todo.

Y se quedaron en casa todo el fin de semana.

Ella, le decía a Norman que podía salir fuera, pero él no quiso, e iba de su apartamento al apartamento de ellos desde la mañana a la noche y cuidó del pequeño.

- Es un simple resfriado. Lo estás mimando.  
—Ya lo sé, pero yo soy el médico y el padre.  
—Eres cirujano.  
—Soy médico también. Le daremos este jarabe y estará listo para el cole el lunes.  
—¡Ay! está bien. ¡Qué sufrimiento!  
—Pequeña, un simple resfriado si no se cura, pude ser un gran resfriado.  
—Tengo que buscar una chica para cuando tenga que dejarlo en casa, y tenga que trabajar.  
—Buscaremos, no te preocupes. Ya he dejado mi teléfono en el cole también —y ella se sorprendió —¿Qué quieres?, soy su padre. A lo mejor allí pueden darnos alguna referencia de canguros que no sean chicas tan jóvenes.  
—Sí, el lunes preguntaré, por si acaso.  
—Estupendo.

Y el lunes les dieron tres o cuatro nombres de canguros, con los teléfonos. Vivían por la zona y eran profesionales. Era algo que podrían necesitar. Incluso si salían alguna noche.

El siguiente fin de semana tampoco pudieron salir fuera, pues Norman tuvo una operación programada de urgencia el sábado y estuvo toda la mañana en el Hospital.

Cuando llegó a su apartamento, se había duchado y comido y se tomó con ella el café mientras su hijo dormía.

—Espero que el fin de semana que viene podamos ya irnos fuera.

—Sí, porque la siguiente es el cumpleaños de Norman. ¿Crees que podemos celebrarlo aquí? Invitamos a mis tíos y a tus padres. Y puedo preparar algo frío.

—Me parece perfecto. Si quieres podemos celebrarlo en un parque infantil para niños.

—Pero no llevará amigos, aún es pronto para eso. Quizá el año que viene...

—Pues lo llevaremos el domingo por la mañana y el sábado lo celebramos aquí. Compraremos globos y decoramos tu salón.

—Me gusta la idea. Nada de regalos caros.

—¡Qué sargenta estás hecha!

—De verdad. Norman.

—Podemos llevarlo a Disney en verano, en vacaciones.

—Bueno, para eso queda.

—Ya veré qué le compro. No será caro.

—Gracias.

Como habían quedado, el viernes, cuando el chico salió del cole, su padre estaba aparcando en la puerta de su edificio con su coche, que le había puesto una sillita atrás para el niño.

—Me gusta tu coche.

—Como para que no te guste. Es un Ford S —Max, no es un coche demasiado caro, aunque este tiene todos los extras, pero me encanta.

—Me gusta. Es precioso. Y tiene una sillita atrás para Norman. ¡Vaya! Piensas en todo.

—Por supuesto, hago los deberes, ¿qué pensabas pequeña? Soy padre y debo velar por la seguridad de mi hijo —llevo todo en el maletero.

—Quedaos aquí, subo a casa a por una pequeña maleta y bajo —dijo Triana.

—Venga, te esperamos, mientras coloco a Norman atrás.

—Dame la mochila del cole, y la subo a casa, hijo.

Y Triana subió la mochila de su hijo y bajó una pequeña maleta y un bolso para Norman y otro con comida.

—Te dije que llevaría comida. Eres una exagerada. No vamos a comernos todo eso.

—Bueno. Ya veremos.

—¡Qué mujer!

—¡Anda que tú!

—Yo, soy un hombre muy hombre.

—Un tonto muy tonto —mientras se subía al coche y se abrochaban los cinturones.

Y los chicos se reían.

—Sí, ponte de parte de tu padre. Tener hijos para esto.

—Papa me hace reír.

—Sí, tu padre es muy gracioso —y él la miraba embobado.

Al cabo de dos horas, llegaron a un pequeño pueblecito, y a la salida había unas pequeñas casitas y un pequeño lago, con escaleritas y un parque y un pequeño zoo con animales pequeños.

—Mira mamá, animales...

—Sí, esto es precioso —dijo Triana

—Me gusta. ¿Podemos verlo?

—Espera que entremos en la casa que nos corresponda.

Y él fue a la recepción y le dieron una casa con dos dormitorios, era lo máximo que quedaba.

—Triana, sólo quedan casas de dos dormitorios

—Bueno, no importa, nos apañaremos. No te preocupes.

- No lo he hecho adrede, en serio.
- Que no te preocupes. ¿Tienes la llave?
- Sí.
- Pues venga entremos antes de que oscurezca. Voy a preparar algo de cena.
- ¿Quieres que cenemos en la cafetería?
- No mañana, desayunamos y vamos a ver los alrededores.
- Como quieras.
- Hago unas tortillas y una ensalada.
- Estupendo. Meto las cosas.

El lugar era precioso, como el pueblo. Al menos estaban al aire libre, con árboles en la entrada y una cierta distancia entre las casitas.

Al frente, un lago, que en primavera si volvían, podrían bañarse. Asientos de madera y caminos que llevaban a recovecos llenos de flores y campo y que irían a investigar.

La cafetería tenía una terraza, pero estaba llegando Noviembre y hacía frío.

Norman abrió la puerta y por dentro la casa, parecía una cabaña con madrea y un fuego eléctrico que encendió para calentar la casa, mientras el niño correteaba por las habitaciones y ella ponía la comida en la cocina, que era pequeña pero suficiente.

—Es precioso el sitio, Norman. Lástima que esté anocheciendo y haga este frío.

—¿Te gusta?

—Sí. Mamá.

—Mañana iremos a ver los alrededores. Ya es de noche y hace frío.

—Ya te lo enseñare. El chico se va a divertir, me he traído una pelota para jugar y un equipo de béisbol.

—¿Sabes jugar al béisbol?

—Claro, soy americano y mi hijo aprenderá. Le he comprado su propio equipo.

—¡Estás loco! El niño jugaba al futbol en España.

—Bueno, puede aprender de todo, ¿no?

—Por supuesto.

## CAPÍTULO SIETE

Mientras Triana hacía la cena, Norman bañó a su hijo y se duchó él también y se puso un chándal y unas zapatillas

—¡Que guapos! —le dijo ella irónicamente, cuando salieron al pequeño salón.

—Gracias. No son como tus pijamas...

—Muy gracioso.

—Estás preciosa con todo lo que te pongas. Pequeña —y ella le sonrió.

—Bueno, la cena está lista. Si ponéis la mesa me doy una ducha yo.

—Pues claro, te toca. Vamos Norman, pongamos la mesa.

Cuando cenaron, hizo café y se sentaron a ver la tele. El pequeño estaba derrotado y Norman lo acostó en la habitación más pequeña.

—Yo dormiré en el sofá —dijo Norman, cuando salió de dejar a su hijo

—No hace falta. Yo duermo con Norman, y tú en la cama grande.

—Lo cambio a la cama grande y me quedo en la pequeña.

—No, de verdad, cabemos bien allí los dos.

—¡Está bien!

Y se quedaron charlando acerca de cómo iban a celebrar el cumpleaños.

A veces, ella no prestaba atención a sus palabras. Estaba tan guapo y olía tan bien. Lo necesitaba tanto. Si se atreviera... él no había intentado besarla y hacía un par de meses desde que estaban en esa situación y pensó que ya era hora de que lo intentara con él.

El silencio del lugar era maravilloso y mágico y miraba sus ojos azules y deseaba que la abrazara y la besara como en Sevilla.

Ya casi había perdido práctica de cómo besar o hacer el amor, pero con Norman. No debía tener miedo. Lo necesitaba.

Era tan perfecto... incluso con su hijo. Era el mejor padre del mundo y estaba en todo con una paciencia infinita.

Había hecho todo por ellos, romper su compromiso y amarlos y le había dejado espacio y tiempo. Pero ella ya no quería eso, lo quería a él.

—¿Me estás oyendo?

—Perdona, estaba pensando en otra cosa. Estoy agotada de toda la semana —mintió.

—Pues venga a la cama. Mañana ya tendremos tiempo de hablar y ver cosas.

Apagó las luces y se acostaron. Triana no podía dormir. Eran la una de la mañana y estaba inquieta y lo necesitaba. O se hacía la valiente o lo era, e hizo las dos cosas. Iría a por su hombre esa noche.

Se quitó el pijama y se quedó desnuda en el umbral de la puerta del dormitorio de Norman y dejó la ropa en la silla y en la oscuridad, se metió en la cama con él y lo abrazó.

Sintió su piel cálida y caliente. Sólo tenía unos slips y ella acarició su cuerpo y su pecho y se pegó a él. Estaba dormido. Le cogió la mano y se la puso en su espalda a modo de abrazo y le acarició el pecho y fue bajando su pequeña mano al sexo de Norman y él se despertó con su caricia y se excitó al instante.

—Pequeña...

—Shhh. Sí soy yo, pero... Calla. Te necesito.

—Dios mío, ¿quieres que me dé un infarto y no pueda operarme solo?

Se rio en silencio —Exagerado.

—Exagerado me voy a poner... mira —y cogió de nuevo su mano y la puso en su sexo.

—Y ella le quitó los slíps.

—¡Dios preciosa! Tocando todo su cuerpo. Si lo llego a saber te traigo aquí el primer día.

—Loco...

—No he traído protección pequeña, pero podemos hacer otras cosas.

—No necesitamos protección.

—¿No?, ¿te has pensado tener otro hijo?

—No, tomo pastillas anticonceptivas.

—Dios, y se puso sobre su cuerpo y entró dentro y ella temblaba.

—No tiembles cielo, te amo tanto...

—Hace tanto tiempo...

—Pues sin nada, no te voy a aguantar.

—No importa.

Pero sí que aguantó. Entró en ella como un hombre que se moría por su cuerpo, había llegado a casa. Eran un solo sexo solo y un solo cuerpo y Norman apagaba sus gemidos con su boca y se movía en su cuerpo y ella no estaba en ese mundo.

Todo había vuelto a Sevilla, donde se conocieron, y se reconocieron y gemían hasta que él supo que le arrancaba un orgasmo y sin poder más, vació su lluvia joven en su sexo mientras la sujetaba por las caderas.

—Ah, pequeña. Te quiero tanto... ha sido lo más hermoso que hemos compartido. Te he necesitado tantos años...

—No tanto como yo. Me encanta tu cuerpo sexy —respirando agitadamente.

—Tontita. Me alegro de tenerte. No esperaba esto tan pronto, de verdad. Eres preciosa.

Encendió la luz de la mesita de noche y miró su cuerpo.

—Ahora me da vergüenza que me mires.

—No seas tonta. Siempre me encantó tu cuerpo y ahora está mejor que antes.

—Y besó sus pechos y lamió sus pezones y los mordisqueó.

—¡Ah Dios!, Norman, no me hagas eso.

—Me encanta hacértelo.

—Pero es que te deseo tanto...

—¿Porque soy sexy? —bromeaba él.

—No seas tonto.

—Soy sexy, dímelo. Me gusta que me lo digas.

—Y ella gemía mientras se lo decía.

—Vanidoso —y le mordisqueaba más sus pezones y tocaba su sexo.

—Eres sexy, ay madre, Norman y la subió de un bote a su cuerpo y entró de nuevo en ella.

—Tengo que apagar este fuego de tanto tiempo, nena. Me has hecho sufrir estos dos meses.

Y ella se rendía a su cuerpo y a su sexo grande que era suyo también.

—Soy tuyo, —Decía Norman, mientras ella se movía y sus pechos se alzaban duros para él — soy todo tuyo, pequeña y tú eres mía —y se rindieron de nuevo...

—¡Déjame descansar loco...!

—No sé si pueda, esto de no tener nada que me impida entrar tan libre en ti, va a ser mortal que lo sepas.

—¡Bobo!

—Sí bobo, pero si cuando tenía que ponerme preservativos contigo estaba siempre caliente y encendido, imagina ahora.

—Pues pónelos —se río ella.

—Ni loco, es distinto.

—Te necesitaba. Y yo esperaba que me necesitaras algún día, mi amor. ¿Me quieres? —le preguntaba Norman.

—Te amo. Siempre te he amado.

—¡Lo sabía!

—Sí, sé que lo sabías pero no podía hacerlo antes.

—También lo sabía mi cielo, pero ahora no dejaré que vuelvas atrás. Cada vez que el pequeñajo se duerma tendré que darme prisa.

—¡Qué tonto!

—No dormiré nada y no podré ser un buen cardiólogo.

—Echa siestas.

—Sí, eso es una solución. ¡Ven aquí!

—¿Otra vez Norman?

—Sí.

—Espera, necesito ir al baño, que no me dejas...

Y cuando volvió, él la amo con la boca y ella explotó en un orgasmo violento que la dejó temblando y luego él entró de nuevo en su cuerpo arrastrándola con él.

—Mañana se va a despertar el chico y vamos a estar muertos.

—Ya está bien por hoy mujer, que eres insaciable.

—Estás tonto ¿eh? —Mira quién habla...

—Sí, estoy atontado, ven preciosa, durmamos, pero déjame soñar y abrazarte esta noche. No te vayas.

—No pienso irme a ningún lado.

—Gracias a Dios.

Y cuando se durmieron eran las cuatro de la madrugada.

Cuando el pequeño se levantó a la mañana siguiente encontró dormidos a sus padres en la misma cama y eso le sorprendió. Nunca había visto dormir a su madre con un hombre. Pero, le hizo gracia y se metió en la cama entre ellos y se quedó dormido otro rato.

Eran las once de la mañana cuando despertaron y se encontraron al pequeñajo allí.

—Hola cariño, qué haces aquí —le dijo su padre.

—Dormir.

—¡Qué bicho estás hecho! —le dijo su padre.

—Estás durmiendo con mamá.

—Los papás duermen juntos y se quieren y viven juntos y pronto viviré con vosotros. Ya lo hablamos Norman. ¿No quieres que duerma con mami?

—Sí y yo también,

—Eso habrá que explicártelo campeón, y le hizo cosquillas y el peque se reía.

—Venga, vamos a desayunar y a ver a los animales.

—Buenos días guapa, arriba.

—Umm...

—Venga mamá, vamos a ver a los animales.

—Está bien. Vaya dos.

Y recogieron un poco la casita y se fueron a desayunar. Se pusieron un chándal y unas zapatillas

todos y estuvieron toda la mañana paseando y viendo el pequeño zoo de animales que había allí, el lago y se sentaron en un parque para niños.

Como habían desayunado tarde, a las tres comieron en la cafetería de nuevo y tomaron café y se fueron a descansar un rato, por la tarde saldrían a ver una pequeña fiesta que había para niños y el domingo irían a ver un mercadillo que había en el pueblo y por la tarde después de la siesta se irían para Nueva York

El sábado volvieron a hacer el amor por la tarde y se quedaron durmiendo en el sofá hasta que el pequeño los despertó de la siesta.

—Hay que hacer algo con este niño —decía Norman bromeando, totalmente feliz.

—Sí llevarlo a la fiesta infantil.

—Ven aquí pequeño, que te voy a dar fiesta infantil, —y lo levantaba en alto y el pequeño era feliz y se reía con su padre. Ella nunca lo había visto tan entusiasmado. En el tiempo que conocía a Norman lo perseguía como un ídolo.

El sábado también durmieron juntos, el niño se lo había pasado fenomenal en la fiesta y el domingo fueron al mercadillo y ella compró unos cuantos objetos estilo vintage que le encantaron, libretas antiguas y un par de libros mini, con frases.

—Vamos que te lo quieres llevar todo —le decía Norman.

—Es que es todo tan bonito... pero ya lo dejo.

Luego, su padre estuvo jugando frente a la casa con su hijo a béisbol y enseñándole cómo se jugaba, mientras ella leía los libritos. Se pusieron sus trajes y estuvieron jugando una hora.

—¿Mamá me has visto?

—Te he visto. Eres un gran jugador.

—Papá me ha enseñado.

—Tu padre sabe de todo.

—Y muy bien —le decía en un susurro al oído a Triana, y ella se acaloraba. Y eso a él le encantaba.

Y después de la siesta, recogieron todo y volvieron a Nueva York.

—Ha sido estupendo Norman. Le decía ella mientras volvían en el coche.

—Sí, ha estado perfecto.

—No lo digo por eso. No cambies las palabras.

—No las cambio. Ha sido perfecto en todos los sentidos. Y el pequeño se lo ha pasado genial, ¿verdad Norman?

—Sí, papá. Muy bien.

Norman, se fue a su casa aquella noche después de cenar y hacerle dos veces el amor cuando el pequeño se hubo dormido.

Quedaron en pasar los fines de semana en su casa, porque con el trabajo iba a ser más complicado hasta que decidieran vivir juntos.

Norman, no podía ser más feliz. Ya era suya de nuevo. Había tenido que esperar un poco, pero la espera había merecido la pena. La amaba.

La amaba tanto a ella y a su hijo... Tendrían que pensar pronto en vivir juntos. Quería pasar las Navidades con ellos. Había que hacer algo, le propondría a Triana vender los apartamentos y comprar uno más grande para ellos y vivir todos en un mismo apartamento.

En Navidad pensaba regalarle el anillo de compromiso y se casarían al siguiente año. Él tenía esos planes.

Ahora que Triana lo había aceptado de nuevo, la necesitaba todos los días, no sólo los fines de semana y algunos días sueltos que podía estar con su hijo. Quería tenerla todas las noches y todo

el tiempo que no tuviera trabajo.

Triana por su parte, no era menos feliz. No se había arrepentido de haberse metido en su cama, porque todo era mejor que antes. Su cuerpo y ella lo necesitaba tanto... seguro que ya estaba maquinando la forma de vivir juntos... pero ella no quería cambiar de edificio, le gustaba ese, y tenía el colegio de Norman al lado.

El siguiente fin de semana, celebraron todos juntos el cumpleaños de Norman. Decoraron el viernes la casa con globos e invitaron a sus tíos y a sus abuelos y compraron una gran tarta y hamburguesas para el pequeño y ella hizo unos canapés fríos y tortilla de patatas.

Norman insistía en comprar todo, pero ella quería que fuese cocina española y compraron algunas cosas y ella hizo otras y el niño se lo pasó esa tarde estupidamente con todos los regalos que le hicieron.

La siguiente semana ya hicieron planes para vivir juntos. El sábado cuando volvieron de comer y el pequeño se echaba la siesta, hicieron el amor en el sofá y hablaron de vivir juntos

—Quiero vivir contigo y con Norman, cielo. Esto es una locura, de aquí para allá. ¿No te parece?

—Sí. Me parece bien.

—Podemos comprarnos un apartamento más grande.

—No, me gusta este, puedes cambiarte con nosotros. Cuatro dormitorios y un despacho, son suficientes, no nos hace falta más espacio. Ponemos los despachos juntos. La habitación es grande. Y tenemos una de invitados.

—Podemos hacerlo. ¿Te parece bien, de verdad?

—Me encantaría que te vinieras con nosotros.

—Pues pondré en venta mi apartamento, pero ¿y el coche?

—Tenemos una plaza vacía que nos corresponde.

—Estás en todo.

—Sí —¿Cuánto te costó el tuyo?

—Tres millones de dólares con muebles y la plaza de garaje.

—Cuatro y medio, me costó este y tiene dos dormitorios más.

—Mi edificio es más caro y pago casi mil euros de comunidad.

—La comunidad esta es ochocientos, es más barata y no quiero que Norman se cambie, el colegio está al lado y me viene fantástico.

—El lunes vamos a la inmobiliaria cuando recojamos a Norman del colegio y pongo mi apartamento en venta ¿Te parece?

—Me parece bien. Si de verdad quieres, Norman.

—Claro que quiero. ¿Estás loca?

—¿Te gusta este de verdad?

—Me encanta y tú —¿Estás segura de esto?,

—Muy segura. Eres mi hombre.

—A mí también me gusta. Te daré el dinero de mi apartamento.

—Ni loco. Seguro que el tuyo se vende más caro. No puedo aceptarlo.

—Será mi casa también.

—Pues la mitad de lo que me costó y pondremos la casa también a tu nombre.

—¿Qué testaruda!

—Pondremos todo a medias Norman. Si no, no hay trato.

—Terca.

—Lo sé.

—Pero no me importa, haremos luego una cuenta conjunta y metemos nuestros sueldos.

—Eso no es justo, tú ganas más.

—No salgas con eso. Has pagado cuatro años de la vida de mi hijo. No vamos a hacer tonterías. Lo que tienes de tu herencia lo dejas para Norman o si tenemos más hijos. Y nosotros empezamos de nuevo. Lo otro es tuyo.

—¿Y ahorrar?

—Pues hacemos otra para ahorrar. Eres una sevillana tremenda, qué más da que esté en una sola cuenta. Yo tengo una solamente.

—Pues a mí me gusta tener dos, porque así sé lo que gasto y lo que puedo ahorrar.

—Pues tendremos dos, no te preocupes tanto.

—Lo que tú tengas ahorrado lo pondré yo también, Norman, todo igual para empezar.

—Está bien, como tú quieras. No puedo negarte nada.

—Ya bastante es que tú cobres más que yo. ¿Cuánto cobras?

—No quieras saberlo, ya te enterarás.

—Bueno.

Y el lunes pasaron por la tarde por la inmobiliaria y preguntaron al mismo chico que ella conoció y le vendió el apartamento, si podían poner el apartamento de Norman en venta, y cambiar el suyo a nombre de los dos. .

El día de Acción de Gracias lo pasaron en casa de los padres de Norman, sus tíos y ellos y Triana llevó tortilla de patatas y solomillo al wiski y una bandeja de pasteles.

—Eres una exagerada. Sobrará comida. Mi madre tiene de todo.

—No voy a ir con las manos vacías Norman.

—Bueno, como tú quieras. Estás en todo.

Fue el primer año de Acción de Gracias que ella pasó allí en Nueva York y su hijo también y fue precioso.

Dos días después de Acción de Gracias, habían vendido el apartamento de Norman y este tuvo que irse con ellos. Y compraron otra mesa de despacho, otro sillón y otra estantería igual, y estuvieron por la tarde montando todo. Quedó estupendamente.

Pagaron los impuestos y cambiaron el apartamento a nombre de los dos. Y él le ingresó la mitad de lo que le había costado su apartamento.

El domingo ella quiso hacer cuentas. Para Norman, era la mujer más testaruda del mundo, pero era su mujer, la más hermosa también del mundo.

Tuvo que decirle que tenía ahorrados con lo que sobró de la venta del apartamento, un millón doscientos veinte mil dólares en su cartilla.

Así que el lunes por la tarde, abrieron dos cartillas y ella cerró la suya y él también. Metieron cuarenta mil dólares en la de casa y en la de ahorro, un millón doscientos cada uno. Así que tenían ahorrados dos millones cuatrocientos mil dólares. Aparte ella tenía otros tres millones cuatrocientos cincuenta mil dólares para el pequeño o si surgía algo.

—Somos ricos cariño. Ahora no debes preocuparte por nada. Ya tenemos tarjeta y el otro dinero ahorrado. ¿Estás ya contenta?

—Sí que lo estoy. Además tienes más dinero que cuando estabas soltero. Luego tengo el de mi herencia para ahorrar o si lo necesitamos.

—No quiero saber nada de ese dinero, soy como tú.

—Pero yo quiero que lo sepas. Lo tengo a nombre de Norman y de mí, por si me pasa algo

—No te va a pasar nada y no digas tonterías.

—Bueno, pero por si acaso. Tengo tres millones cuatrocientos cincuenta mil dólares.

—Madre mía, eres una ricachona de Manhattan. Eres un buen partido y ahora no te dejaré.

—No, ni loca, ese dinero es intocable.

—Por supuesto que no. Ven aquí. Para mí lo importante eres tú y Norman, y no quería estar de un lado para otro como un loco, que termino derrotado. Quiero dormir contigo todas las noches y estar aquí con vosotros.

—Y yo, que estés con nosotros.

—¿Quieres cenar fuera cielo?

—Sí y quiero salir un poco.

—No me lo puedo creer. Este fin de semana salimos. Llamamos a mis padres y si no se pueden quedar con Norman, llamamos a una canguro.

—Perfecto. Es que antes, con tanto lío de todo... Pero tengo ganas ya de salir. Además la semana que viene vas a quedarte con Norman un par de tardes.

—¿Y eso?

—Voy a comprar el árbol de Navidad.

—No, para eso vamos juntos con el chico.

—Vale, pero para los regalos necesito una tarde sola.

—Y yo otra.

—Muy bien.

—Te quiero guapa.

—Te amo guapo.

—¿Eres feliz conmigo en casa?

—Sí, soy muy feliz viviendo juntos.

—Muy bien. Amo tu cuerpo sexy todas las noches.

—Tontorrón...

—Es que hemos tenido estrés, entre el trabajo la mudanza, he estado algo más nerviosa, pero ya estoy relajada. Tengo una casa preciosa, un trabajo que me encanta, dinero, un hijo maravilloso.

—Y...

—Y un hombre sexy en mi cama.

—¿Eso soy para ti?

—No, eres el hombre que me toca el corazón.

—El corazón y otras cosas. El hombre que te pone caliente.

—Calla, vamos a cenar.

—Luego.

—Luego todo lo que quieras.

—Esa es la mujer que necesitaba —dijo con su sonrisa bobalicona.

—Eres tan bobo que te quiero un montón.

—Porque soy muy bueno.

—Lo eres.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Por eso lo decía. — y la abrazaba siempre.

La Navidad había llegado a Nueva York y ella, se fue dos tardes de compras de ropa, pues el pequeño necesitaba más ropa de abrigo y ella, y compró también para Norman.

Y le encantaba ver los vestidores llenos. Se compró ropa interior muy sexy que ponían duro al instante a Norman, y era feliz.

Y Norman, no podía negarle nada, pues ella limpiaba el sábado y no quería meter a una mujer para la limpieza. Decía que le gustaba limpiar su casa, tardaba poco y le quitaba los nervios.

Pero Norman insistió que una vez a la semana podían contratar a una mujer que limpiara la casa y les hiciera la colada y solo salir el sábado a hacer la compra y estaría más descansada, y podían permitírselo y tuvo que dar su brazo a torcer.

Así que los sábados, iban a hacer la compra y luego salían a comer cuando todo estaba colocado. Y se acostumbraron a esa vida.

Y salían los sábados por la tarde a dar una vuelta o se quedaban en casa y salían el domingo con el pequeño por las mañanas.

Las calles de Nueva York, estaban preciosas, y la nieve caía y llenaba las calles de blanco. Le encantaba la nieve. En Sevilla, no nevaba nunca.

Y las decoraciones de las tiendas, ese ambiente festivo que animaba a comprar. Era maravilloso. Y un viernes cuando Norman salió del colegio, tomaron un café y se fueron a buscar su primer árbol de Navidad, las luces y la decoración de la casa y del árbol.

El niño se volvía loco con tantas cosas y quería comprarlo todo, pero ella era una buena gestora y entre todos compraron sus adornos y se fueron a casa. El siguiente fin de semana saldría a por los regalos de Navidad.

El domingo se dedicaron a decorar la casa y el árbol y cuando Norman subió a su hijo a poner la estrella en el árbol, la casa estaba preciosa y Norman le dio a las luces del árbol y la besó y a su hijo.

—Guapa. Son nuestras primeras Navidades, juntos.

—Te quiero y se empujaba para besarlo. Era tan alto pero él bajaba su boca a la suya, la abrazaba y la subía a su altura.

—Gracias.

—¿Gracias por qué?

—Por estar en mi vida, por tener a mi hijo y porque eres maravillosa como madre y como mujer. Y como amante no tienes rival —le dijo al oído.

—Tu tampoco.

—Eso no lo sabes, no tienes con quien comparar.

—¿Serás tonto?, a lo mejor pruebo e iba dándole hasta que se sentó en el sofá y ella se le echó encima jugando.

—¡Ay para loca!

—Voy a probar, que lo sepas.

—Ni se te ocurra pequeña. No lo harás. —Se reía él.

—Lo haré.

—Y el chico se echaba encima de sus padres riendo y jugando inocente a las palabras y el significado de ella.

—Dale a tu madre Norman, me está pegando.

—Serás...

—Cuando estaban en la cama por la noche...

—No lo habrás dicho en serio...

—¿El qué mi amor?

—Que me vas a comparar con otro.

—Claro que sí, tú has tenido mucha experiencia y yo no. ¿Cómo voy a saber si eres bueno?

—Ven aquí y te lo demuestro.

—Eso no. Te quiero tontito, para qué quisiera yo comparar si tengo a mi hombre. Te amo tanto... Eres un buen padre y me quieres y me respetas y eso es muy importante para mí. Eres muy generoso.

—¿Recuerdas el primer día que nos vimos?

—Sí, cómo no, me caíste fatal. Me amenazaste que lo sepas. Y me dio miedo.

—Yo quise besarte y poseerte allí mismo.

—Eso no es verdad.

—Sí que lo es. Llegaste tarde, pero cuando te vi, fue un flechazo.

—Un flechazo para matarme.

—No, preciosa, en serio, me arrepentí mucho, era una tontería. Yo era demasiado estricto y exigente y te vi sonreír con esa sonrisa preciosa que tienes y te tuve envidia. Quería ser como tú.

—Es que la lluvia retrasó el autobús.

—¡Qué malo fui contigo!

—¡No te lo perdonaré nunca!

—Me dejo que me hagas lo que quieras para vengarte.

—¡Qué listo! —y se puso encima de su cuerpo

—Me gusta esa venganza.

—Una dulce venganza.

—Mi niña sevillana...

Y esa noche y las anteriores y las siguientes, ellos se demostraban el amor que se tenían. Estaba hechos el uno para el otro.

Lo supieron años atrás en Sevilla y ahora estaban allí, en Nueva York, por unos tristes acontecimientos, pero que la llevó a encontrar al padre de su hijo, a su hombre, al amor de su vida. Y no podía ser más feliz.

Tenía a su hermano en Sevilla. Al que llamaba casi todas las semanas y al que había invitado a venir a su casa cuando quisiera, pero ahora estaba ocupado levantando el despacho de sus padres, había contratado a tres abogados más y trabajaba duro para hacerlo próspero.

Tenía a sus tíos que estaban siempre pendiente de ella y de su hijo, y estaba contentos de que ya viviera junto con Norman y estaban sus suegros que la querían y querían su nieto y no podía ser más feliz.

Un trabajo que le gustaba, Tom, que era fenomenal y se alegraba de que estuviesen juntos por fin. Ella le contaba en la cafetería muchas cosas y era un buen amigo. A veces se pasaba por casa y tomaba algo y lo invitaban a cenar con ellos.

La vida le sonreía por fin.

El viernes siguiente, se fue sola por la tarde a hacer las compras de Navidad y Norman y el pequeño se quedaron en casa jugando y haciendo los deberes.

Cuando se hubo bañado, Triana volvió a casa. Cargada de bolsas para todos, para sus tíos, para sus suegros para su hijo y para Norman. Y les dijo que cerrarían los ojos y salió corriendo por el salón para guardarlo en el vestidor de la habitación de invitados, que tenía más espacio

—¿Has fundido la tarjeta?

—Casi —dijo riendo.

—Espero que me hayas dejado algo.

—Te he dejado, no se puede sacar de la de ahorros ni un dólar.

—Vaya por Dios, para qué te dejaré que manejes mi sueldo.

—Para ahorrártelo.

—Yo ahorraba en mis tiempos de soltero...

—Pues ahora, ahorrarás más y además, ya no estás soltero.

—Afortunadamente. Ven aquí y dale un beso a tu hombre.

—Y lo besó apasionadamente y la sentó en sus rodillas.

—Te amo preciosa.

—¿Aunque gaste?

—Pero si no gastas. No te compras cosas caras.

—La lencería sí, me paso un poco.

—La lencería tiene carta blanca.

—Malo.

—Sí, solo contigo.

—Mañana salimos a cenar solos.

—¿En serio?

—Sí, he hablado con mis padres y se quedarán con Norman. Podemos recogerlo el domingo, ya lo sabe Norman y está contento.

—¿Dónde me vas a llevar cielo?

—A cenar y vamos a bailar a un local de Jazz precioso y oscuro donde pienso meterte mano.

—No serás capaz. Eres un hombre serio.

—Bueno... ya veremos.

Ya sabía qué iba a ponerse. Se había comprado aparte de los regalos un par de vestidos sexys para la navidad y estrenaría uno, con unas medias hasta media pierna negras.

Sus tacones altos, negros y ese vestido de tirantes con copas que no necesitaba sujetador y no se pondría ropa interior. El abrigo encima y ya está.

A Norman le iba a encantar. Tenían una noche para ellos e iba a aprovecharla. Se había comprado un perfume caro y nuevo.

Su hombre se iba a quedar muerto cuando la viera. Se vestiría mientras él llevaba al pequeño y luego irían a cenar y a bailar.

Norman seguía siendo un hombre elegante. Le gustaba vestir bien. Y en casa después de ducharse siempre se ponía su chándal, porque dormía desnudo desde que estaba con ella.

Olía tan bien... y era bastante presumido en ese sentido —sin embargo ella a veces iba con vaqueros y zapatillas, sobre todo para ir al trabajo, pero luego si salían se ponía sus tacones, algo de escote y vestidos estrechos que le encantaban. O faldas cortas ajustadas.

## CAPÍTULO OCHO

Cuando Norman vino el sábado por la noche de dejar a su hijo con sus padres, la vio preciosa. Parecía una muñeca.

—Ese vestido es nuevo.

—Sí, me lo compré el día que salí de compras. Me compré un par de ellos para la Navidad por si vamos a casa de tus padres o mis tíos. Pero esta ocasión merece estrenar uno.

—¡Estás preciosa!

—¿Te gusta?

—Me encanta. Estoy por no salir y poseerte aquí mismo.

—Nada de eso. Tengo un día para salir y una noche para gritar, así, que hombre sexy, vas a sacarme a cenar por Nueva York.

—Ahg, está bien, vamos a por el coche.

—¿Está lejos?

—Un poco, andando no podemos ir con esos tacones que llevas. Cogemos el coche.

—Está bien, tú me llevas.

Y cuando pararon en el restaurante, era un restaurante caro y precioso.

—Es caro Norman —dijo ella en cuanto lo vio, y había aparcacoches.

—Sí y ¿Qué?, no salimos nunca. No empieces como en Sevilla, vamos a disfrutar y olvídate de todo, mi amor.

—Está bien. Voy a comer de todo, tengo hambre. Pero si me quedo a fregar platos...

—Exagerada. No fregarás platos.

—Los sentaron en un rincón pequeño y romántico con una luz tenue. Y ella disfrutó de la comida.

—¡Está buenísima cariño!

—Sabía que te iba a gustar.

—Me encanta.

La comida transcurrió amena para ellos que hablaron de todo, se besaban y probaban la comida.

Estaban solos por primera vez y aunque a ella parecía que le faltaba algo, se relajó. También estaba feliz sólo con Norman y se lo merecían. Esa noche era para ellos.

Luego tomaron el coche y fueron a un local con música de jazz. Ella lo estaba pasando fenomenal, hacía mucho tiempo que no salía, ni a cenar ni a nada.

Algunas veces iba con sus amigas en Sevilla, pero desde que tuvo a su hijo cada vez menos, además sus amigas, iban teniendo pareja y ella no pintaba nada entre una pareja. Pero esa noche lo estaba pasando muy bien, a pesar del frío que hacía. Norman se comportaba como un novio amoroso, delicado con ella y cariñoso.

El local estaba ambientado y había una pista para bailar, una barra a un lado y asientos, de todos los tamaños.

En uno de los rincones apartados, se sentaron.

—Casi no se ve.

—Eso es lo que me gusta. Podré hacerte cosas sin que me vean. Hay poca luz y es roja e invitadora y tú estás muy sexy esta noche.

Norman fue a la barra a pedir las bebidas y ella observó el local. Sólo la pista estaba algo más iluminada, pero el resto era discreto y precioso.

Cuando Norman llegó las bebidas se sentó a su lado y la besó.

—Es la primera vez que salimos así juntos y solos, desde Sevilla, preciosa.

—Sí, es verdad. Ya tenía ganas y él le echó el brazo por encima atrayéndola hacia sí y metiendo la mano por la copa del vestido tocándole el pezón.

—Ummm —me gustan tus pezones, le decía al oído y ella tocó su sexo por encima del pantalón y él, dio un respingo.

—Yo también sé hacer cosas.

—Loquita. Estoy excitado.

—Lo sé, te tengo en mis manos.

—No te pases.

—Ni tú, cirujano.

—Pero no es lo mismo. A mí se me nota, cielo —le decía él que ya estaba duro.

—Y la otra mano Norman, la metió entre sus piernas.

Y notó esas medias sexys que ella llevaba.

—Esas medias van a matarme, son eróticas. No llegan hasta arriba, preciosa.

—No. Gemía ella entre la música.

—Dios nena... y no llevas nada debajo.

—No.

—¿Estás loca?

—Sí, por ti.

—Esto te va a costar caro.

—Si no nos ven... —y nadie los veía, Norman la tenía casi pegada a su cuerpo y la iluminación era escasa.

Y él llegó a su centro húmedo y lo tocó con sus manos y ella estaba mojada y húmeda para él, que le decía al oído que la deseaba y ella se dejó ir entre sus dedos, mientras él la besaba y ahogaba sus gemidos.

—Dios cariño, estás loco. Tú, sí me has matado.

—Preciosa, no te has puesto esto para nada, reconócelo.

—Sí, lo reconozco, quería ser mala por un día. Pero no para que me lo hicieras aquí.

—No eres mala, eres la mujer más sexy que conozco y te amo y cuando lleguemos a casa, no llegaremos al sofá que lo sepas. Espera que me recomponga y bailamos.

Y estuvieron bailando más de una hora y se tomaron otra copa. Y se besaban como adolescentes.

Fue para ella, una noche mágica y tenían que repetir. No debía sentirse culpable por dejar al pequeño con los abuelos.

Estaba poco acostumbrada a dejarlo solo, pero a partir de esa noche, saldrían de vez en cuando. Al menos una vez al mes. Dejarían al pequeño con una chica e irían a su noche para los dos solos.

Cuando llegaron a casa, Norman la cogió a pulso y cerró la puerta, Triana enredó sus piernas alrededor de su cintura y la penetró sin miramientos y sin preámbulos contra la pared del pasillo. Ella se bajó el vestido para que mordiera sus pechos y gimieron y gritaron como locos hasta quedar exhaustos.

—Dios Norman...

—Esto es sexo del bueno —dijo Norman.

—Esto es que no voy a poder bajarme de tu cintura sin romperme las piernas.

—Exagerada —y la besó y fue bajándola despacio.

—Ven aquí, te quitaré toda la ropa.

—¿Y tú?

—Yo también. Tenemos toda la noche para nosotros solos...

Cuando llegó el día de Navidad, cenaron en casa de los padres de Norman. Llevaron sus regalos para ellos y les dieron los suyos. El niño fue el que más regalos recibió. Iba contentísimo. Cuando llegaron a casa era muy tarde e iba durmiendo. Y le dejaron sus juguetes en su cuarto de juegos.

A la mañana siguiente, se levantaron todos y fueron al árbol a por los regalos. Ni qué decir que el pequeño fue el primero en abrir los suyos.

Luego Norman quiso que ella abriera los suyos. Le había comprado ropa interior sexy, un vestido de fiesta largo y varios conjuntos de jersey y rebecca a juego que a ella le encantaban.

Además de un grupo de libretas originales para sus apuntes, que a ella le emocionaron.

Ella, le había comprado a Norman, unos zapatos de diseño, un par de camisas en gris y azul, corbatas a juego y un reloj de oro de Armani precioso.

—Vamos preciosa. Este regalo es...

—Es precioso, maravilloso, ¿no te gusta?

—Me encanta, pero es caro y...

—Te lo mereces... no digas nada. Es Navidad.

—Sí, me queda algo por decir. Te queda un regalo.

—¿En serio?, no he visto ninguno y le sacó una cajita negra y la abrió delante de sus ojos, se puso de rodillas y le hizo la pregunta que ella siempre quiso oír de la boca de su hombre. Era un anillo de compromiso blanco precioso con un diamante pequeño y maravilloso, y ella se emocionó.

—Cielo... y se le cayeron algunas lágrimas y el pequeño la abrazó.

—Mamá, no llores.

—Es de alegría cariño.

—¿Te casarás conmigo pequeña sevillana?

—Sí, me casaré contigo para siempre, mi amor.

—Y se besaron entre la ingenuidad del pequeño que no entendía nada.

—Pues venga, en cuanto pase Navidad hay que preparar una boda. Norman, tus papás se van a casar.

—¿Sí?

—Segurísimo que sí.

—¡Bienn...!

Ese día comieron en casa de su tío David y también hubo regalos. Y por la tarde salieron a dar una vuelta a ver las calles de Nueva York. Merendaron y cenaron fuera.

Fue un día magnífico y por la noche celebraron íntimamente su compromiso.

En fin de año cenaron en casa y ella preparó la comida. Luego se acercaron a ver los fuegos artificiales.

—Mamá. ¿Aquí no hay reyes magos? —preguntó el chico.

—No cariño, aquí solo viene Papá Noel. Los reyes pasan solo por Sevilla. Algún año iremos a verlos. De momento Papá Noel te ha traído muchos regalos, tantos que ya no te caben en tu habitación de juegos.

—Sí, he sido bueno, ¿verdad papá?

—El niño más bueno del mundo. —y abrazó a su hijo fuerte. Era pequeño y tan ingenuo...

Y el año, empezó como todos una vez que las fiestas pasaron. Para las vacaciones del chico, Norman, se quedaba con la señora que les cuidaba la casa. Les ampliaron el horario y se quedó con gusto con el pequeño de lunes a viernes.

Norman, siempre le decía que tenían que preparar la boda y ella, lo dejaba pasar.

—En febrero lo hablamos Norman. Dejemos pasar un mes al menos.

—Está bien, pero en febrero ponemos la fecha, no quiero que llegemos al verano sin estar casados.

—Lo estaremos para el verano.

—Tenemos que llevar a Norman a Disney y luego ver dónde vamos a ir de viaje de Novios, invitaremos a tu hermano a la boda y les pagamos un hotel cerca y el viaje si quieres. Y el chico lo dejamos con mis padres una semana para nosotros solos.

—¿Una semana no será mucho para él?

—Estará acostumbrado no te preocupes. Necesitaremos esa semana para nosotros y el resto nos quedamos en casita.

—Está bien. ¿Haremos una boda grande o discreta?

—Invitaremos a todos nuestros conocidos y amigos.

—Dirás a los tuyos.

—Pues a los míos, de tus tíos y de mis padres.

—O sea que se pasarán de los ciento cincuenta invitados.

—Bueno. Está bien, contratamos a una organizadora y nos olvidamos de preparativos

—¿Para eso no eres ahorradora, pequeña?

—No, eso es un lío para mí, cielo y no conozco lugares ni cómo se casa aquí la gente ni lo que se necesita.

—Está bien. El fin de semana que viene nos ponemos manos a la obra, buscamos organizadoras de bodas y buscamos fecha y ya no habrá vuelta atrás pequeña, y la besó y la abrazó.

—Quiero que seas mía del todo.

—Si lo soy, cariño.

—Con papeles, no.

—Bobo.

—No quiero que me quite nadie a mi mujer.

—Eres más tontorrón...

Pero eso no sería tan fácil, porque el lunes, un paciente se le murió a Norman en el quirófano. Era el primero en sus casi diez años de cirujano y era bueno, pero ese caso, era un caso perdido de antemano y todos lo sabían, pero Norman tenía confianza en él mismo.

El enfermo, había tenido dos trasplantes y era mayor de sesenta años. Había rechazado el primero y el segundo y él nada pudo hacer para mantenerlo con vida para el siguiente.

Tuvo que decírselo a la familia del paciente y estos le dieron las gracias así y todo. Sabían que había hecho todo lo que podía desde el principio. Pero para Norman no significó lo mismo.

Se sintió impotente, las manos le temblaban, dio golpes en la pared donde se lavaban tras la operación y fue al despacho de David. Quería pedirle unos días.

No podía operar de momento y David, le dijo que se tomara una semana, pero que no olvidara que eso formaba parte de la normalidad.

—Vamos Norman, eres uno de los mejores cardiólogos que tengo, no quiero que te deprimas, incluso la familia lo ha entendido, te quieren y te admiran y sabían que eran pocas las esperanzas. Ha vivido dos años más de lo que se podía y gracias a ti.

—Nunca se me ha muerto nadie y llevo casi diez años operando.

—Siempre hay una primera vez hijo. A tu padre y a mí nos ha pasado y hemos tenido que superarlo, como tú harás. No eres distinto. No te vendrás abajo. Eres muy bueno, pero no eres distinto al resto. A todos los cirujanos nos pasa. No eres el único por más que te esfuerces, hay un cuerpo humano que puede o no puede soportar una operación. Siempre hay complicaciones. Tendrás que acostumbrarte. No será la última, no eres dios que puedes resucitar a cualquiera ni cambiar la vida de la gente. Morimos y ya está. No tenemos el poder de la vida. Hacemos cuanto está en nuestras manos y no es un fallo tuyo ni una negligencia médica. Es su cuerpo que no ha podido resistir. ¿Lo sabes no?

—Sí lo sé, pero aun así, para mí significa un fracaso.

—No quiero que signifique lo que estás pensando. Eres bueno y depende mucha gente de ti. Te voy a dar esta semana. Nada más, el lunes te quiero de nuevo alegre, optimista y fuerte en tu quirófano. No vas a echar a perder toda una carrera perfecta por una vida que no podía vivir ya.

—Está bien, David. Gracias.

—El lunes estaré de nuevo aquí.

—Estarás, porque tendré que variar la agenda y Tom y mi sobrina, tendrán que hacer algunas operaciones por la tarde. Así que descansa sin pensar. ¿Me oyes?

—Sí, lo sé.

—Pues vete a casa.

Y eso hizo, de todas formas ese día ya no le quedaban operaciones por realizar.

Cuando Triana y Tom, estaban tomando algo en la cafetería, les llegó el rumor y tomaron la comida rápida y ambos fueron al despacho de su tío David. Ella no quiso llamar a Norman. Prefería encontrarlo en casa. Con total seguridad allí estaría.

Llamaron al despacho de su tío...

—Hola tío, ¿podemos pasar?

—Sí, además iba a llamaros. Ya sabéis la noticia. ¿Lo has llamado?

—Aun no tío. Hemos oído algo. Acabamos de enterarnos en la cafetería.

Y el tío le explicó lo sucedido y su charla con Norman.

—¡Joder! —dijo Tom. Estará hecho polvo.

—Sobrina, tienes mucho trabajo, que no se deprima ni se hunda y además tenéis una operación por la tarde de más, para recomponer esto. ¿Tú puedes Tom?

—Por supuesto que sí, David.

—Haréis tres operaciones esta semana. Mañana martes, el miércoles y el jueves, tres marcapasos. Esos días por la tarde. Cuando terminéis vuestro turno.

—Vale.

—Así, dejaré para la semana que viene otras tres operaciones de las que tendrá que encargarse Norman por las tardes, para poner al día la agenda. No me gusta dejar nada retrasado.

—No te preocupes tío, puedo quedarme lo que sea necesario y hablaré con Norman.

—Hazlo, sé que para él ha sido un fracaso. Pero no lo es. La familia se ha portado muy bien y le ha estado agradecida por todo cuanto ha hecho.

—Bueno, nos vamos David, dijo Tom, aún nos queda una operación hoy.

Y se fueron en silencio del despacho.

—Iré a verlo esta noche, si quieres, Triana.

—Sí, vente a cenar con nosotros, no sé cómo me lo encontraré, pero seguro que entre los dos, podemos hacer algo.

—Estupendo, estaré allí a las ocho, ¿te viene bien?

—Perfecto, sobre esa hora cenamos.

—Vale, pues vamos a lo nuestro, ¿no pienses vale?

—No pienso —y Tom le dio un beso en la mejilla y un abrazo para que ella tampoco se preocupara.

Cuando salió a buscar a su hijo, Norman, no estaba allí y además no la había llamado, ni ella tampoco. Recogería al pequeño.

Cuando llegó a casa toda preocupada, lo vio tumbado en el sofá a oscuras, con los ojos cerrados. Mandó a pequeño a hacer los deberes a su cuarto.

—¿Papa no me ayuda hoy? —dijo el pequeño.

—Papá esta hoy muy cansado cariño. Le duele la cabeza. Tengo que hablar con él.

—Vale. Lo haré yo solo.

—Luego te los corrijo yo, mi niño.

—Vale mamá —y lo besó.

—Cielo, Norman... —y él, abrió los ojos —¿cómo estas mi amor?

—Hecho polvo —y empezó a llorar con las manos en la cara.

—Pero, pequeño... No podías hacer nada. —Le dijo abrazándolo.

—Siempre se puede hacer algo.

—En este caso no y lo sabes mejor que nadie.

—Nunca me ha pasado en un quirófano. Nunca me he dado por vencido.

—No depende de ti, mi amor. No quiero que te sientas culpable. Nosotros trabajamos con la vida de la gente y no siempre tenemos la suerte de salvarlos. El tuyo era un caso imposible. No quiero que te deprimas. Eres el mejor cardiólogo que conozco y el mejor hombre y más bueno. Y sólo voy a permitirte descansar esta semana que lo sepas. Además tengo que ir tres tardes seguidas al quirófano con Tom. Menos el viernes. Así que tendrás que hacerte cargo de Norman, ¿entiendes?

—Sí, no te preocupes, yo lo recojo.

—Si quieres contrato a alguien para que lo recoja hasta que yo venga, que no sé a la hora que llegaré del hospital.

—Yo lo recogeré. En serio Triana.

—¿Estás seguro?

—Claro que sí, haremos los deberes y lo bañaré y si puedo te hago la cena.

—¿De verdad estás bien?

—Sí, solo algo desanimado.

—¿Te has duchado?

—No, no me apetece

—Sí, sí que te apetece. Nos ducharemos juntos. Vamos arriba.

—¡Está bien!

—Venga, que va a venir Tom a cenar luego, así que arriba.

Y se bañaron juntos mientras el pequeño hacía los deberes y ella lo abrazaba y lo bañaba como si fuera un niño.

—Vamos cielo. Alguna vez tenía que pasarte. No eres inmune. Y tenemos que preparar la boda. Te amo, tienes que animarte. No quiero que Norman te vea a así, y yo tampoco. Siempre has sido gracioso y me tomas el pelo y no quiero verte triste. Prométeme que superarás esto. Yo te ayudaré.

—Me han llamado mis padres.

—¿Se habrán enterado?

—Mi padre me ha dado ya una charla.

—Pues bien. Nadie mejor que él para eso. A tu padre también le habrá pasado.

—Sí, varias veces

—¿Lo ves? Eres el mejor que conozco junto con Tom y os admiro. Y es normal que estés así, pero no mucho tiempo. Tienes que trabajar la semana que viene por la tarde. Tom, te va a hacer unas cuantas operaciones, pero tú tienes que ponerte al día, y debes tener energía para eso, así que tienes que comer bien, descansar, sal a hacer un poco de ejercicio, andar, lo que quieras por la mañana. No te quedes en casa a pensar cielo. Hasta el fin de semana no podemos estar juntos todo el tiempo.

—Lo sé, gracias cielo.

—¿Quieres que salgamos de Nueva York y vayamos a las casitas?

—No me apetece en estos momentos cariño.

—Bueno, lo dejamos para más adelante, pero no quiero verte triste.

—Lo intentaré.

—Tus manos hacen maravillas, en todos lados —y Norman sonrió un poco, porque sabía qué se refería ella. Al menos le había hecho sonreír.

Lo secó y ella también y se secó el pelo y se pusieron un chándal. Luego mientras él se tumbó de nuevo en el salón y ella le puso la televisión para que no pensara y se entretuviera.

Triana se fue con su hijo a hacer los deberes y a jugar un rato. Luego lo bañó y lo dejó jugando y le dijo que a papá le dolía la cabeza y fue a abrazarlo y Norman, de nuevo, se emocionó. Se trajo su camión junto al su padre y ella hizo la cena.

Se la dio al pequeño y este se durmió cuando le leyó un cuento, no antes de abrazar a su papá.

Estuvo tumbada un ratito con él en el sofá abrazándolo y acariciándolo, hasta que la puerta sonó.

—Vamos Norman, viene Tom. No te quiero ver decaído

Y cuando vino Tom, lo abrazó emocionado, cenaron y él hizo de tripas corazón, pero no sonreía. Luego los dejó con un café a los dos en el salón charlando. Creía que debía dejarlos solos y se fue al despacho a pasar sus notas.

Estuvieron charlando como una hora y cuarto. Y ella se unió a ellos y entre Tom y ella, le dieron otra charla.

Cuando Tom, dijo de irse, ella fue a despedirlo...

—Cúidalo, espero que no le dure mucho.

—Lo haré no te preocupes. Bueno guapa, nos vemos mañana.

—Hasta mañana Tom y muchas gracias. Te lo agradezco —y le dio dos besos y lo abrazó a modo de despedida.

Cerró la puerta y apagó las luces, Se fue al salón y le dio la mano a Norman y se lo llevó al dormitorio. Tuvo que desnudarlo.

—Pareces un niño. Ahora tengo dos hijos.

—No tengo fuerzas para nada cielo.

—Descansa. Puedes levantarte tarde. Hasta las cuatro y media, no tienes que ir a por Norman. Y come en la cafetería de fuera. Por la noche, yo hago la cena o pedimos algo.

—Lo sé, iré. No te preocupes.

—Te quiero. Y se metió en la cama con él y lo abrazó toda la noche.

Los siguientes días, hasta el jueves, ella salió a las ocho de la noche y entraba a las ocho y cuando llegaba a casa, él tenía al chico bañado y con el pijama y él también.

Ella le preguntaba qué había hecho y le decía que pasear, comer fuera y descansar en casa. Recoger al pequeño, y estar con él. Gracias a su hijo, remontó un poco el ánimo hacia el fin de

semana.

Cuando ella llegaba, el peque esperaba la cena, y ella la hacía, nada más llegar o se la llevó un par de días y mientras Norman le daba la cena, ella, se duchaba, le leí su cuento y se dormía y luego, ellos cenaban tranquilamente y le comentaba lo que había hecho par que él se animara a ir al trabajo y dejar de pensar en lo que había pasado y ella, sabía que él necesitaba el trabajo, porque no estaba de vacaciones.

Así que el viernes, en cuanto llegó fue al colegio y allí estaba Norman esperando al pequeño y fueron juntos a casa, pero antes pasaron por el supermercado y se llevaron la compra.

La rutina continuó y colocó la compra mientras los oía hablar y reír en el cuarto de juegos del pequeño. Norman le decía que era mejor dejar los deberes hechos y así jugar todo el fin de semana y saldrían al parque.

Hizo una tortilla de patatas y unos filetes de pollo empanados y los dejó en el horno para que se mantuvieran calientes y fue a bañarse como siempre.

Luego fueron ellos mientras hacía sus anotaciones de toda la semana y él se bañó y cenaron todos juntos.

Cuando el pequeño, de durmió, ellos se quedaron un rato en el sofá....

—Estoy muerta esta semana.

—Has trabajado muchas horas cielo.

—Sí, pero la semana que viene, te tocará a ti.

—El fin de semana que viene hablaremos de la boda —dijo Norman.

—¿Te parece que lo hagamos?

—Sí, debo seguir con mi vida y no es justo haceros pasar por esto.

—¿En serio?

—En serio. Ha sido un punto negativo para mí, pero que debo asumir

—Te amo cariño. Tienes que acostumbrarte a todo eso. Eres médico y eres muy bueno. Para mí el mejor.

—Pero estás con Tom.

—Pero sólo para trabajar.

—¡Te he echado de menos preciosa!

—Y yo a ti mi amor, pero quiero que seas mi Norman de siempre.

—Lo seré. ¿Por dónde empezamos?

—Ese sí es mi pequeño americano.

—No tan pequeño y le cogió la mano y se abrió el pantalón de chándal y con ella tocó su pene erguido. Y ella lo tocó.

—Parece que esto vuelve a tener vida. He estado a dieta esta semana.

—Te compensaré este fin de semana.

Y ella se puso encima de su cuerpo y tuvo una primera compensación.

—¿No decías que estabas muerta de cansancio?

—Y lo estoy, pero esto es como un masaje

—Pequeña bruja sevillana, ya te daré yo masajes...

—Vámonos a la cama. Necesito dormir muchas horas.

—¿Solo dormir?

—Bueno, es que tú estás descansadito. Me vengaré el fin de semana que viene.

Y recobraron su vida normal y ella se sintió feliz. Había sido un tropiezo, pero había recuperado a su Norman.

El lunes ella le preguntó por la mañana si estaba bien...

—Sí, algo nervioso, pero bien.

—No estés nervioso, tienes una semana intensa. Eres el mejor, ya lo sabes.

—Lo sé.

—Pues adelante, hay mucha gente que su vida depende de ti. Y no puedes fallarles.

—Cariño, te amo tanto...

—Y yo... confío en ti.

Y así fue como durante la siguiente semana, se cambiaron los turnos y fue ella, la que llegaba antes a casa y cuando él venía, solo tenía que ducharse y cenar, leerle un cuento a su pequeño y descansar.

Y el fin de semana, se acostaron pronto el viernes.

El sábado a mediodía, cuando volvieron de pasar la mañana en el parque con el pequeño y comer fuera, acostaron al pequeño en la siesta e hicieron el amor en el sofá.

Luego Norman dijo que debían ponerse manos a la obra con la boda y estuvieron viendo fechas. El tres de mayo que era sábado, sería un buen día para casarse. Y fijaron esa fecha y buscaron por internet, organizadoras de bodas y encontraron una muy cerca de donde vivían y quedaron en que pasaría por su casa el lunes a las cinco.

Ya les avisó, que al menos tardarían tres tardes en elegir cosas. Ella les dio unas pequeñas orientaciones para que anotaran qué querían e hicieron la lista, de invitados, de cómo quería que fuese la ceremonia, flores, iglesia, comida, etc.

Ya la organizadora les daría a elegir.

Y durante la siguiente semana, dejaron el tema de la boda resuelto. Terminó más cansada de elegir que cuando estaba trabajando.

## CAPÍTULO NUEVE

El día de la boda de acercaba y todo estaba preparado. Su hermano venía con Alba de Sevilla en avión. Alba, estaba embarazada. Su hermano Carlos iba a ser papá en unos meses.

Como ella sabía que estaba remontando su bufete y tuvo que comprárselo a ella, les regaló los pasajes y cinco días de hotel para que vieran la ciudad, y se tomaran unos días.

Su hermano se enfadó un poco con ella, por hacer eso.

—Vamos hermano, es mi boda y quiero que vengas y paseéis unos días, tenéis cena y desayuno incluidos por si os cansáis de pasear.

—Estás loca y no deberías con los gastos que tienes de la boda.

—Sabes que tengo dinero y Norman también. Admite un regalo de tu hermana.

—Está bien, pero estás loca y te quiero.

—Siempre lo he estado, yo también te quiero hermano y te quiero aquí conmigo el día de mi boda y que me lleves al altar ya que papá no está —y los dos se emocionaron.

—Te llevaré, ¿cómo no voy a hacerlo pequeña?

—Te quiero y os espero, sobre todo a Alba. Me tiene que traer el vestido que le pedí, me ha servido de modelo. Somos igual de altas y espero que me quede bien, si no buscaré una modista. La organizadora de la boda, ya está al tanto.

—Le mandaste más dinero del que costaba el vestido y la mantilla, me lo ha dicho.

—Bueno para que se comprara ella un buen vestido.

—De verdad hermana, esto no puede ser.

—Calla, que soy muy feliz. Encima que la pobre ha ido a todos lados tres veces a por lo que le he encargado, qué menos que le regle su traje.

—Bueno, vosotros veréis.

—Eso, tú cómprate tu buen traje para llevar a tu hermana al altar y disfruta. Tengo mucha gana de veros.

—Pues ya estamos ahí pasado mañana.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Estaba toda nerviosa. Ya estaba todo listo, salvo su vestido, hasta Norman se había comprado y guardado su traje en casa de sus padres y el niño, también estaba listo y ella sólo tenía los zapatos y la ropa interior, el ramo de novia y esperaban el vestido de Sevilla y una mantilla, que ella había encargado a su cuñada y que era maravilloso.

Era un traje blanco de volantes y encaje imitando a los trajes de gitana de la feria, pero era maravilloso. Se lo habían hecho a medida. De talle bajo, precioso.

Su cuñada le había mandado al menos cincuenta vestidos por WhatsApp y ella había elegido uno solo. El que sabía que era para ella en cuanto lo vio.

Y ya lo tenía listo. Esperando que llegara y probárselo. La organizadora, le dijo que eso era una locura, pero si tenían que coserle algo tendrían que hacerlo en un día tan solo.

Aun así, Triana insistió. Era su vestido soñado y era precioso y lo quería.

Le envió el dinero a su cuñada y mil dólares más para que Alba se comprara su vestido y esta no quería, pero ella le dijo que sí.

La boda les pegaría un bocado a sus ahorros, pero era necesario y se casaban una vez en la

vida. Y Norman, que la conocía le dijo que o se preocupara, que volverían a ahorrar, pero después del verano en que se fueran de viaje de novios. Cuando les dieran vacaciones.

Cuando pasara la boda, pensarían en el viaje y que dejara de pensar en el dinero, que ella era rica. Y que aunque fueran a un buen viaje, aún les quedaría dinero en la cuenta de ahorro. Y ella lo sabía.

Cuando se probó el vestido de novia, su cuñada y la organizadora de boda, se quedaron alucinada de la preciosidad del vestido, lo raro que era y le quedaba perfecto, maravilloso. Lo colgaron en el vestidor de Norman, su hijo.

El día siguiente era la boda y el padre y el hijo dormirían en casa de los padres de él, porque la boda era por la mañana, casi al mediodía y desde por la mañana en su casa estaría la organizadora, la maquilladora y peluquera.

Su hermano Carlos y su cuñada, estarían en su casa a la hora de salir a la Iglesia.

Cuando Norman la vio entrar a la iglesia del brazo de su hermano, no había visto una mujer más hermosa, ni un vestido tan bello. Era maravilloso. Y ese velo largo, el pelo recogido con algunos mechones sueltos...

—Estás preciosa. Pequeña. Lo digo en serio. Eres la novia más hermosa que he visto en mi vida.

—Gracias guapo. —Dijo temblando.

Intercambiaron sus votos y las alianzas y después dieron una comida en un hotel de Manhattan. El salón era enorme y precioso. Todos los invitados los saludaron y felicitaron.

La comida fue magnífica y cortaron la tarta. El pequeño, estaba todo emocionado y cuando llegó la hora del baile estaba ya tan cansado el pobre, pero aguantó bastante, bailando y saltando con otros niños que había.

Cuando todo terminó, de madrugada, un coche los llevó a los tres a casa.

—Madre mía, qué cansada estoy.

—Espera que le pongo el pijama Norman. Y le quito la ropa y la puso en el cubo, porque se había puesto perdido, y se fueron a su dormitorio.

—Podíamos haber cogido una habitación el en hotel. Mis padres se hubiesen quedado con Norman.

—No. Quiero estar en mi casa, con mi marido. Ya iremos de hotel en el viaje de novios.

Unos días después de la boda, Carlos, su hermano y su mujer Alba, se fueron de Nueva York de vuelta a Sevilla. Estuvieron viendo la ciudad con ellos unos días, que fueron estupendos para todos, aunque Alba, se cansaba por el embarazo.

La despedida fue muy emotiva para los dos hermanos, pero Triana, le prometió ir a ver a su sobrina en cuanto pudiese ir, aunque fuera sola.

Y la vida para ellos, continuó de nuevo. El trabajo el colegio y su casa. Una de las tardes en que salió antes que Norman del hospital y fue a buscar a su hijo, le pareció ver a Fiona. Claro que hacía ya meses que no la había visto, desde Noviembre y estaban finalizando Mayo, así que como sólo la había visto una vez no podría reconocerla bien y no le dio la mayor importancia. Pero se asustó un poco. Tuvo un presentimiento que no le gustó nada.

Por la noche cuando el pequeño, se acostó y ellos, se quedaban un rato en el sofá o abrazados o viendo un rato la televisión o ella hacía sus anotaciones, mientras Norman, leía algún artículo médico...

Esa noche, Norman la notó algo inquieta y le preguntó:

—¿Qué te pasa cariño?

—No sé estoy algo preocupada.

—¡Ven aquí! —y la acercó a él abrazándola, dime qué pasa.  
—Quiero preguntarte algo.  
—Dispara vengas.  
—¿Has vuelto a hablar con Fiona?  
—No, ¿por qué? —se asombró Norman.  
—¿Ni por teléfono ni la has visto?  
—Te juro mi vida que no la he vuelto a ver desde que rompimos aquella noche, ¿por qué lo preguntas?  
—No sé, me pareció verla a la salida del colegio de Norman esta tarde.  
—Te habrás confundido.  
—Puede ser, no me acuerdo bien de ella, tan solo la vi una vez, pero, me ha dejado preocupada.  
—Vamos no te preocupes. Si hace ya casi siete meses de aquello, ni sé qué es de ella.  
—Está bien —dijo Triana aún preocupada.  
—¿Me crees, verdad pequeña?  
—Te creo. Es que me preocupé. Creí verla.  
—Puedes mirar el móvil si quieres, si no te fías.  
—Yo no haría eso cielo, confío en ti plenamente.  
—Intentaré salir mañana del trabajo a tiempo por si acaso, no te preocupes. —le dijo Norman.  
—No hace falta, serán imaginaciones mías.  
—Vamos cielo, no te preocupes. Ahora somos felices y deberíamos ampliar la familia.  
—¿En serio te parece?  
—Norman tiene ya casi cinco años, si no nos ponemos manos a la obra se llevarán seis años y ya es mucho.  
—¿De verdad quieres tener otro hijo?  
—Sí, me encantaría vivirlo desde el principio. Además lo tendría casi con treinta y cinco años, no quiero tenerlos de viejo.  
—Bueno, creo que te haré caso. Tienes razón, pero no eres viejo ¡tonto! —abrazándolo.  
—Eso te lo demostraré luego  
—Pues dejemos las pastillas de momento y veremos —y él, apagó las luces y se la llevó a la cama...  
Pero ella, no se quedó tan tranquila como Norman pretendía. Creyó verla unas cuantas veces más, a la salida del hospital, de nuevo a la salida del colegio y tuvo miedo por su pequeño. Otro día creyó verla en el parque observándolos y se estaba volviendo paranoica.  
Ella no se achantaba ante nadie y cuando la veía intentaba ir a su encuentro, pero ya no estaba. Por ella no tenía miedo, pero por su hijo sí. Y además si de verdad era Fiona, qué querría esa mujer después de tanto tiempo, ¿acaso no estaba con su jefe?  
Una mañana en el comedor, Tom, la notó pensando en las nubes mientras tomaban un descanso  
—Venga, enfermera, que se te enfría el café.  
—Ah, sí, es cierto.  
—Cuenta, qué te pasa.  
—Estoy rara y preocupada.  
—¿Tiene la culpa Norman? porque si la tiene lo pondré recto, si te hace algo nada más casarse.  
—No Tom, es el mejor hombre que hay para mí. Estoy loca por él.  
—Entonces ¿qué pasa?  
—Creo que he visto varias veces a Fiona.

—¿Qué dices?

—Sí, la primera vez, estaba a la salida del colegio y se lo dije a Norman y me dijo que no me preocupase, y pasó una semana o así, pero ahora la veo cada dos días, a la salida del hospital, en el parque cuando llevamos al pequeño, en el supermercado... me estoy volviendo paranoica Tom. Estoy segura de que es ella, no es una tontería mía.

—No lo dudo, además ella, según me dijo Norman, lo amenazó. Pero claro, son cosas que se dicen en un momento con ese.

—¿Donde trabaja?

—¿Para qué quieres saberlo? —se preocupó Tom.

—Para hablar con ella. Yo enfrento los problemas.

—Te lo diré si tienes cuidado.

—No te preocupes. Lo tendré.

—Y yo no te he dicho nada o Norman me matará.

—Gracias. Esperaré que salga del trabajo y hablaré con ella.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, para nada, quiero saber cómo es, si es y decirle que nos deje en paz, nada más.

Y Tom sacó una tarjeta suya de visita y por detrás le apuntó la empresa donde trabajaba.

—Ty.

—Dime Tom.

—Ten mucho cuidado. Te lo digo en serio. Si es ella, no sabemos cómo actuará

—No te preocupes. Se lo diré en la calle.

—Bueno, pero si no es la persona que tú ves, te vas a casa. Puede que estés equivocada.

—Está bien. Te lo prometo.

—Sale a las seis del trabajo, o al menos eso supe por Norman.

—Estupendo, gracias.

—¿Cuándo vas a ir a verla?

—Mañana mismo.

Y Tom también estaría allí. No iba a dejarla sola, aunque no la acompañara, estaría relativamente cerca, a cierta distancia. Si le pasaba algo, o se enfrentaban, no se iba a quedar de brazos cruzados, pues Norman, no se lo perdonaría.

Al día siguiente, al salir del hospital, Triana estaba algo nerviosa, pero iba a solucionar ese problema de una vez por todas. Recogió a su hijo del colegio y a las cinco y media le dijo a Norman que iba a salir a comprarse algo. Se duchó y puso unos vaqueros y una camiseta con rebeca a juego y unos zapatos bajos.

—¿Te acompañamos?

—No quédate con el pequeño, tardaré una hora y media o así. Voy al centro comercial

—Toma un taxi, cielo, no quiero que vengas de noche.

—Eso haré.

—Cuidate guapa.

—Ahora vengo pequeño. Cuida al pequeño, me traigo algo de cena, no te preocupes por eso. Y cenamos en cuanto venga.

—Lo tendrás duchado y a mí también. —y los besó ambos.

A la salida tomó un taxi y le dio la dirección al taxista y estaba a la salida de la empresa de Fiona a las seis menos diez. Esperaba que no hubiese tenido que salir, si no vendría otro día o la llamaría por teléfono, pero necesitaba verla y comprobar si era la persona que ella veía.

Tom, estaba unos metros más abajo, tras un coche y la observaba. Y a las seis y cinco minutos,

ya cansada y nerviosa de esperar, apareció Fiona con un hombre alto por la puerta de salida de la empresa y claro que era la persona que había visto y veía, no estaba loca.

Si eso se lo cuenta a alguien la trataría de loca, por eso no quiso insistir más con Norman, pero Tom, sí creyó en ella. Se acercó a la pareja y Fiona, se puso algo nerviosa.

—Fiona...

—Sí, ¿quién eres? —y se paró porque ella le cortó el paso y su acompañante también se paró.

—Sabes bien quien soy, la mujer de Norman, al que le ponías los cuernos con tu jefe —y la mujer echaba fuego por los ojos, pero a ella no le importó lo más mínimo. Y te lo advierto, no te acerques ni a mí ni a mi familia, estás advertida.

—¿Me estás amenazando?

—Veo que sabes quién soy, y no, no te amenazo, como te vea cerca, llamaré a la policía. Ahora te lo tomas como quieras. A mí no me conoces. Conoces a Norman, pero yo, no soy él, que no te quepa duda.

—Señorita —dijo el acompañante que se había quedado con la boca abierta.

—Ni señorita ni nada, esta señorita se dedica a espiar a mi familia, a Norman, a mi hijo y a mí y si vuelve a hacerlo tomaré otras medidas que no le van a gustar nada y acercándose a su cara, se elevó a su altura y le dijo:

—Ya lo sabes, te juro por mi vida que si te acercas, te vas a arrepentir.

Y se dio la vuelta y tomó otro taxi, dejando a todos parados y a Fiona con la boca abierta sin poder pronunciar palabra. Tom, desde la distancia, se reía. Esa mujer era una fiera. ¡Qué pena que su amigo la conociera antes que él!

Sin embargo Triana, iba toda nerviosa, alterada, intranquila porque supo que era ella en cuento la vio. Prefería haberse equivocado.

Si volvía a acercarse, la denunciaría por acoso... Creía que le había llegado el mensaje, y que tuviera acompañante que había visto todo era lo mejor que le podía haber pasado.

Volvió a casa y compró la cena en una cafetería cercana mientras se tranquilizaba. No le diría a Norman nada. No quería preocuparlo más.

—¿No te has comprado nada?

—No encontré lo que quería, me han dicho que lo volverán a traer la semana siguiente.

—¿Qué era?

—Ropa interior. Había visto un par de conjuntos por internet que me gustaban, pero se ve que no era a la única que le han gustado y se han vendido como rosquillas, así que iré la semana que viene que les vuelven a entrar.

—Bueno, si es por eso, me quedaré otra tarde con el pequeño.

—Te quiero guapo— y lo besó —He traído hamburguesas.

—Bien, mamá —dijo el pequeño todo contento y ellos sonrieron.

—Tu hijo está contento —le dijo a Norman con cara embobada. Lo quería tanto... estaba totalmente loca por ese hombre.

—Y el padre también. Grasa para el corazón.

—El fin de semana comemos comida sana.

—Y la cogió por detrás y la levantó hasta la cocina y el pequeño se reía.

—Dale a tu padre Norman.

Al día siguiente, Tom, la buscó en la cafetería antes de que llegara Norman. Y se sentó con ella.

—Cuéntame amiga, ¿qué tal te fue ayer?

—¿Cómo sabes que la vi ayer?

—Me lo dijiste y además, estaba allí.

—¿Qué estabas allí?

—No pensabas que iba a dejarte sola para que le lobo feroz de comiera a la caperucita.

—Qué guasa tienes y no me dijiste nada.

—No me dio tiempo, cogiste un taxi antes de que llegara a tu altura.

—Pues nada, le dije que no se atreviera a tocar a mi familia o la denunciaría. Tom, era ella la que veía. Me iba a volver loca.

—Te creo, por la forma en que se quedó cuando le hablabas.

—Gracias. Empezaba a estar paranoica.

—Bueno, espero que haya tomado nota y no se acerque. No sé qué va a querer ahora después de tantos meses.

—Eso mismo me pregunto yo, Norman, la dejó y hasta ahora no ha aparecido.

—Quizá la haya dejado el jefe y tiene ganas de fastidiar si se ha enterado de que se ha casado.

—Puede ser. Bueno, espero se olvide de nosotros. Me daba miedo sobre todo por mi hijo.

—Pues ya está, te olvidas de momento y si aparece de nuevo, me lo dices.

—No le comentes nada a Norman de momento, Tom, no quiero que tengan problemas, ni que la vea para que lo enrede. Si aparece, entonces, se lo digo.

—Ahí viene, hablemos de otra cosa.

—Hola cariño —y la besó —, hola Tom, ¿qué tal?

—Charlando con tu mujer. Me la voy a llevar, tenemos operación.

—¿Tan pronto?

—En quince minutos.

—Bueno tenemos al menos cinco...

Dos meses más tarde, Triana no había vuelto a ver a Fiona. Parecía que ese tema había acabado. Mejor.

Se enteró de que estaba embarazada de dos meses. Justo cuando dejó las pastillas. Compró un test de embarazo y dio positivo.

—¿Estás contento cielo?

—Más que nunca —abrazándola y acariciándola —Vamos a tener otro peque o una pequeña. Te quiero preciosa. Ahora nada de hamburguesas.

—Pues el mes que viene tenemos vacaciones. ¿Podré viajar en avión?

—Habrá que preguntárselo al ginecólogo.

—Sí, pediré cita y le diré si podemos viajar a Disney como le prometimos a Norman.

—Si no, podemos ir en coche.

—Serán muchas horas y a lo mejor me canso.

—Podemos parar por el camino.

—Bueno, esperaremos a ver qué me dice el ginecólogo. No tengo síntomas y ya no creo que los tenga a estas alturas.

El ginecólogo, le dijo que estaba estupendamente y que podía viajar si no eran viajes muy largos. Así que cuando llegó primeros de agosto, ellos tomaron juntos un mes de vacaciones.

Llevaron a su hijo una semana a Disney y el pequeño no pudo ser más feliz en su vida. Se bañaron en las playas de Florida. Decidieron pasar allí las vacaciones. Fueron quince días maravillosos los tres.

En principio tenía pensado viajar a España a ver a su sobrina, la hija de su hermano, pero el ginecólogo no se lo recomendó, dos viajes en avión y a España era demasiado arriesgado. Así que lo pospondría para más adelante.

Lo que quedaba de mes lo pasaron en casa descansando, salían fuera a comer, al parque, a las

casitas de las afueras. Allí estuvieron cuatro días. Un fin de semana fueron a Boston y la última semana de vacaciones descansaron y leyeron y salían a dar paseos por la ciudad.

En septiembre, estaban ambos trabajando y el pequeño en el colegio de nuevo y su vientre avanzaba a pasos agigantados. Cuando llegó finales de septiembre, se enteró de que era otro niño —iba a estar entre hombres ella sola.

Estaban muy contentos del todo y tuvieron que cambiar el cuarto de los juguetes al de Norman para hacerle hueco a su hermanito.

Norman dijo que había que comprar un apartamento más grande, pero ella no quiso, estaban bien cada uno en su habitación y eran grandes.

Y él no insistió, porque cuando ella se ponía testaruda... El pequeño no se quejó, porque le acomodaron bien la habitación y le hicieron hueco para todo. Y además estaba contento de que iba a tener un hermanito que se llamaría Carlos, como su tío.

No se arrepentía de haberse casado con Norman, este la mimaba más de la cuenta, le tocaba el vientre y su hijo hacía lo mismo.

La amaba más que a su vida y se había convertido en un año en padre de familia de casi dos hijos. Y estaba feliz, como sus padres y los tíos de Triana.

—Cielo...

—Dime Norman.

—¡Estás guapísima embarazada!, qué pena que no te viera cuando Norman...

—Pero me ves ahora. Estaba igual, como una foca.

—¡Qué tonta!

—Sí, muy tonta, pero gorda.

—¡Estás preciosa! Es mi niño. Ya tengo dos y una mujer maravillosa a la que quiero por encima de todo.

—Espera a que nazca y verás, no vamos a tener tiempo de nada.

—No habrá problemas, ya verás. ¿Vas a dejar de trabajar antes de que nazca?

—No, dejaré de trabajar cuando rompa aguas, así aprovecharé la maternidad lo máximo posible.

—Vamos a tener que aumentar los días y horas a Asun.

—Se lo propondremos en su momento, si no, le decimos a la agencia lo que necesitamos y que nos la cambie, aunque me da pena, lleva conmigo ya mucho tiempo.

—Bueno, ya lo veremos, aún quedan algunos meses para eso. Lo veremos en su momento.

—Sí, aún queda.

—¿Qué tocas?

—Ya sabes qué toco.

—Pues me estás poniendo...

—¿Cómo?

—Como tú sabes.

—Me encanta ponerte como yo sé.

—Y a mí me encanta que me deseas con el embarazo.

—Difícilmente me negaría a tu cuerpo sexy.

—Umm, ven aquí pequeña...

Ya llegaba la Navidad de nuevo, como siempre y a ella le encantaba. Estaba de siete meses y medio. Era el 13 de diciembre y ya había comprado los regalos y había puesto el árbol y decorado la casa.

Quería hacerlo ese año con tiempo, para no meterse con el embarazo en la vorágine de la gente

en las tiendas y por la calle, así que quiso hacerlo con tranquilidad.

Ya tenía preparado todo lo del pequeño en la nueva habitación que habían pintado y el pequeño Norman, estaba deseando de que llegara su hermanito.

Había nevado y la ciudad estaba preciosa. Esa tarde, salió del hospital a buscar a Norman al colegio porque Norman tenía una operación y saldría más tarde del trabajo.

Y al salir del hospital la vio de nuevo. ¡Maldita Fiona!, llamaría a la policía. Ahora no estaba dispuesta a que pasara lo mismo que antes, sacó el móvil y mientras marcaba, sintió un empujón que la tiró por las escaleras de salida del hospital.

Y salió rodando. No perdió el conocimiento y como pudo llamó a su tía para que recogiera a Norman del hospital, mientras la gente se agolpaba a su alrededor, preguntándole si estaba bien. Y llamaron a los médicos mientras ella estaba en el suelo.

—Pero hija, qué ha pasado...

—Tía me he caído por el hospital. Recoge a Norman del colegio.

—No te preocupes, lo recojo y lo llevo a mi casa. Pero me llamas en cuanto sepas algo.

Y sintió la sangre correr por sus muslos y supo que algo no andaba bien, tanto como supo que Fiona, la había empujado, la vio salir corriendo.

En ese momento se acercó Tom, que salía.

—Tom, Tom, me ha empujado...

—No te muevas. Pequeña. Ahora viene la camilla.

—Tom, lo voy a perder, estoy sangrando.

—Voy contigo y llamaré a Norman.

—Está operando... No me dejes.

—Lo sé, cuando salga lo llamo, mientras voy contigo. No voy a dejarte.

—Gracias. Y le dio la mano.

—No te preocupes. Ya verás que está grande y no le pasa nada. Le decía Tom, más para calmarse él y a ella que por saberlo.

Y llegaron los camilleros y la subieron a ginecología —Y entró directa al paritorio.

—Se ha caído por las escaleras de fuera, le dijo Tom al ginecólogo en cuanto lo vio.

—Tom, no te vayas...

—No me iré a ningún lado, solo voy a llamar a la policía —y llamó y dio los datos y entró con ella al paritorio porque ella les dio permiso para que entrara.

—Hay que adelantar el parto, si no se puede, cesárea —dijo el ginecólogo.

Y ella lloraba.

—Mi niño, mi niño.

—No llores, sé fuerte Ty. Ya verás. Haz lo que te digan.

Y le pusieron la oxitocina y le provocaron el parto. Tom, le dejó un mensaje a Norman, pero ya no dejaron entrar a nadie más al paritorio y Norman, estuvo una eternidad desesperado, esperando fuera sin saber qué ocurría hasta que subió el tío de Triana y le dijo que el pequeño estaba en su casa y que Triana se había caído por las escaleras.

Y Norman, lloró en silencio.

—Vamos, vamos, tenemos buenos profesionales. No le va a pasar nada. Esperaremos juntos. ¿Quieres un café?

—No podría ahora, gracias David. ¿Por qué no me dejan entrar?

—Hay alguien dentro ya con ella.

—Debe ser Tom. Me mandó un mensaje.

—Bueno, pues esperaremos, Tom es tu amigo. Ya nos enteraremos de qué ha pasado.

El parto fue normal, y no hubo problemas. Rompió aguas y la sangre era del tapón, pero el niño nació con siete meses y medio, perfecto pero debía ir a la incubadora un mes y medio o dos, hasta que sus pulmones respiraran por sí solos y ella no soltaba la mano de Tom y ambos rieron cuando les dieron la buena noticia y Tom la abrazó.

—Has sido muy valiente. Ha sido maravilloso ver nacer al pequeño.

—Gracias a Dios, pero es tan pequeño... Tengo miedo.

—Está en buenas manos. No te preocupes, es un niño precioso. Muy pequeñillo, pero crecerá.

No le dieron ni puntos, salvo el susto, ella hizo todo lo posible porque no le hicieran cesárea y el parto fue tan rápido...

Cuando iban a lavarla y a llevarla a la habitación, Tom salió.

—Te espero fuera valiente.

—Gracias Tom. Eres... te quiero.

—Quiero ser el padrino. Yo también te quiero mucho, quién no te quiere, mujer.

—Lo serás, no lo dudes.

—Te espero fuera. Voy a ver a Norman, estará como un león enjaulado.

—Hasta ahora.

Al niño lo llevaron a la incubadora y a ella la lavaron.

Cuando Tom salió allí estaba Norman desesperado y se abrazaron.

—Tu mujer es una valiente de cuidado.

—¿Está bien?

—Perfectamente y el pequeño también, salvo que tendrá incubadora un mes o dos.

—Gracias Dios mío... ¿Cómo se ha caído?

—No se ha caído, Fiona la empujó.

—¿Qué? ¿Cómo? —y Tom le conto todo cuanto había acontecido meses antes.

—Pero por qué no me lo dijo a mí.

—Se estaba volviendo loca. La veía en todas partes y cuando fue a hablar con ella yo estaba allí. No iba a dejarla sola con esa arpía. Estaba relativamente cerca. No quería preocuparte o que se enfrentaras a ella.

—Hay que avisar a la policía.

—Ya lo he hecho. Vendrán en un par de horas.

—¡Maldita sea! Tenía que haberlo notado.

—No tienes la culpa, qué podías haber hecho, estabas operando. No puedes estar con ella las veinticuatro horas. No sé en qué piensa esa mujer. O se ha vuelto loca, o ya lo estaba de antes.

—Debe estar loca. Si era ella la que me estaba poniendo los cuernos...

—Vete tú a saber.

—Dios, voy a ver al pequeño y luego voy a verla a ella. Gracias Tom de nuevo, amigo.

—Bueno amigo, te dejo ya, te llamo.

—Gracias Tom, de verdad por todo.

—Bueno que sepas que casi me desmayo —le dijo sonriendo.

—Operando corazones y vas a desmayarte por un parto...

—Es distinto que lo sepas, pero ha sido precioso.

—Joder, me hubiese gustado estar presente. No he podido estar en ninguno de los partos de mis dos hijos.

—Pero los tienes. Y además Ty, me ha dicho que soy el padrino del pequeño Carlos.

—Si lo ha dicho ella, será porque te lo mereces.

—Lo sé —dijo con una gran sonrisa.

Norman, fue a ver a su hijo, y le informaron de todo. Era un pequeño fuerte y esperaban que en un mes estuviese fuerte para salir de la incubadora y lloró y se emocionó al verlo a través de los cristales. Tenía el pelo rubio como él y se parecía a él también como su pequeño Norman. Eran iguales.

Luego fue a verla a ella que ya la habían instalado en la habitación. Allí estaba su tío y los padres de Norman, venían de camino.

—Hola pequeña, ¿cómo estás? —besándola delicadamente.

—Perfectamente —dijo David. Mi sobrina es una leona. Os dejo que tengo trabajo.

—Gracias tío y dile a la tía que ya irá después Norman a por el pequeño.

—Bueno, eso ya veremos. Tú tranquila. No te preocupes por nada y descansa.

Cuando quedaron solos...

—Preciosa. Lo siento tanto... Y lloró de nuevo. Es por mi culpa.

—No tienes la culpa. Ven tonto, te quiero tanto... —y lo abrazó. ¿Te lo ha contado Tom?

—Sí, todo, y no me lo dijiste a mí.

—No quería preocuparte, ni que la vieras siquiera. Y a lo mejor no ibas a creerme.

—Te quiero tanto... lo sabes. Gracias a Dios que no te ha pasado nada, si no, la mataría con mis propias manos.

—Bueno, olvídala ya, la policía se está encargando, temí perder a nuestro hijo.

—No, está precioso. Es tan chiquito... pero me han dicho que en un mes o así podremos llevarlo a casa.

—Menos mal, así que tienes que recuperarte. Mira ahí está la policía.

Y entraron y ella les contó todo. La habían arrestado y ella sólo tuvo que reconocerla en la foto. La iban a juzgar por intento de homicidio.

—Pasaré en la cárcel bastantes años. De eso me ocupo yo —dijo Norman enfadado.

—No te enfades por eso, contrataremos un buen abogado, pero ahora necesito descansar. Mira vienen tus padres, descansaré mientras ellos están aquí, tú ve a ver a Norman. No te preocupes. Yo estaré bien.

—Vendré dentro de un rato.

—Necesitas dormir, ven por la mañana, yo estoy perfectamente.

—Y la besó —te amo mi amor.

Los padres de Norman se quedaron mientras ella durmió un par de horas, le dieron la cena y volvió a dormirse.

Cuando despertó, eran las siete de la mañana y Norman estaba dormido en un sillón reclinable del hospital.

—Cielo. Te has despertado.

—Sí, pareces una marmota.

—Estaba tan cansada...

—Pues ya me estabas preocupando.

—Necesito ir al baño.

—Venga, te acompaño.

—Ahora vendrán a ducharte y he traído la ropa.

—¿Y Norman?

—Está con tu tía, ella va a ocuparse, le he llevado ropa y ella se ocupará de él. No te preocupes de nada. Yo iré un rato a verlo. Hasta que te den el alta.

Y cuando la bañaron y tomó un buen desayuno, Norman, la llevó a ver al pequeño y entraron y tocaron la mano de su pequeño y ella lloró como una niña, mientras Norman la abrazaba.

Volvió a la habitación y Norman se fue a operar, y cuando terminó fue a buscarla y volvieron a ver al pequeño.

Y luego él se fue a ver a su hijo a casa de la tía de Triana y así estuvieron hasta que a los cuatro días le dieron el alta y volvieron a casa y ella terminó de recuperarse allí y la mujer que tenían contratada para un día, Asun, la contrataron de lunes a viernes hasta que el pequeño salía del colegio. Y aceptó. Luego se ocuparía del pequeño Carlos.

Así, cuando dejaba al pequeño en el colegio, desayunaba fuera y se iba dando un paseo al hospital para estar con su bebé, después volvía a casa a la hora de comer y descansar y Asun recogía al pequeño del colegio y cuando su marido volvía del trabajo, se iba.

Cuando Norman venía después de ver al bebé en la incubadora, bañaba al pequeño Norman y cenaban.

Al mes ella ya estaba ella fuerte y al mes y diez días, le dieron de alta al pequeño Carlos, y ya no tenía Triana, ese ajetreo de idas y venidas y eso que el hospital estaba cerca.

La señora Asun, que les limpiaba, se ocupada de ayudarla en todo, y limpiaba y hacía la comida y la cena, la colada y ella se ocupaba del pequeño, aunque todos se ocupaban de él.

Antes de entrar ella de nuevo al trabajo, cuatro meses después, el pequeño Carlos fue bautizado con su padrino Tom. Había crecido mucho y estaba listo para entrar a la guardería del colegio al que iba Norman. Así que dejaban a los niños y se iban al trabajo y a la vuelta los recogían y dejaron a la mujer que contrataron el mismo horario, por si la necesitaban y además de encargaba de la cena de casa, las comidas y la coladas. Y ellos bañaban a los pequeños solamente.

A Fiona la condenaron 20 años en la cárcel por intento de homicidio. Dijo que no soportaba ver feliz a Norman y que a ella su jefe la dejara.

Y una vez que acostaban a los pequeños, se quedaban solos una hora al menos al día para ellos.

—No te tengo tanto tiempo como antes pequeña y me tienes abandonado

—Eso te pasa por querer tener otro hijo, pero lo hacemos a diario, no te quejes.

—Sí, pero quiero más veces a diario.

—Eras un chico bueno y formal de Nueva York.

—Sí, hasta que me fui a Sevilla y te conocí, pequeña virgen.

—Pues ahora tenemos un montón de trabajo con estos pequeños.

—¿Contratamos a otra chica?

—¿Estás loco?, si solo tenemos que bañar a los niños. No hacemos nada más, todo está hecho y tenemos que pagar un sueldo, más la guardería y el colegio.

—Con mi sueldo pago todo y nos sobra y tenemos el tuyo, no te preocupes tanto.

—Si no me preocupo.

—¿Quieres que compremos una casa?

—No. me gusta vivir aquí en este edificio, lo tenemos todo a mano.

—¿Y uno más grande?

—No lo necesitamos para nada. Incluso tenemos una habitación de invitados.

—No tenemos invitados.

—También es verdad. Por eso nos sobra una aún.

—¿Sabes cuánto te quiero?

—¿Cuánto guapo?

—No podría calcularlo, pero sí puedo calcular el tiempo que voy a tardar en llevarte a la cama.

—Pues no hagas ruido o no nos dejarán.

—No lo haré —pero ya iba mordiendo sus pezones por el pasillo y subiéndole el camisón tocando su sexo húmedo para él, porque ella nunca podía resistirse a su manos.

## CINCO AÑOS MÁS TARDE...

Era finales de Julio y Norman, estaba con sus hijos, Norman de 11 años rubio, y de ojos azules, igual que su padre, al que imitaba en todo y el pequeño Carlos, que iba a cumplir en unos meses seis años y que también era el vivo retrato de él, en el aeropuerto de Nueva York, esperando a su madre que venía de España.

Habían repetido vacaciones que años antes las hicieran con el pequeño Norman, a Disney y a bañarse en las playas de Florida, pero luego, Triana quiso ir a Sevilla y pensaron que era mejor que fuese sola hasta que los niños estuvieran más grandes y estuvo una semana con su hermano y su cuñada y las dos niñas que tenían. Había pasado una semana maravillosa sola, aunque había echado de menos mucho a sus hijos y a su americano sexy.

Al final habían comprado un apartamento de cinco dormitorios enormes, y un gran despacho con baños para cada chico y para ellos y un aseo para las visitas y dejaron una habitación para invitados y otra para juegos y deberes y en el mismo edificio y lo dejaron precioso.

Al final él la convenció de que así tendrían más espacio y no estaban tan agobiados. El apartamento era enorme, pero ella accedió al final

—¡Hola mami! Cuando la vieron salir con el equipaje.

—¡Hola mis niños! ¿Os habéis portado bien?, traigo regalos.

—Síiii.

—Y para tu americano que te ha echado tanto de menos ¿no traes nada?

—Todo el amor del mundo guapo y se besaron apasionadamente mientras los peques se reían.

—Tengo algo para esta noche en la maleta. Y una sorpresa que no te esperas.

—No me lo digas, lo sé.

—No lo sabes.

—Sí que lo sé. Mientras iban al coche.

—Él se agacho a su oído y le dijo:

—Es algo sexy que voy a estrenar.

—¡Qué tonto!... ¿cómo lo sabías?

—Nunca vas a algún sitio sin que te compres algo sexy que me ponga duro.

—Pues esta te va a poner.

—En serio, quiero verla.

—Tendrás que tener paciencia

—¿Color?

—El que te gusta.

—Negro siempre.

—Negro siempre.

—¿Y la sorpresa?

—¿Quieres saberla ya?

—Pues claro...

—Vas a ser papá de nuevo. Estamos de tres meses.

—Dios... ¿Qué hemos hecho?

—¿Además de familia numerosa? Más de una vez al día americano...

Y seis meses más tarde nació la pequeña Katy, en honor a su abuela materna, preciosa y rubia

con los ojos azules como su padre.

Y decidieron no tener habitación de invitados, de momento.